

DECADENCIA Y CRISIS DE LA DEMOCRACIA

¿A dónde va la Democracia Venezolana?

Aníbal Romero

(1994)

NOTA A LA TERCERA EDICIÓN (1999)

En esta nueva edición, he incluido 16 artículos publicados en la prensa nacional entre 1998 y 1999. Los mismos expresan mis opiniones acerca del fracaso del gobierno calderista, el significado del triunfo de Hugo Chávez, y las perspectivas que ahora se abren al país. Naturalmente, corresponderá a los lectores juzgar en qué medida las ideas expuestas en el texto de 1994, así como en los apéndices ahora sumados al mismo, han logrado elucidar las complejidades, paradojas, desilusiones y expectativas de nuestra reciente evolución sociopolítica.

A.R. Caracas, noviembre de 1999

"Señor, danos tu gracia para aceptar con serenidad aquellas cosas que no podemos cambiar, el coraje para cambiar aquello que debe ser cambiado, y la sabiduría para distinguir lo uno de lo otro".

Reinhold Niebuhr

"Los antiguos que desearon arrojar luz sobre las virtudes ilustres por todo el reino, primero ordenaron bien sus propios estados. Deseando ordenar bien sus estados, regularon primero sus familias. Deseando regular sus familias, cultivaron primero sus personas. Deseando cultivar sus personas, rectificaron primero sus corazones. Deseando rectificar sus corazones, anhelaron primero ser sinceros en sus pensamientos. Deseando ser sinceros en sus pensamientos, extendieron primero al máximo su conocimiento; tal extensión del conocimiento descansa en la investigación de las cosas.

Habiendo investigado las cosas, el conocimiento se hizo completo. Habiendo completado su conocimiento, sus pensamientos fueron sinceros. Siendo sinceros sus pensamientos, entonces sus corazones se rectificaron. Habiendo rectificado sus corazones, sus personas se cultivaron. Habiendo cultivado sus personas, sus familias se regularon. Habiendo regulado sus familias, sus estados fueron rectamente gobernados. Habiendo gobernado rectamente sus estados, todo el reino llegó a ser tranquilo y feliz".

Confucio, Introducción al Gran Aprendizaje

Dedico este libro a todos los amigos y amigas que me manifestaron explícitamente su solidaridad en tiempos difíciles. Gracias a ellos, he aprendido a valorar todavía más el significado de la amistad.

CONTENIDO

I. LOS GOLPES DE ESTADO DE 1992 EN LA PERSPECTIVA DE NUESTRA EVOLUCIÓN HISTÓRICA: SOBRE CRISIS, CLAUDICACIONES Y MESIANISMOS

- La ilusión lírica, o el lento fallecimiento de la religión del optimismo democrático.....10
- La mitologización del "pueblo democrático" y la cultura política de los venezolanos13
- Militares, políticos, y el uso de Bolívar en la búsqueda del salvador providencial.....17
- La claudicación de los intelectuales y el impacto de la cultura de izquierda.
La democracia huérfana.....24
- Notas.....33

II. DOS TESIS SOBRE EL PROCESO DEMOCRÁTICO VENEZOLANO: ¿PUEDE LA PETRODEMOCRACIA SOBREVIVIR SIN EL MANÁ PETROLERO?

- La clarividencia de las élites y el determinismo petrolero.
Crisis de la función tutelar de las élites y del Estado proveedor.....36
- El segundo Pérez o el reino de la ironía. ¿Terminó el festín de Baltasar?.....41
- Un paréntesis: Algunas verdades sobre el desarrollo de los pueblos.....50
- El desplome de las élites y la indigestión reformista.....55
- Notas.....59

III. LAS REALIDADES, LOS ESCENARIOS, Y LAS OPCIONES

- Un gobierno sin mandato, sin programa, y sin dinero. El creciente papel del odio social y la aceleración de la crisis de la democracia62
- Asfixia de la democracia, modernización, y posible desenlace autoritario:
La agonía del populismo.....69
- El escenario revolucionario, el escenario del golpe militar (y sus variantes), el escenario cesarista, y el escenario de la conflictividad endémica.
La reedición de la ilusión lírica. Desangramiento de la democracia.....73

- Consideraciones finales.....	80
Notas.....	84

IV. APÉNDICES

- Aquellos polvos trajeron estos lodos.....	86
- ¿Es que acaso hay élites en Venezuela?	87
- Caldera: anatomía de un fracaso.....	89
- ¿Seremos capaces de admitirla verdad?.....	90
- El retorno al futuro.....	92
- Hugo Chávez: Entre el mito y la tragedia.....	94
- Caldera: El tiempo del desprecio.....	95
- El populismo militarizado en América Latina.....	97
- El espejismo de la refundación nacional.....	98
- La cultura del despotismo.....	100
- Hombre fuerte, sociedad débil.....	101
- El destino de la revolución chavista.....	103
- Modernización, nasserismo y regresión.....	105
- ¿Idealista sin brújula o dictador potencial?.....	106
- La responsabilidad colectiva de los venezolanos.....	108
- El paroxismo del populismo.....	110

INDICE DE TABLAS

- Tabla N° 1.....	11
- Tabla N° 2.....	12
- Tabla N° 3.....	12
- Tabla N° 4.....	13
- Tabla N° 5.....	51
- Tabla N° 6.....	81

PREFACIO

Comienzo a escribir éste libro en febrero de 1994. Sólo ayer, día 2 del mes, tomó posesión de su cargo el nuevo Presidente de la República, Rafael Caldera, reelecto el pasado diciembre de 1993 con un porcentaje del 17.12 (si se toma en cuenta a los votantes más los no votantes inscritos), en un contexto de abstención que alcanzó alrededor del 41 de los electores cuyos nombres aparecen en el Registro Electoral Permanente (49 si se toma en cuenta a la totalidad de adultos en edad de votar). En realidad, si se asume como referencia el número total de mayores de 18 años, que incluye gran número de personas que ni siquiera se molestaron en inscribirse para votar, el nuevo Presidente fue electo por un 15 de la población adulta del país, en un escenario en el cual la mitad de los electores se abstuvo de pronunciarse. (1)

Al salir del Congreso Nacional, luego de dar lectura a su discurso, Caldera anunció que pondrá en libertad a los militares que dirigieron los intentos de golpe de Estado en 1992, tan pronto se cumplan "los requisitos institucionales".

Como es costumbre en momentos como éste, los medios de comunicación, en general, están repletos de buenos deseos, de frases aclamatorias, y en ocasiones hasta de cierta euforia. Alguno que otro periodista se atreve a sugerir que "las cuentas no cuadran" (2), y que la intención expresada por el nuevo mandatario de eliminar el IVA (impuesto al valor agregado) a nivel de consumidores, así como de no llevar a cabo el temido aumento en el precio de la gasolina, agravará inevitablemente

el ya abrumador déficit de un Estado que el propio ex-Presidente provisional. Ramón J. Velásquez, calificó de "insolvente".

Venezuela, en todo caso, retoma el camino luego de varios años de agudos conflictos, y, en oportunidades, cruentos enfrentamientos; años que fueron testigos de dos golpes de Estado, de la destitución de un Presidente, de un efímero gobierno provisional, y de una elección que arrojó un resultado precario, dividiendo al país en cuatro parcelas políticas que prácticamente se cancelan entre sí, poniendo de paso de manifiesto una obvia apatía por parte de un amplio sector de la población votante.

El nuevo gobierno es legal y legítimo, pero difícilmente podría afirmarse que posee un claro mandato, y tampoco tiene un programa, más allá de sostener que no será "ni populista ni neoliberal". Tampoco tiene, como tuvieron otros, dinero.

Lo patriótico y lo sensato es desear todos los éxitos posibles al nuevo gobierno democrático. Lo cierto, no obstante, es que racionalmente resulta cuesta arriba ver el futuro con optimismo. Al contrario, numerosos síntomas indican que la decadencia de la democracia venezolana se acentuará en los tiempos por venir, y que el empobrecimiento nacional seguirá su curso inexorable.

El problema central del que se deriva esa decadencia puede sintetizarse en pocas palabras: la economía petrolera, que sustentó la democracia puntofijista, hace ya varios años que dejó de ser suficiente, y los venezolanos no hemos sido capaces -lo cual no indica de modo necesario que no lo seamos en el futuro-, de crear una economía alternativa y complementaria lo suficientemente sólida y productiva, como para asegurar mejores niveles de vida a las mayorías.

Podría tomarse el famoso "viernes negro", de febrero de 1983, como el momento simbólico en que quedó evidenciado el agotamiento de la economía petrolera como pilar básico de la petrodemocracia venezolana. Esa "petrodemocracia" jamás fue formulada o condicionada para experimentar un proceso de empobrecimiento tan profundo y largo como el que hemos estado viviendo, y sus perniciosos efectos políticos todavía se encuentran madurando. Como explica un destacado economista, "En 1980, las exportaciones petroleras alcanzaban a 1.218 dólares por venezolano. En 1993, a cada venezolano le correspondieron 255 dólares (una quinta parte). No se ha sabido compensar la caída del ingreso petrolero con una mayor recaudación interna. Incluso, estamos hoy peor que hace seis años. Cuando en 1987 el ingreso petrolero sólo aportó el 10 del Producto Interno Bruto -lo mismo que hoy-, la tributación interna representó otro respetable 10. Hoy, los ingresos tributarios internos no suman más de 5.7 del PIB... Con esa bajísima contribución fiscal interna es imposible hacerle frente a los gastos del Estado..." (3)

Sólo ayer se encargó Caldera de la presidencia, y ya hoy la radio anuncia disturbios en Caracas y otros lugares del país...

La democracia venezolana marcha a tientas hacia un futuro incierto. Por mucho tiempo, los venezolanos perdimos el sentido de lo trágico, la percepción de lo transitorio, la experiencia de la decadencia. Ahora, luego de tantos reveses y tumultos, la "religión del optimismo" democrático cede paulatinamente su lugar a un

renuente pesimismo, a una callada irritación, a una extendida sensación de vacío y de desesperanza.

Ciertamente, este libro está escrito en función de una premonición de catástrofe. Es posible que esté errado en mis apreciaciones políticas acerca del destino venezolano, pero no creo estarlo. Veo el problema desde una óptica conservadora, y, como sugiere Goethe, considero preferible "la injusticia al desorden". No es que desee la injusticia, sino que sencillamente la creo menos dañina para una convivencia civilizada que el desorden, es decir, que la ruptura del lazo entre protección (del gobierno), y obediencia (del ciudadano), del cual hablaba Hobbes. (4) Las injusticias de nuestra sociedad deben corregirse, pero la petrodemocracia ha dejado llegar las cosas a un punto tal que ya Venezuela vive una especie de situación pre-revolucionaria, situación que presagia grandes convulsiones, y que en todo caso no permite vislumbrar un destino mejor. En medio del desorden, una sociedad ni corrige injusticias, ni se desarrolla, ni se civiliza. Al contrario, echa constantemente hacia atrás.

Es importante que, desde ya, quede claro mi planteamiento. Las páginas que siguen intentan presentar un análisis y un diagnóstico del actual momento venezolano y sus perspectivas. Si mis conclusiones son pesimistas y desalentadoras, ello no implica que yo desee que las cosas sean así, y desemboquen de esa manera. Es crucial distinguir entre análisis y prescripción. De hecho, aunque pienso, como argumentaré, que la decadencia democrática continuará en los tiempos por venir, mi sincero deseo es que un régimen de libertades sobreviva y se fortalezca en Venezuela. Es crucial que enfaticé esto, a objeto de adelantarme a las acusaciones superficiales y a las distorsiones deliberadas que son tan comunes en este período, confuso y triste, de la vida nacional, período en el cual el debate de ideas es sistemáticamente sustituido por el intercambio de vituperios y los ataques **ad hominem**.

Hace unos años, en mi libro de 1986, **La Miseria del Populismo**, me preguntaba lo siguiente: "¿Lograrán nuestros dirigentes alzarse por encima de una lucha política concebida en términos parroquiales, y enrumbar nuestras naciones hacia un desarrollo con libertad y estabilidad? ¿Podremos, en resumen, desterrar la violencia de la confrontación política, o estamos acaso condenados a un dilema perenne entre revolución y tiranía?" (5) Más tarde, en un texto publicado en 1991, sostenía que: "Si bien es razonable suponer que no existen aún condiciones capaces de generar un quiebre radical y definitivo del actual orden democrático, y su sustitución por una alternativa autoritaria, las circunstancias podrían cambiar de manera acelerada, empujadas por la crisis social y el desprestigio de instituciones y líderes por igual". (6)

A estas alturas del juego, tengo que admitir que, a mi modo de ver, ya existen las condiciones "capaces de generar un quiebre radical y definitivo del actual orden democrático", aunque ello no implica afirmar que semejante desenlace es inevitable. No creo en el determinismo histórico; creo, para-fraseando a Marx, que los hombres hacemos nuestra propia historia, aunque no siempre en las circunstancias que desearíamos escoger. La democracia venezolana puede sobrevivir, y quizás hasta

renovarse, pero las probabilidades de que ello ocurra sin severos traumas son relativamente bajas, y otros escenarios, que discutiré en esta obra, y que implican violencia y aún mayor decadencia, me lucen más factibles.

A pesar de todas sus fallas, cada día más patentes, la democracia puntofijista, la petrodemocracia venezolana, ha sido un paso en general positivo en nuestro devenir histórico. Sin embargo, es innegable que las expectativas suscitadas en sus albores no solamente no se han realizado ni siquiera a medias, sino que de hecho se han frustrado en aspectos esenciales. En Venezuela, el orden político es precario, y la protección que el Estado concede a la seguridad personal, de los bienes, y de las esperanzas del ciudadano es mínima, en ocasiones irrisoria. No estamos en camino de convertirnos en una nación desarrollada; más bien, por el contrario, y a la manera del cangrejo, marchamos hacia atrás, dando tumbos, por la vía de la degradación social. A ello se suma el significativo deterioro de nuestra posición geopolítica, debilitada en todos los frentes, y enfrentada al creciente desafío de la invasión paulatina de nuestro territorio desde el sur.

Tal vez suene demasiado duro decir que la petrodemocracia venezolana ha fracasado, y para no herir sensibilidades, me limitaré a afirmar que, si de hecho no ha fracasado, está en vías de hacerlo. Insisto: esa decadencia puede revertirse, y ojalá que así ocurra; no obstante, no me ocuparé de ofrecer recetas acerca de lo que modestamente pienso que sería indispensable hacer para lograr el objetivo de revertir la decadencia. Lo que acá busco es, más bien, explicar qué ha pasado y porqué, y explorar qué puede ocurrir. Me parece, por los momentos, un ejercicio - además de necesario- de cierto modo suficiente.

A partir de los intentos de golpe de Estado de 1992, la petrodemocracia quedó huérfana. Los que nos atrevimos a defenderla, a pesar de sus evidentes fallas, quedamos derrotados por el avance indetenible del radicalismo ideológico, que proclama el nacimiento de una "verdadera democracia", de la "democracia real". En nombre de ese nuevo mito, no pocos han tratado de justificar los intentos de golpe de Estado y el uso de la violencia para lograr cambios políticos. Ya no es posible defender esta democracia, al menos no como lo hicimos algunos entre 1992 y 1993, porque se ha concedido legitimidad a la violencia. No sabemos quién será el Chávez del futuro, pero lo que sí sabemos es que ya tiene el camino preparado. Su justificación está implícita en el anhelo de la "verdadera democracia". Ningún Mesías podrá construirla, pero sobrarán los que se atribuyan el poder de lograrlo.

En su **Autobiografía Intelectual**, el destacado politólogo e historiador de las ideas Manuel García Pelayo rememora los tiempos de la guerra civil española y de su posterior cautiverio personal, y escribe que esa época turbulenta le permitió leer "los signos del libro de la realidad". Esta última le mostró "la presencia de una coyuntura histórica en la que coexistían la tremenda irracionalidad global con las rigurosas racionalidades instrumentales para objetivos definidos, animadas ellas mismas por motivaciones irracionales; una coyuntura en la que se producía un falseamiento del verdadero sentido de las palabras, un envenenamiento de las almas, un autoengaño de las conciencias..." (7) Algo muy semejante, en mi opinión, está ocurriendo en estos tiempos venezolanos. La mayoría de los diversos actores

de nuestra política se mueven por motivaciones instrumentales, que en conjunto generan una crecientemente aguda irracionalidad global, empujando al país, no sin cierto macabro deleite, hacia el abismo de la decadencia. Y todo ello ocurre en medio de un agudo odio, de un palpable resentimiento, de una vocación centrada en denunciar, perseguir, y castigar a diestra y siniestra, ciegamente, pasando y cobrando facturas reales o imaginarias, escarbando la tierra para encontrar chivos expiatorios que expliquen lo que, en verdad, no es sino el fruto de la mayor o menor irresponsabilidad y miopía de todos. Por ese rumbo, Venezuela sucumbirá inexorablemente bajo el peso de las fuerzas de la disolución.

NOTAS

- (1) Datos suministrados por Alfredo Keller, de la firma especializada en estudios de opinión pública **Consultores 21**.
- (2) Fabiola Sánchez, en **El Nacional**, 03-02-94, Cuerpo Económico, p. 2
- (3) Miguel Ignacio Purroy, en **El Diario de Caracas**, 02-02-94
- (4) Véase: Aníbal Romero, **Aproximación a la Política**, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1990, pp. 107-114
- (5) A. Romero, **La Miseria del Populismo**, Ediciones Centauro, Caracas, 1986, p. 121
- (6) A. Romero, **Venezuela: El Laberinto de lo Posible**, Cuadernos Lagoven, Caracas, 1991, p. 13
- (7) M. García Pelayo, **Obras Completas**, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1991, Vol. I, p. 10

I. LOS GOLPES DE ESTADO DE 1992 EN LA PERSPECTIVA DE NUESTRA EVOLUCIÓN HISTÓRICA : SOBRE CRISIS, CLAUDICACIONES, Y MESIANISMOS

La Ilusión Lírica, o el Lento Fallecimiento de la Religión del Optimismo Democrático.

En su hermosa novela de 1937 en tomo a la guerra civil española. **La Esperanza**, André Malraux incluye una sección titulada "La Ilusión Lírica". La traigo a colación para referirme a esa especie de "religión del optimismo", que por mucho tiempo, y en contra de la más rotunda evidencia, ha rodeado la experiencia democrática venezolana.

Aún en nuestros días, en un importante libro publicado hacia fines de 1993, analistas de categoría afirman que "Una gran parte de los valores y actitudes asociados a una economía rentista y a un ejercicio democrático caracterizado por el paternalismo y el clientelismo recreado por los partidos políticos, y el centralismo en la toma de decisiones por parte de un Estado sobredimensionado, han comenzado a cambiar, dando lugar al surgimiento de un nuevo ciudadano... En suma, un primer balance permite pensar que el sistema democrático en Venezuela ha respondido con relativa flexibilidad y capacidad de adaptación a las presiones ejercidas por las reformas económicas y la ampliación de las reglas de juego de la economía de mercado, y por las reformas políticas exigidas por el agotamiento y fisuración del sistema democrático basado en el patronazgo y el clientelismo.....En este marco

-prosiguen- se ha comenzado a producir una transición progresiva hacia un modelo económico más eficiente y competitivo, y hacia un sistema político más descentralizado y participativo, ajustado a las nuevas realidades del país y del contexto internacional... (1)

Asombra una evaluación semejante, que pasa por alto realidades como, por ejemplo, la elevada abstención electoral, el agobiante empobrecimiento de las mayorías, la permanente conflictividad callejera, la muerte semanal, en Caracas solamente, de decenas de personas a manos del hampa común y el crimen organizado, el deterioro en la capacidad de convocatoria de los partidos políticos, la erosión de las instituciones, casi sin excepción, y paremos de contar...(2)

No obstante, tal actitud de ingenuo optimismo no es nueva, sólo que en estos tiempos es todavía más aventurado sostenerla. En otro volumen relevante sobre las perspectivas de la democracia en América Latina, publicado en 1989, un acucioso politólogo norteamericano, que ha estudiado en profundidad la experiencia venezolana, hablaba con obvia satisfacción sobre el hecho de que "los venezolanos han construido un sistema político caracterizado por una amplia participación, un fuerte liderazgo, continuidad institucional, y genuina y amplia competencia... Hoy en día Venezuela despliega un efectivo orden democrático . (3) Era en alguna medida -pero no del todo- admisible afirmar puntos de vista tan excesivamente optimistas en 1989, y ello a pesar de los masivos motines callejeros de febrero de ese año con su

secuela de centenares de muertos. Ahora bien, continuar haciéndolo hoy en día es intentar tapar el sol con un dedo.

La dura realidad es que la democracia venezolana se ha venido deteriorando por años. Llama la atención. En consecuencia, que uno de los más lúcidos politólogos del país sostuviese, en

1989 que "el electorado no sólo apoya abrumadoramente la democracia, sino también... la competencia entre partidos y las elecciones y atribuye una gran importancia al voto como medio para influir sobre el gobierno y obligarle a ocuparse de los problemas del pueblo". (4) De hecho, estudios de opinión realizados a mediados de la década de los ochenta, ya ponían de manifiesto una paradoja en las actitudes políticas de los venezolanos: por un lado, se daba una alta -para entonces- confianza en el sistema político democrático, junto a, por otro lado, una elevada insatisfacción con la labor y beneficios recibidos de los gobiernos democráticos. (5) Cinco años más tarde, luego de los eventos de 1989, estudios similares señalaban que, si bien la oposición al sistema democrático no alcanzaba a la mayoría de la población, sí abarcaba a un sector bastante apreciable de la misma. Los datos estudiados sugerían al analista que "a partir de los acontecimientos del año 1989... se ha producido un cambio cualitativo de la población hacia el sistema político". (6) A decir verdad, el proceso de erosión de la fe en la democracia puede trazarse desde antes, siguiendo los pasos de dos variables: por una parte, la relación entre resultados electorales y respaldo al gobierno electo poco después de iniciado; es decir, el índice de frustración de expectativas; y por otra parte, las tasas de abstención electoral, tal y como se aprecia en las siguientes tablas (7):

TABLA No 1

RESULTADOS ELECTORALES Y RESPALDO GUBERNAMENTAL

ELECCIONES NACIONALES	PORCENTAJE DE VOTOS DEL CANDIDATO VENCEDOR (A)	PORCENTAJE DE RESPALDO POPULAR AL GOBIERNO A 8 MESES DE INICIADO (B)	INDICE DE FRUSTRACIÓN (ganancias o pérdidas del respaldo popular) (C)
1969: Caldera	29	30	+ 1
1973: Pérez	49	44	- 5
1978: Herrera	47	32	- 15
1983: Lusinchi	57	32	- 25
1988: Pérez	53	22	- 31

(A): Fuente: Consejo Supremo Electoral, República de Venezuela

(B):Fuente: Estudios de opinión de DATOS, C-A. para las fechas respectivas. Lamentablemente, no existe información para los dos periodos constitucionales previos de 1958 y 1963.

(C): índice del autor. Es la diferencia entre la población que eligió al Presidente y la población que lo respalda al cabo de ocho meses de mandato.

TABLA No. 2

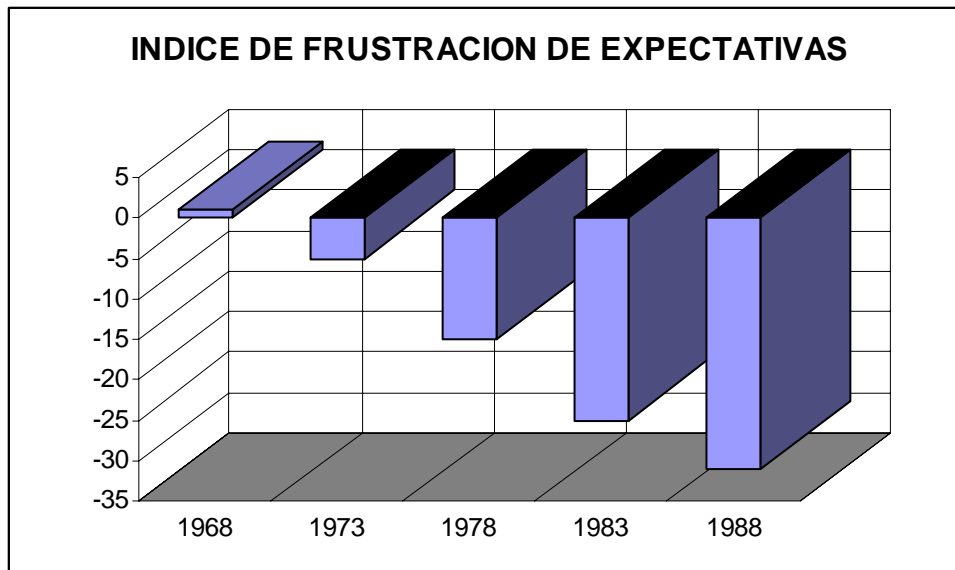


TABLA Nº 3

TASAS DE ABSTENCIÓN ELECTORAL

ELECCIONES	PRESIDENCIALES	MUNICIPALES
1968	12	-
1973	10	-
1978	12	-
1979	---	27
1983	12	-
1984	---	40
1988	18	-
1989	---	54
1992	---	51
1993	49	-

Fuente: Consejo Supremo Electoral, República de Venezuela. Las tasas de abstención 1968 y 1973 son estimadas, porque no se disponía para entonces del registro del total de electores.

Algunos párrafos atrás citábamos el punto de vista de dos politólogos, de acuerdo al cual las tendencias de opinión apuntan hacia una creciente aceptación del modelo de economía de mercado, y la germinación de una cultura del "ciudadano contribuyente" en Venezuela. (8) A decir verdad, no obstante, los estudios empíricos muestran algo bastante distinto. Como muestra la Tabla No 4, los indicadores establecen un notable crecimiento del porcentaje de la población que rechaza las políticas económicas de ajuste, llamadas por sus detractores "neoliberales", y un fuerte apego al tradicional modelo populista-paternalista-clientelar, lo cual en no poca medida contribuye a explicar el relativo éxito electoral de Caldera y Andrés Velásquez en 1993, y el fracaso de Oswaldo Alvarez Paz, quien fue percibido como representante de las políticas de ajuste implantadas por Pérez.

TABLA Nº 4

**PORCENTAJE DE POBLACIÓN INDISPUESTA A ACEPTAR LA
SUSTITUCIÓN DEL MODELO CLIENTELAR**

1er. trimestre 1991:	42 %
2do. trimestre 1991:	52 %
3er. trimestre 1991:	52 %
4to. trimestre 1991:	60 %
1er. trimestre 1992:	66 %
2do. trimestre 1992:	76 %

Como con acierto explica Alfredo Keller, el presunto "cuerpo de valores democráticos" de los venezolanos, en medio de su precariedad, ha sido desarrollado más como antítesis al régimen dictatorial que concluyó en 1958 que como sedimentación de valores normativos o estilos de vida creados y desarrollados por la propia democracia. Se trata, en realidad, de un cuerpo de valores "extremadamente frágil, sustentado en un esquema clientelar y oportunista". (9) De allí la respuesta favorable al golpe de Estado de Chávez, y de allí también la vulnerabilidad esencial de un sistema político cuyo principal mito, el del "pueblo democrático" es en buena medida un espejismo.

La Mitologización del "Pueblo Democrático" y la Cultura Política de los Venezolanos.

Manuel García Pelayo explica que "el mito no trata de satisfacer una necesidad de conocimiento y de conducta racionales, sino una necesidad existencial

de instalación y de orientación ante las cosas...", y dice también que "la eficacia de un mito no consiste en su adecuación a la verdad, ni en sus posibilidades de realización, sino en su capacidad para producir ciertos efectos, quizá no queridos ni previstos, pero no por eso menos reales". (10) Por su parte, Juan Nuño afirma, con razón, que "el mito es mucho más fuerte que la historia". (11) En ese orden de ideas, no me cabe duda de que uno de los mitos más poderosos -si bien en vías de resquebrajamiento-, de la contemporaneidad venezolana es el de que "somos demócratas". Tal aseveración no es sólo simplista, sino también, al menos parcialmente, equivocada.

Si entendemos por "cultura política" el "conjunto de creencias, ideales, valores, tradiciones que caracterizan y dotan de significado al sistema político en sus relaciones con la sociedad" (12), tenemos que, como lo ha señalado Juan Carlos Rey, el "cuerpo de valores" desarrollado bajo la democracia ha tenido y tiene un carácter predominantemente instrumental y utilitario, y que el consenso desarrollado estas pasadas décadas ha sido el resultado "no ya de una comunidad de valores u orientaciones normativas" (13), sino fundamentalmente de un conjunto de mecanismos clientelares. En sus palabras, "La legitimidad de un sistema, en tanto que orientación normativa, supone la creencia en que las instituciones existentes son las más adecuadas para la sociedad aun si, en ciertos casos, su funcionamiento pudiera afectar negativamente las preferencias concretas del evaluador". Ahora bien, si -como ocurre en el caso venezolano- son los mecanismos utilitario-clientelares los que predominan, el sistema político "se hace altamente vulnerable y sensible a los problemas de funcionamiento eficaz". (14)

En este orden de ideas, quiero adelantar la tesis según la cual, a mi modo de ver, para gran número de venezolanos la democracia, lejos de ser asumida como un valor en sí misma, es crecientemente juzgada en términos utilitarios, y puesta en conexión con un conjunto de creencias "mitológicas" que oscurecen, en lugar de aclarar, la realidad circundante y sus implicaciones sociopolíticas. Dicho de otra manera, a diferencia de las sociedades democráticas avanzadas, donde las condiciones institucionales generan "un compromiso espontáneo que garantiza la coexistencia entre capitalismo y democracia" (15), en nuestro contexto, por el contrario, la democracia y la libertad ni emergen espontáneamente, ni se solidifican como valores normativos, ni se convierten en una "segunda naturaleza" y en una experiencia histórica sedimentada en la conducta y visión de los ciudadanos. Democracia y libertad, en nuestro medio, son conquistas esencialmente frágiles, débiles tallos que asoman ligeramente la cabeza por encima de un territorio abonado por una historia de autoritarismo y una cotidiana realidad de violencia e irrespeto a los derechos de todos. Si a ello añadimos, como explica Marta-Sosa, que "en el populismo democrático lo primordial es la capacidad distribuidora más que la productiva, o la asignación de beneficios más que la eficiencia, tenemos la clave para entender la gradual debacle del liderazgo. Sencillamente porque su experiencia era la de gerentes del clientelismo más que la de decisores políticos". (16)

Durante la mayor parte del período democrático, y ahora tal vez más que nunca, nuestra dirigencia política ha sucumbido a la tentación demagógica, tan

agudamente analizada –entre otros- por Schumpeter (17), contribuyendo así a reforzar un cuerpo de creencias sobre el país que entra en radical contradicción con cualquier intento serio de sustituir la mentalidad rentista por un esquema alternativo, basado en la competencia y la productividad. Como lo expresa Diamond, el dilema se plantea así: "La democracia requiere consenso. El consenso requiere legitimidad. La legitimidad requiere una actuación eficiente. Pero es posible que se sacrifique la eficiencia en aras del consenso. Los líderes electos siempre se mostrarán reacios a seguir políticas impopulares, independientemente de lo sensatas y necesarias que estas puedan ser". (18)

Ahora bien, es imperativo enfatizar que el problema no se limita exclusivamente a la actitud del liderazgo, sino que tiene su correlato en la actitud del pueblo mitologizado, propenso a creer lo que desea creer, a evadir la realidad, y a adoptar como "segunda naturaleza" la posición rentista, que atribuye a fuerzas extrañas los fracasos y espera los triunfos de las dádivas del Estado. En tal sentido, no puedo compartir el punto de vista según el cual "aunque se reconozca que gran parte del pueblo puede, de hecho, en un momento dado, no estar adecuadamente informado o no ser consciente de cuáles son sus verdaderos intereses, sin embargo, es capaz de superar esta situación a condición de que se le trate como un adulto responsable y se discutan con él seria y racionalmente los problemas". (19) La experiencia venezolana muestra, por el contrario, que han sido los que más han prometido los que han salido favorecidos en las lides electorales, y los que más se han esforzado por promover un debate realista y racional los más perjudicados. Esto puede cambiar, quizás, pero de nada vale mitologizar al pueblo para lograr ese propósito.

¿Cuál es entonces el cuerpo de creencias que orienta el comportamiento político de los venezolanos?

Alfredo Keller, en base a sólidos estudios empíricos, lo ha organizado a modo de un silogismo, formulado así:

- Nuestro país es un país rico.
- Todos somos dueños de esa riqueza.
- El reparto de la riqueza es una cuestión de justicia.
- Yo soy bueno y merezco por ello parte de la riqueza de mi país.
- Para que sea justo, mi parte debe ser igual a la de los demás.
- El juez que distribuye la riqueza debe ser el Estado.
- El Estado es una instancia política.

Este cuerpo de creencias es contrastado con ciertas constataciones objetivas sobre la distribución de la riqueza:

- Yo soy pobre... mientras otros son ricos... los ricos son la élite del país... los políticos son también élite...

Todo lo cual arroja la siguiente conclusión:

- El Estado no reparte con justicia la riqueza... porque la élite política es incompetente (la malgasta) y corrupta (la roba).

De acuerdo con Keller, el petróleo ha jugado un papel clave en la formación de este cuerpo de creencias: 91% de los venezolanos considera que el país es

efectivamente un "país rico"; 82 % considera que esa riqueza "debe ser repartida entre todos sin distinción ni privilegio alguno"; 75 % de la población considera que el recurso de los hidrocarburos, por sí solo, es suficiente para cubrir **todas** las necesidades financieras, que "abarcan tanto las necesidades reales como las aspiraciones de la población"; por otra parte, sólo 27 % de los venezolanos siente que se ha beneficiado **en algo** de ese recurso. (20)

El sistema democrático-populista, en lugar de minimizar el peso de este cuerpo de creencias "mágicas", lo que de hecho ha logrado es reforzarlo, mediante la absurda competencia de las falsas promesas electorales, y el aprovechamiento oportunista de circunstancias singulares, como por ejemplo las actitudes de Caldera durante los eventos de 1992. En consecuencia, a medida que se ha hecho más sólida la mentalidad rentista de los venezolanos, se han agudizado las frustraciones, todo ello culminando en "una demanda creciente de liderazgos mesiánicos, redistribuidores y autoritarios, un rompimiento con los instrumentos normativos de contención social, y una creciente pérdida de fe en los mecanismos de participación democrática". (21)

La extendida creencia de que Venezuela es un país "rico", aparte de errada, tiene efectos perversos sobre las actitudes de la gente ¿Cómo se mide la "riqueza" de un país? Obviamente, por la productividad, competitividad, y nivel de vida de sus habitantes. Si se midiese por la cantidad de petróleo, hierro, o bauxita que poseen, entonces ni Japón, ni Suiza serían países "ricos" El sustrato de la riqueza de una nación descansa en las actitudes y aptitudes de su población; en su disposición hacia el trabajo la disciplina, el ahorro, la previsión, y el compromiso con las generaciones futuras. Desafortunadamente, la riqueza venezolana no es más que un espejismo, derivado de nuestra posesión de ciertos recursos naturales en abundancia. En particular el petróleo. Con la capacidad para generar significativos ingresos financieros, que luego permean el tejido social a partir de la tarea distributiva de un Estado gigantesco e ineficaz.

El efecto perverso de esta situación consiste en que, en vista de que una mayoría parece convencida de que sin duda Venezuela es "rica", lo que cabe en tales circunstancias es esperar a que nos caiga el cielo" el maná que nos corresponde. Lejos de contribuir a acentuar la voluntad de esforzarse y de ser más productivos, la mitología de la "riqueza" venezolana lo que hace es bloquear todavía más las energías vitales de la población, desviándolas de la productividad hacia el asistencialismo del Estado.

Como lo explica Rey, a quien merece la pena citar **in extenso**- "En el caso del modelo de desarrollo venezolano, un factor clave lo constituye el papel jugado por el Estado y la naturaleza y cuantía de los recursos de que éste ha dispuesto. El hecho de que tales recursos provengan en gran medida del sector petrolero externo y no, por ejemplo, de impuestos o exacciones de origen interno, hace posible financiar mediante el gasto del Estado el desarrollo -en su doble aspecto de crecimiento y redistribución... pero además como es posible, en principio, dado el origen externo de tales recursos, aumentar su monto y, portante, también la cuantía de los gastos del Estado, sin que ello suponga una pérdida para ninguno de los actores nacionales, las

relaciones de éstos en lo que a tal aumento se refiere aparecen como cooperativas... De esta manera es posible conciliar los típicos antagonismos que en otros lugares han caracterizado a los procesos de desarrollo... Se desarrolla de esta manera una mentalidad rentista, que piensa que los problemas pueden resolverse mediante gastos públicos cada vez más cuantiosos e improductivos..." (22)

En estos párrafos se resume con lucidez esa especie de círculo vicioso de la petrodemocracia venezolana, que lejos de producir "desarrollo" acrecienta, paso a paso, la pobreza de las mayorías, a través de un "toque de Midas" al revés: mientras más petróleo tenemos, y más caro lo vendemos, más difícil nos resulta "sembrarlo", es decir, transformarlo en productividad y competitividad nacionales. (23)

Para que este supuesto "modelo de desarrollo" funcione es imperativo que se cumplan al menos dos -entre otras- condiciones: una abundancia de recursos provenientes del sector petrolero externo, y un relativamente bajo nivel de demandas de la población, a objeto de posibilitar un mínimo de capacidad distributiva que satisfaga las aspiraciones de la gente. A medida que esas condiciones han comenzado a estar ausentes, es decir, desde mediados de los años ochenta, la conflictividad dentro del sistema político ha avanzado a grandes pasos, y ha tendido a reducirse más y más la distancia que separa la legitimidad "normativa" o "del régimen" de aquella que se deriva del **desempeño** concreto de los gobiernos de turno: "Se puede -escribe McCoy- considerar como democracia consolidada, a aquella en que la población es capaz de diferenciar entre la legitimidad de la forma como se eligen sus líderes (legitimidad normativa o del régimen), y la actuación de los que están en el poder (legitimidad del desempeño)... en una democracia consolidada la legitimidad normativa debería ser capaz de superar una falta de legitimidad del desempeño y garantizar la supervivencia del régimen democrático, aun cuando el descontento de la población sacrifique a algunas individualidades en las urnas electorales". (24)

Entre 1992 y 1993, los venezolanos decidimos sacrificar algunos, y ni siquiera aguardar por las urnas electorales para ejecutar el entierro de nuestras frustradas expectativas. Decretamos, también, nuestra aspiración mesiánica.

Militares, Políticos, y el Uso de Bolívar en la Búsqueda del Salvador Providencial.

La historia es la memoria de los pueblos. No obstante, hay pueblos con historia pero sin memoria. Ese es el caso de Venezuela. No solamente tenemos los venezolanos, en general, una visión muy nebulosa de nuestro pasado histórico, repleta de omisiones e ignorancia, sino que, además, la pésima enseñanza de nuestra historia en las escuelas refuerza ese desconocimiento y desinterés por zonas tan amplias e importantes como el pasado colonial, así como buena parte de lo ocurrido el siglo XIX y las primeras cuatro décadas del siglo XX. Para numerosos venezolanos, nuestra historia prácticamente comienza y se detiene en el período de

la guerra de Independencia frente a España; a partir de allí, se abre un territorio insondable, hasta la aparición de la era democrática en 1958.

Esta realidad de ignorancia, fácilmente constatable, tiene dos aspectos que es necesario resaltar: Por un lado, el desconocimiento de buena parte de nuestra existencia como nación independiente, dificulta captar el hecho de que, en buena medida, nuestra historia se ha caracterizado por la violencia, el autoritarismo, el uso arbitrario del poder, y las luchas fratricidas. Por otro lado, la fijación en la época de la guerra de Independencia, en detrimento de todo lo demás, y el culto sin medida a lo entonces ocurrido, ha generado una visión heroica de la historia que la entiende como una especie de incesante camino dirigido a reeditar, en nuestros días, lo ejecutado y ordenado por los libertadores. De esa forma, el sano enaltecimiento de las figuras patrias deviene, en nuestro medio, en un afán imposible por reconquistar glorias que pertenecen a otro tiempo, espacio, y circunstancias.

Así, la Independencia es vista como una "escuela para el porvenir", con la consecuencia, señalada por Ángel Bernardo Viso, de que para los venezolanos "el tiempo se encuentra detenido, ya que sólo consiste en ser fieles a los principios de la Independencia, como si hubiéramos perdido para siempre toda capacidad creadora. De manera tal que, si nos abandonamos, alguien resucita el espectro de los héroes y nos sobresalta, prometiéndonos una segunda Independencia". Y continúa Viso de este modo: "al hipertrofiar la memoria de nuestros héroes, hemos inculcado a nuestro pueblo la idea de ser un conjunto de seres pasivos sin nada que buscar en el terreno de lo histórico, pues el período de creación ha transcurrido ya y es monopolio del grupo de hombres que vivió en ese pequeño segmento de nuestro pasado que constituye la Independencia". (25)

A lo anterior se suma la utilización, no siempre adecuada ni ajustada a la verdad histórica, de la figura ilustre de Bolívar para cubrir de un manto de legitimidad cualquier proyecto político, al que se presume valedero con la exclusiva condición de invocar el nombre del Libertador y esgrimir lo que cada cual, y según su propia interpretación, supone que es el "mensaje" o la "doctrina" de Bolívar. La premisa es simple: ya Bolívar estableció lo que hay que hacer para construir "la Venezuela que queremos"; por lo tanto, lo que resta es ejecutar ese proyecto. En palabras de uno de nuestros más reconocidos historiadores, para avanzar por el camino apropiado no hacen falta sino dos elementos: "un plan de acción y una voluntad de acción. El plan ha sido hecho por Bolívar; la acción incumbe a América". (26)

En este orden de ideas, vale la pena citar otro párrafo de Viso, a pesar de que son palabras duras para los oídos de no pocas personas en nuestro medio, incapaces de mirar la historia con objetividad: "es bueno tener presente -escribe Viso- que si Bolívar reúne todos los caracteres requeridos para ser calificado como un gran héroe, no solamente en razón de sus triunfos militares, también es cierto que su vida fue desgraciada y concluyó con un fracaso político de dimensiones gigantescas... Y en vista de que su trayectoria vital es un arquetipo que se nos propone para ser imitado íntegramente, también el fracaso de esa vida continúa gravitando sobre nuestro destino, como podría hacerlo un maleficio esterilizador". (27)

Quien se haya tomado el trabajo de leer la correspondencia de Bolívar, en especial la que se inicia en 1825 y se extiende hasta su muerte, tiene que admitir que el juicio de Viso es correcto, pues el propio Libertador entendió que la vorágine desatada con la guerra contribuyó a destruir una estructura, pero a la vez impidió sustituirla con una alternativa institucional estable, capaz de orientar en forma creadora la existencia colectiva de los pueblos recién independizados. Poco antes de morir, para sólo citar uno entre muchos ejemplos, el Libertador decía a Urdaneta : "Nunca he considerado un peligro tan universal como el que ahora amenaza a los americanos: he dicho mal, la posteridad no vio jamás un cuadro tan espantoso como el que ofrece la América, **más para lo futuro que para lo presente**, porque ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?... Esto es único en los anales de los crímenes y, lo que ;es peor, **irremediable**". (28)

En lo que, en mi opinión, no acierta Viso, es en el juicio según el cual esa imagen de Bolívar, decepcionado y consciente de los costos de la revolución -y no solamente de sus logros-, nos es ofrecida como ejemplo. Más bien, lo que predomina en el alma colectiva de los venezolanos es una imagen uniforme, carente de matices, homogénea, de un Bolívar glorioso y triunfante, con un mensaje que podríamos calificar de "progresista", ajustado a los requerimientos actuales de la cultura de izquierda predominante en nuestros círculos intelectuales, periodísticos, y políticos.

Semejante imagen, sin embargo, no se corresponde ni con la conciencia que el propio Bolívar tuvo acerca del impacto y consecuencias de su gesta personal, ni con los contenidos, esencialmente conservadores, cautos, y equilibrados, de su pensamiento político.

No es éste el lugar indicado para extenderse demasiado sobre estos puntos. Insisto en que basta con **leer** desapasionadamente a Bolívar -tarea que muy pocos venezolanos realizan-, para comprobar estos planteamientos. No obstante, quiero hacer breve mención del hecho de que no todos nuestros historiadores han estado ciegos ante la verdad evidente de que Bolívar, en particular a partir de la **Carta de Jamaica** (1815), y en especial en su **Discurso de Angostura** (1819), articula un pensamiento político conservador, basado en la búsqueda del equilibrio, la preservación de un sentido de las proporciones, y la **contención** de las energías revolucionarias del pueblo-masa, para detener y encauzar creativamente el impulso anárquico desatado por la ruptura radical con el pasado. Entre los escasos historiadores venezolanos que han estudiado con verdadero espíritu científico a Bolívar, se destaca Germán Carrera Damas, y muy en particular su brillante análisis del **Discurso de Angostura**, al que refiero al lector de esta obra. (29)

A pesar de que, como demuestra inequívocamente Carrera Damas, y como puede -repito- comprobarlo cualquiera que se tome el trabajo de leer con algo de cuidado y objetividad a Bolívar el Libertador propuso en su pensamiento político una salida conservadora, "llamada a ejercer sobre el pueblo una especie de tutela. De tutela en el sentido propio, para educarlo, para llevarlo a un estado en el cual ya fuese posible para ese pueblo ejercer sus derechos, en el sentido de practicar la

democracia y disfrutar de la libertad" (30); a pesar de esto -repito-, los que hoy utilizan el nombre de Bolívar para legitimar sus proyectos políticos le presentan como una especie de cruzado del radicalismo, sin por supuesto atreverse a recordarnos que la organización institucional que diseñó el Libertador se sustentaba en el centralismo, la fortaleza del Ejecutivo (Presidencia vitalicia) y un Senado Hereditario. Ese Presidente -estipuló Bolívar en su Discurso ante el Congreso Constituyente de Bolivia (1825), " nombra al Vice-Presidente para que administre el Estado y le suceda en el mando. Por esta providencia se evitan las elecciones, que producen el grande azote de las repúblicas, la anarquía, que es el lujo de la tiranía y el peligro más inmediato y más temblé de los gobiernos populares". (31)

Es preciso aclarar lo siguiente: no es mi argumento que la propuesta institucional de Bolívar sea válida para el presente o porvenir venezolano. El Libertador actuó en un tiempo y circunstancias diferentes, y produjo respuestas para enfrentarlas.

Mi punto es otro, y tiene que ver con el uso simplista y distorsionado que hoy en día se hace del nombre y del pensamiento de Bolívar para justificar golpes de Estado, y proponer salidas salvacionistas bajo el lema de la "república Bolivariana", sin que nadie tenga la más mínima idea de lo que tal término significa, ni qué relación pueda tener con lo que Bolívar realmente pensó y propuso.

La conversión de la figura de Bolívar en un símbolo de salvación nacional, para todo momento y circunstancias, tuvo de nuevo cabal expresión en nuestros días, a través de las acciones de los militares golpistas en 1992, y en especial a través de las concepciones y propuestas de los dirigentes del llamado "Movimiento Revolucionario Bolivariano 200". De acuerdo a uno de sus líderes, el Teniente-Coronel Hugo Chávez, su propósito -para el cual invocan constantemente el "pensamiento de Bolívar"-consiste en establecer "una auténtica democracia fundamentada en unas raíces históricas vigentes y cónsonas con el carácter psico-social de los millones de hombres y mujeres venezolanos y latinoamericanos que configuran las naciones creadas por el genio libertario de Simón Bolívar..." (32) Desde luego, estas frases nada significan en concreto, y pueden conducir a cualquier parte, pues, ¿qué es la "democracia bolivariana"?, ¿incluye acaso ese proyecto la Presidencia Vitalicia, con derecho a designar sucesor, y el Senado Hereditario?

Ciertamente, para el momento de llevarse a cabo la primera intentona golpista de 1992 (4 de febrero), el gobierno de Carlos Andrés Pérez era muy impopular, pero no cabe negar que era también legal y legítimo. No obstante, en el documento redactado por los golpistas, a objeto de explicar sus motivaciones y fines, se destacan dos puntos: en primer lugar, la invocación a Bolívar como mecanismo justificatorio de sus acciones, y, en segundo término, la afirmación de que la democracia venezolana era (y es), en verdad una "tiranía". En efecto, dicen en una proclama, "¿cómo puede negarse un soldado venezolano al cumplimiento de la misión que le impusiera como última voluntad el Libertador Simón Bolívar...?" Esa misión les llevó a alzarse en armas, usando la violencia como instrumento para el

cambio político, en vista de que lo que existía en 1992 en el país era "una tiranía que pretende ocultarse ostentando máscara de democracia..." (33)

A lo largo de nuestra historia independiente, numerosos venezolanos han manipulado a Bolívar en función de sus propios intereses y ambiciones, hasta llegar, en nuestros días, al MBR-200 y sus allegados, el más reciente de una larga lista de grupos que se han "arropado" con el nombre del Libertador en la búsqueda del poder. El problema es complejo y de singular relevancia, debido especialmente a su incidencia sobre la Mentalidad y visión del mundo predominantes entre la oficialidad de nuestras Fuerzas Armadas.

Como es natural y comprensible, la figura de Bolívar ocupa un lugar preponderante en la formación intelectual y emocional de nuestros hombres de armas. Ello, que en sí nada de malo tiene, y que -al contrario- puede resultar positivo si se mantiene dentro de un sano contexto de equilibrio, deriva sin embargo en ocasiones en un fenómeno negativo, que transforma la admiración hacia Bolívar en una especie de culto mesiánico, y en manto ideológico de una visión simplista de la vida política, particularmente negativa para una democracia cuya esencia descansa en la comprensión de la complejidad de la política.

Ese "bolivarianismo" radicalizado, distorsionado y manipulativo -que contrasta con la visión equilibrada y conservadora de Bolívar-cumple tres funciones: A) Una función legitimadora de la ambición política autoritaria. No es casual que los golpistas de 1992 se llamen así mismos "bolivarianos"; con ello pretenden recubrirse de una virtud incuestionable que permite justificar cualquier acción, ya que, supuestamente, estará "guiada por los más altos ideales de nuestro Libertador"

B) Una función escapista: el nombre ilustre de Bolívar sirve en muchas oportunidades para frenar la autocrítica, y para atribuirnos presuntas virtudes y logros que en realidad no poseemos. En tal sentido, el ejemplo de Bolívar, siempre superior a cualquier realidad presente, justifica cualquier intento de cambiar esa realidad, así sea a la fuerza para que responda efectivamente "a lo que el Libertador quiere de nosotros". C) Una función mesiánica, que consiste en la conexión entre la figura histórica suprema y la acción concreta y actual dirigida a conquistar, de modo providencialista, el ideal "previsto por Bolívar".

No es mi intención sostener que esta manera de ver las cosas actúe sobre cada uno de nuestros oficiales; estoy sencillamente diciendo que se trata de una visión del mundo bastante extendida en el país y dentro de las Fuerzas Armadas, y que la misma se encuentra, en no poca medida, tras los intentos de golpe de Estado ocurridos en 1992. De hecho, los cabecillas de esos golpes pertenecen a un sector militar que existe, con mayor o menor peso, en casi todos los países latinoamericanos. En otros escritos, le he denominado "nasserista", en referencia al dirigente egipcio que insurgió, siendo un joven militar, al mando de su país. La visión del mundo de estos militares se caracteriza por tres elementos claves: A) Una concepción heroica de la vida y de la política, profundamente simplista e ideológicamente primitiva, que pierde de vista las complejidades de la vida social, y a la hora de gobernar se transforma en mentalidad de cuartel aplicada a la conducción de los destinos nacionales. B) Nacionalismo extremo, a veces rayando en

chovinismo. No se trata de un nacionalismo sano, con sentido de las proporciones y una clara conciencia de los intereses de la Patria propia. Se trata de un nacionalismo rudimentario, estrecho de miras, y dogmático. C) Autoritarismo y menosprecio por los procedimientos democráticos para resolver conflictos. No en balde, los líderes del MRB-200 propusieron "la conformación de una Junta Patriótica Bolivariana, como órgano ejecutivo del gobierno de transición; pero el presidente de esta Junta debe ser designado por ella misma, es decir, por sus miembros ya constituidos, los cuales deben ser tanto civiles como militares". (34) Lo que jamás han expirado es: ¿quién elige esa Junta?, y ¿cuánto durara la transición?

Lo cierto es que el "democrático" pueblo venezolano reaccionó en buena medida a favor del golpe, en contra del odiado Pérez, a quien habían reelecto abrumadoramente sólo cuatro años antes. De hecho, como apunta Keller con base a un estudio coyuntural de opinión pública realizado 15 días después del intento de golpe, "el 47 de la población pensaba que si los militares hubieran tenido éxito en su intento habrían hecho un gobierno que pondría orden en la economía, castigaría a los corruptos, y convocaría a elecciones". (35) Este mismo conglomerado social, acosado por la influencia de una estructura de creencias "mágicas" sobre su entorno, consideró -en alrededor de 70- inmediatamente después de las elecciones de 1988, que el nuevo gobierno de CAP "resolvería los problemas más importantes del país". (36) Nada tiene, por tanto, de sorprendente que una población en general tan hondamente sumida en un marco a la vez tan frágil y superficial de creencias políticas, haya experimentado ya hacia 1992 un acelerado proceso de radicalización, que le condujo a admitir a Chávez como un héroe, y a rescatar la profunda comente mesiánica que subyace en nuestra evolución histórica, alimentada por la visión heroica de la Independencia y el uso mítico de la figura de Bolívar.

Ese día 4 de febrero ocurrió un evento adicional al intento de golpe, un evento de trascendental importancia para el proceso político posterior, y cuyas repercusiones serán, a mi modo de ver, definitorias del destino final de la democracia venezolana. Me refiero a la intervención del entonces ex-Presidente de la República Rafael Caldera ante el Congreso Nacional, en momentos en que todavía sonaban disparos en Caracas y otras ciudades del país, y sólo poco después de que Chávez declarase a través de la televisión que, "por ahora", su movimiento debía deponer las armas, y aguardar momento más oportuno.

En este contexto se insertó la intervención de Rafael Caldera ante el Parlamento, presenciada también por millones de venezolanos por televisión, intervención que introdujo un elemento de decisivo impacto sobre el desarrollo posterior del proceso político venezolano. Con gran sentido de la oportunidad, con base en una aguda percepción de las corrientes emocionales profundas que en ese momento se movían dentro del alma colectiva del país, y con extraordinaria puntería política, Caldera aprovechó la ocasión para colocarse a la cabeza de un presunto rumbo alternativo, haciéndose portavoz de las frustraciones de las masas.

Como con acierto señala Keller, "El tono y contenidos de este discurso, vehementemente expresado por uno de los venezolanos de mayor prestigio personal, **justificaron la rebelión militar**, al señalar que lo acontecido era una

respuesta inevitable ante las políticas económicas del gobierno. Este mismo planteamiento aglutinó la dirección de las demandas de la opinión pública, hasta entonces algo dispersas en el debate sobre las políticas gubernamentales, al punto de que a partir de ese momento cerca del 75 % de la población pasó abiertamente a adversarlas. Como consecuencia de ello, Caldera pasó a convertirse en el referente electoral para las futuras elecciones, con la oferta básica de sustituir el modelo de desarrollo de economía de mercado (o 'neoliberal', como lo ha denominado) por una política estatista y nacionalista, aparentemente muy popular. Pero también, el discurso de Caldera abrió una expectativa **que hacía legítima la sustitución del sistema democrático por u no totalitario**, dentro de un cuadro de confusas y contradictorias actitudes políticas del electorado, **lo cual dejó abiertas las posibilidades para un nuevo golpe de Estado** que, en efecto, tuvo lugar nueve meses después". (37).

Comparto plenamente estos criterios, y así lo escribí cinco días después del golpe del 4 de febrero, cuando afirmé: "No me cabe la más mínima duda de que Caldera se convirtió en una especie de apologista del golpe, pues su actitud ambigua, llena de calificativos, de retruécanos, de explicaciones y conjeturas impactó a la gran mayoría como eso: una justificación de las motivaciones de los alzados". (38)

En ocasiones -y así lo manifestó esos días aciagos el destacado intelectual Carlos Guerón, ya fallecido- "explicarlo todo es justificarlo todo", y Rafael Caldera se encargó de dar al intento de golpe la aureola de esfuerzo idealista de salvación nacional que requería, para dejar de ser un acto de violencia ilegítima más, de los muchos que jalonan nuestra convulsionada historia, y transformarse en una gesta cuasi-legendaria, con sus artífices convertidos en héroes populares. A partir de ese instante, se abrió un verdadero boquete en la solidaridad de la élite política democrática tradicional, con Caldera, uno de los pilares del puntofijismo, pasando a liderizar una poderosa comente de opinión crecientemente radicalizada, que -paradójicamente-representaba y representa el proyecto "reaccionario" (en el estricto sentido del término) de volver a los esquemas de control corporativista en lo político y de regulación, proteccionismo y estatismo en lo económico, pertenecientes al pasado "glorioso" de la democracia venezolana. El que semejante proyecto, aparte de reaccionario, sea un sueño imposible -dadas las condiciones actuales y previsibles de nuestra sociedad y economía- no ha impedido que la rueda de la fortuna, es decir, el esquema mágico del mesianismo democrático, prosiga su curso hasta nuestros días.

Caldera tuvo puntería al concentrar en Carlos Andrés Pérez, en su "paquete" económico, y en el tema de la corrupción y los así llamados "cogollos" partidistas todo el peso de sus ataques, pues Pérez representa simbólicamente para la mayoría de los venezolanos "la traición y la promesa incumplida" (39). El hecho de que, a decir verdad, Caldera no haya ofrecido un programa alternativo concreto, con posibilidades ciertas de sacar al país del atolladero económico en que se encuentra, tiene sólo importancia relativa, en un cuadro político que en estos últimos tiempos se ha caracterizado por el predominio de factores irracionales, derivados de la irritación

popular e incapacidad de comprender los componentes de una realidad compleja, hostil, e insatisfactoria

Esta situación ha conducido a la búsqueda afanosa de chivos expiatorios, a los cuales achacar la culpa de los males que incesantemente acaecen sobre un país, cuya errónea imagen de sí mismo se ve a diario negada por las crudas y tangibles realidades del empobrecimiento y el atraso. De allí el acierto del economista Ricardo Hausmann, al sostener la tesis según la cual la percepción generalizada de que la corrupción es la gran culpable de todos los males del país, "es consecuencia de la mentalidad rentista que, al dejar de tener acceso a bienes y servicios a los cuales se estaba acostumbrado sin contraprestación productiva, no encuentra otra explicación para la repentina escasez que no sea la de que alguien se ha robado esa riqueza hasta ahora disponible". (40)

El proceso que se desató a partir del 4 de febrero de 1992 condujo, en primer término, a la salida de Pérez del poder, y luego al menguado triunfo electoral de Caldera. En cuanto a lo primero, si bien Pérez ha cometido innumerables errores, no necesito pronunciarle sobre si es o no un corrupto para afirmar que su enjuiciamiento y oprobio público han tenido una naturaleza esencialmente política más que propiamente jurídica. Su salida de la Presidencia, del modo y por las razones que ocurrió, han abierto las compuertas de una inestabilidad congénita, que heredarán inevitablemente todos sus sucesores democráticos.

En torno a la crisis producida por el intento de golpe del 4 de febrero se aglutinó una coalición oportunista, que incluye desde la izquierda 'institucional' a la insurreccional, pasando por sectores económicos aliados desde siempre con el proteccionismo estatal, y alcanza numerosos grupos e individuos que adversan a los partidos tradicionales y saben bien **en contra** de lo que están, sin tener la más mínima idea de lo que quieren y cómo lograrlo. Esta coalición heterogénea encontró el 4 de febrero el punto de partida necesario para acelerar la decadencia de la petrodemocracia, a través de la agudización de la crisis política, por un sendero de radicalismo que, lejos de haber cesado con las elecciones de diciembre de 1993, continuará inexorablemente en los tiempos por venir.

La Claudicación de los Intelectuales y el Impacto de la Cultura de Izquierda. La Democracia Huérfana.

Dice Mario Vargas Llosa que "Sobre el latinoamericano pesa, como una lápida, una vieja tradición que lo lleva a esperarlo todo de una persona, institución o mito, poderoso y superior, ante el que abdica de su responsabilidad civil". De esta especie de maleficio, lamentablemente, no se escapan ni siquiera nuestros intelectuales, que con reiterada frecuencia sucumben ante la tentación autoritaria revestida de salvacionismo, y se arrodillan ante los "hombres fuertes", al estilo de Fidel Castro y -salvando las necesarias distancias- Hugo Chávez, así como ante los cantos de sirena del izquierdismo que paraliza nuestros pueblos y los mantiene en el estado de postración en que se encuentran.

En Venezuela, los eventos del 4-F de 1992 desataron un verdadero torrente de irracionalidad y miopía política de parte de buen número de nuestros intelectuales, que acabaron por plegarse al golpismo a nombre de una "verdadera" democracia y del rechazo a los partidos y dirigentes tradicionales del país. La vieja izquierda derrotada, los ex-marxistas resentidos, los idealistas ingenuos de siempre, volvieron por sus fueros, mitologizando a los militares que se "atreveron" a insurgir contra la "tiranía" de Pérez, violando su juramento y utilizando la fuerza para imponer sus objetivos de poder político.

El razonamiento de estos intelectuales, entre los que se cuentan algunos de los más prestigiosos del país, fue tan simplista como nocivo: en vista de que los golpes de 1992 se llevaron a cabo contra un gobernante "corrupto" -el mismo que resultó electo por abrumadora mayoría en 1988, y que ya, en 1979, había sido moralmente condenado por el caso "Sierra Nevada"-, en vista de ello, repito, los alzamientos militares se justificaban. En consecuencia, a los responsables de esos golpes, que ocasionaron destrucción y muerte y que rompieron abiertamente con el ordenamiento constitucional del país, hay que perdonarles, ya que, lejos de ser condenables sus acciones, son más bien dignas de elogio. Los golpistas no son -según estos intelectuales contaminados por el mesianismo y el deseo de revancha ante la petrodemocracia-, reos de la justicia democrática, sino por el contrario, "héroes" de la salvación de la democracia.

Desde luego, la fragilidad y miopía política de semejante punto de vista es obvia para quien se detenga a examinarle tan sólo un minuto: Si admitimos que Carlos Andrés Pérez, o cualquier otro gobernante democrático, es corrupto como individuo, entonces ello de por sí justifica el empleo de la violencia para eliminarlo (políticamente), estamos no solamente condenando las normas de la legalidad democrática a ser no más que letra muerta, sino de paso abriendo las puertas a toda suerte de abusos y peligros, porque lo que hoy se aplica a Pérez mañana puede aplicarse a cualquier otro, con o sin "razón", en tanto así lo decidan los iluminados del momento, los "salvadores de la Patria" en ese instante, los "Bolivarianos" que siempre existen en una sociedad históricamente signada por el mesianismo político.

Esto es particularmente amenazante en nuestro medio, debido a la irresponsabilidad con que actúan muchos medios de comunicación social, que no están sujetos al más mínimo control democrático (al de leyes que protejan la dignidad de las personas), y que difaman y vilipendian de modo sistemático, publican informaciones sin respaldo de pruebas en forma corriente, y son incapaces de retractarse o ejercer el más mínimo sentido autocrítico en relación a sus prácticas. En tales circunstancias, el llamado "Estado de Derecho" no es más que una parodia, y el juicio por opinión pública, y no por tribunales de justicia, la realidad cotidiana.

La casi increíble reacción de muchos intelectuales venezolanos ante los intentos de golpe de 1992, se hace aún más difícil de entender en vista del carácter evidentemente primitivo y simplista de las ideas y proyectos de sus ejecutores, que se limitaban a invocar los nombres de Bolívar, Zamora y Simón Rodríguez para definir sus planes de "reconstrucción nacional". Sin embargo, una vez que se ubica esa reacción de nuestros "hombres de pensamiento" en el marco de la cultura de

izquierda predominante en el país, las piezas del rompecabezas se hacen menos difíciles de descifrar. Esa cultura de izquierda tiene ciertos rasgos específicos y poderosamente influyentes, que conviene desglosar:

A) En relación a la economía: la cultura de izquierda es amiga del paternalismo estatal, enemiga del capitalismo y la competencia, y por ello enemiga de un espantapájaros al que denominan "neoliberalismo", que nadie ha explicado con precisión. La cultura de izquierda ni siquiera se da por enterada del estrepitoso fracaso del socialismo en el mundo, fuera de nuestras fronteras. Se ha opuesto al "paquete" de ajuste económico, pero sin proponer alternativa concreta alguna, excepto la repetición de un conjunto de banalidades abstractas, sin correlato práctico.

B) En relación a lo social: la cultura de izquierda se sustenta en una solidaridad retórica y sensiblera hacia los pobres y los necesitados, y en la creencia de que basta con dolerse ante las penalidades de otros para expiar culpas. La cultura de izquierda reivindica en el fondo la lucha de clases, odia a los que más tienen, y presume que hay que "redistribuir" esa riqueza, sin tener la más mínima idea de cómo hacerlo y de las probables consecuencias de ese curso de acción.

C) En relación a lo político: la cultura de izquierda se basa en la propensión hacia el autoritarismo y el mesianismo, todo ello encubierto bajo un manto de defensa a la "libertad de expresión", tan superficial como oportunista, que es en realidad el disfraz en que se recubre una fuerte tendencia a buscar una figura ductora y dominante que "resuelva" los problemas por nosotros. Esa cultura de izquierda reivindica a Fidel Castro, sostiene que Cuba, con todo su desastre, es preferible a Chile a pesar del avance de esta última nación, y repite a diario clichés sobre el "imperialismo" norteamericano.

D) En relación a la democracia puntofijista: la cultura de izquierda es un amasijo de contradicciones; detesta a los políticos y partidos tradicionales, que a pesar de sus carencias han demostrado ser realmente democráticos, y adopta a Chávez como un héroe, a pesar de su primitivismo ideológico e inocultable intención autoritaria. La cultura de izquierda apoyó los golpes de 1992, lo cual es congruente con la propensión al mesianismo, a la ingenuidad utópica, al miedo a la libertad, y a la tendencia a buscar soluciones simplistas para los desafíos de una sociedad abierta. La cultura de izquierda es incapaz de profundizar en las fallas estructurales de la petrodemocracia; su análisis es superficial, personalizado, emotivo y banal.

Por desgracia, no obstante, la cultura de izquierda es la predominante entre nuestros intelectuales y periodistas, y contamina hasta los tuétanos la mayoría de nuestros medios de comunicación social.

Ahora bien, ¿qué es un intelectual? Entre otras cosas, un intelectual es alguien que se ocupa con especial interés de las ideas. Por ello es deber ético de un intelectual luchar por la libertad, tal vez de modo todavía más imperativo que en el caso de cualquier otro individuo. No obstante, defender la libertad no es cosa fácil, y la historia -la nuestra y la de otros- pone de manifiesto que los intelectuales, sobre todo en tiempos de confusión y crisis, son particularmente propensos al radicalismo y la utopía. Ejemplos en Francia, Alemania, Italia, Argentina, y Chile, entre otros sitios,

muestran que las imperfectas democracias liberales son vistas por muchos intelectuales -contaminados de marxismo o frustrados por ambiciones insatisfechas- con odio y repulsión. En consecuencia, muchos intelectuales terminan claudicando bajo los impulsos hacia el radicalismo y la utopía, sumándose así a las fuerzas que tienden a destruir la libertad.

Ese fenómeno se puso de manifiesto con intensidad en nuestro medio en 1992 y 93, cuando numerosos intelectuales -y los periodistas también lo son-, conscientes de los graves defectos de esta democracia, pero incapaces de vislumbrar los costos de perderla y el significado real de las opciones existentes, se entregaron, y lo continúan haciendo, al peligroso juego del radicalismo. Esa actitud tiene serias fallas, y cabe resaltar las siguientes: A) Los intelectuales radicalizados presumen que todo lo que existe es malo, y que todo lo que vendrá será bueno. Olvidan, por supuesto, que lo que existe, la famosa "tiranía", les permite, entre otros puntos, decir lo que piensan y tratar de cambiar las cosas sin el uso de la violencia. Por otro lado, pierden de vista que lo que puede venir, a raíz del radicalismo, puede ser aún peor, como entendieron tantos intelectuales chilenos a partir de 1973.

B) Subestiman las consecuencias **no deseadas** de sus acciones: En efecto, es típico de intelectuales radicalizados suponer que sus actuaciones van a generar resultados previsibles, y pierden de vista la profunda lección histórica según la cual son las consecuencias no deseadas de la acción política las que usualmente adquieren mayor relevancia a la hora de hacer un balance de la actividad pública. No pocos de nuestros intelectuales radicalizados presumen que su supuesta "superioridad ética" -derivada de su crítica implacable aun orden imperfecto- garantiza la pureza de sus resultados. Semejante idea es, no obstante, equivocada. C) Subestiman el impacto de sus actitudes al conceder legitimidad a los violentos: Es característico de los intelectuales radicalizados suponer que los violentos -Chávez y sus aliados- son poco importantes, que a la hora del "gran cambio" los violentos ocuparán lugares secundarios y se entregarán embelesados a la guía de los "hombres superiores", "notables", e "ilustrados". Este tipo de miopía ha costado sangre, sudor, y lágrimas a incontables intelectuales a través de la historia. D) Sobrestiman su capacidad de control sobre los eventos: Esto se vincula a lo anterior, y se refiere a la típica presunción de numerosos intelectuales que creen estar en capacidad de controlar los eventos sociales, que su radicalismo llega hasta un punto bien medido sin otras consecuencias, y que el resultado de lo que hacen siempre será positivo. Esto fue lo que creyó, por ejemplo, un Trotsky, hasta que Stalin le aplastó. E) No ofrecen nada en concreto, excepto la protesta: Es un rasgo notorio de nuestra actual crisis que los más exaltados entre los intelectuales claudicantes, los que más vociferan y aparecen en público, son también los más oscuros y confusos a la hora de proponer alternativas. La claudicación de los intelectuales, en síntesis, consiste en hacer el juego al radicalismo y la utopía, que son, por lo demás, enfermedades comentes de la condición intelectual en sociedades sometidas a poderosas presiones de transformación.

En este orden de ideas, quiero referirme a cuatro libros publicados en 1992 por reconocidos intelectuales venezolanos, dos de ellos -Arturo Uslar Pietri y Juan

Liscano- de las llamadas "viejas generaciones" (no uso el adjetivo con intención ofensiva), y otros dos -Emeterio Gómez y el equipo de Heinz Sonntag y Thaís Maingón- de las "generaciones jóvenes" de nuestra intelectualidad. Todos estos estudios presentan el mismo cuadro de miopía política y tolerancia de la violencia, en nombre del "cambio" y la "purificación" de la democracia, y ninguno indica en concreto el camino a seguir.

Uslar, como los demás autores mencionados, habla todo el tiempo en su libro **Golpe y Estado en Venezuela** acerca de una "verdadera" democracia, en contraste con la que existe en nuestro país, pero no explica dónde está ese ideal ni cómo obtenerlo. Su postura radicalizante le conduce a tres cosas: A) A presentar propuestas totalmente superficiales y simplistas en tomo al cambio necesario. B) A minimizar las enormes diferencias entre democracia y dictadura. C) A adoptar una posición complaciente hacia los golpistas.

Sobre lo primero, las propuestas de Uslar tienen este tenor: "reestructurar a fondo el sistema democrático", "lograr la realización más completa de la Venezuela posible", "repensar a fondo la nueva realidad", "actualizar las instituciones democráticas para hacerlas más adecuadas, eficientes, y útiles", "redimensionar el papel del Estado en la economía", y otros postulados por el estilo. En cuanto a los otros dos puntos, Uslar minimiza las diferencias entre democracia y dictadura, y afirma que "No pocas veces (en América Latina) han sido derrocadas las dictaduras militares para ver surgir en su lugar democracias incompletas, contradictorias, y en buena parte falsas", y sostiene igualmente que "es poca la diferencia (entre esas democracias 'falsas' como la venezolana) con los regímenes dictatoriales". Uslar concede relativamente poca importancia al hecho de que existan "libertad de expresión, elecciones, debate público", pues a su modo de ver todo ello queda desvirtuado por el supuesto "pacto entre los grandes partidos". De paso, como ocurre con todos los que sucumbieron ante el espejismo de Chávez, Uslar se pone complaciente con los golpistas, afirmando que los golpes muchas veces han constituido un mecanismo "para poner fin a gobiernos corruptos y abrir el camino a nuevas esperanzas". Sobre el 4-F, a la manera de Caldera, Uslar sostiene que "Es posible que las carencias de la dirigencia política del país y la falsificación de la democracia hubieran parecido no dejar otra salida".

Entre sus numerosas contradicciones, propias de la ligereza e irracionalidad que se han apoderado del medio intelectual venezolano, Uslar en su libro critica la petición de Acción Democrática, antes del 18 de octubre de 1945, de una reforma constitucional para elegir al Presidente por voto universal, y dice que "Haber aceptado la violenta posibilidad de lanzarse a una reforma constitucional intempestiva para complacer el capricho de un pequeño partido de oposición hubiese sido absurdo". No obstante, Uslar ni menciona **sus** constantes exigencias, a todo lo largo de 1992 y 93, a favor de la renuncia de Pérez, quien al fin y al cabo era un mandatario legítimo que aún no había concluido su período constitucional, y al que se le armó un juicio político con rasgos de parodia. Uslar, además, critica la convocatoria de la Constituyente de 1946, "en la que improvisados dirigentes y bisoños diputados debatían sin término sobre todas las materias imaginables"; no

obstante, es incapaz de aclarar por qué una Constituyente convocada **ahora** -como él lo ha solicitado- sería menos mala que la reunida en 1946. (41)

No me cabe la más mínima duda de que Arturo Uslar Pietri apoyó, en su corazón, los golpes de Estado de 1992, aunque se cuidó en sus palabras. No así Juan Liscano .quien con característica vehemencia expresó en su libro **Los Vicios del Sistema** que él es un "radical", y lo que propone como "solución" a la situación que enfrentamos no es otra cosa que una "presión cívico-militar" que obligue a "adoptar la proposición de la Constituyente". Es decir, Liscano recomienda otro golpe de Estado; ahora bien, lo paradójico del asunto es que la fórmula de Liscano entra en franca contradicción con el análisis que se expone en el libro, y que está dirigido a mostrar los efectos perniciosos que en nuestra historia ha tenido la acción de minorías radicalizadas, así como las rupturas violentas y traumáticas que pueblan nuestro devenir como nación.

Así, Liscano nos recuerda que el 19 de abril de 1810 fue producto de "una conspiración cívico-militar que triunfó mediante un golpe de Estado incruento"; luego la emprende contra "los desatinos políticos del Ejecutivo y de la Sociedad Patriótica" durante la Primera República, e indica que "La Independencia me impuesta sin consulta plena, ni siquiera a los de la misma casta". Por un lado, el autor rechaza el radicalismo de esos hombres, sin reparar, por otro lado, que su actual radicalismo nada tiene que envidiarle al de tantos otros "salvadores" del país, que han adelantado conspiraciones cívico-militares de minorías no muy diferentes a las del 4-F y 27-N del 92, que Liscano vio con inocultable simpatía.

Las ambigüedades conceptuales y contradicciones en el razonamiento de Liscano hunden sus raíces en el determinismo histórico subyacente como filosofía sustentadora del análisis. En efecto, según el autor "el problema (venezolano) fundamental no son las instituciones sino los hombres", es "el venezolano" como tal: "La estructura social y psicológica imperante es obra de sus tendencias y deseos, de su dinámica vital, de sus instintos y componentes síquicos". De acuerdo a Liscano, "no está en la naturaleza del venezolano, ni ayer ni ahora, respetar la Ley". De allí que, en su opinión, "la corrupción administrativa, el manejo fraudulento de los dineros del Estado, la aventura del enriquecimiento ilícito, no constituyen elecciones coyunturales sino forman parte de la estructura formada desde la colonia . En resumen- "La democracia incorruptible propuesta por Betancourt... tenía mucho mar que navegar... Los propósitos moralizantes... no compaginaban con la estructura política social, psicológica, **antropológica** y cultural de la realidad venezolana".

De ser las cosas como Liscano las pinta, se imponen inexorablemente dos conclusiones: A) La responsabilidad ética de los llamados "corruptos" o bien no existe o bien se minimiza, pues son parte de un todo social y de una historia condenados a esas fallas; dicho en otras palabras, si actúan de cierto modo porque están obligados a ello en vista de su condición "antropológica", entonces no son moralmente responsables ya que no son libres de actuar de otra manera. B) Carece de sentido creer que una "presión cívico-militar" para generar otra Constituyente (ya hemos tenido varias a lo largo de nuestra convulsionada historia), pueda ser capaz de resolver problemas estructurales, "antropológicos", como los que señala Liscano.

Una Asamblea Constituyente no sirve para enderezar entuertos antropológicos.

Por todo esto, la crítica implacable de Liscano contra la petrodemocracia, a la que nada bueno reconoce, luce excesiva. Al igual que Uslar, Liscano considera que la democracia venezolana es una "falsa" democracia, y subestima la relevancia del hecho electoral (prefiere la "presión"). Lo extraño es que Liscano parece entender el importante problema de las consecuencias no deseadas de la acción política, y llega a argumentar que Bolívar, "dentro de esa vorágine de matanzas y desorden subversivo, propiciado **involuntariamente** por él mismo y sus amigos de la Sociedad Patriótica", se vio envuelto en un proceso de desintegración histórica muy distante de los ideales planteados en la **Carta de Jamaica** y el **Discurso de Angostura**. Sin embargo, Liscano no asimila esa experiencia a la actual situación del país y a su radicalismo político, también capaces de desencadenar -como paulatinamente lo estamos presenciando- un proceso de fragmentación nacional en todos los órdenes, de irritación y violencia que quizás, eventualmente, nada tendrá que envidiar a otros procesos semejantes de nuestra tumultuosa historia. Dice Liscano que "Bolívar fue víctima de la irracionalidad de la historia y Betancourt también". Cabe preguntarse: ¿Y Liscano, y Uslar, y Caldera?

Toda la incoherencia que despliega Liscano, fruto de la irracionalidad que impera en Venezuela, concluye en sostener que "el cambio real no puede proceder sino de alguna forma de insurgencia contra el sistema", y por ello propone "el desmantelamiento del sistema bipartidista y la convocatoria a una Constituyente en la que los partidos tendrían una simple representación proporcional ante una mayoría conformada por los sectores civiles más importantes". Lo que no queda claro es, ¿quién decide esa proporción?, ¿dónde quedan las elecciones y el propio llamado de Liscano a legitimar el poder a través de la "aceptación de la mayoría"? (42)

El deplorable nivel de análisis de estos libros se repite en los de autores más jóvenes, que también se sumaron a la idea de que los golpes eran necesarios y se justificaban, en vista del deterioro de la democracia y de la "corrupción" de sus dirigentes.

Llaman en especial la atención, por razones que explicaré en breve, los argumentos desplegados por Emeterio Gómez en un opúsculo que publicó un par de meses después del golpe de Chávez. En síntesis, Gómez planteó lo siguiente:

A) El intento de golpe, en realidad, no podía romper el "hilo constitucional" **ya que este último hacía rato que estaba roto**, debido a la ineptitud y corrupción de la dirigencia democrática tradicional: "Fue contra esta constitucionalidad, esta democracia y estas instituciones huecas contra las que atentó Chávez el 4-F. De haber tenido éxito, no habría sido él el que las hubiese destruido. Ellas habían sido demolidas ya por el proceso constituyente o, más exactamente en nuestro caso, deconstituyente".

B) Hay que distinguir entre una visión "constitucional y una visión "constituyente" de la democracia. La primera, que es "historicista", "asume a la democracia como una institución, como una etapa autosubsistente, constitucional, capaz por sí misma de desestimular los intentos de golpe de Estado". Frente a esta

concepción, Gómez contrapone una perspectiva "estructural" de la democracia, "que la percibe como un proceso constituyente permanente que debe replantearse a cada instante". Para Gómez, aquellos que en Venezuela repudiaron los intentos de golpe en 1992 sucumbieron a un **"apego místico a los principios, colocados por encima de la vida**, pues la cultura democrática no es un "valor absoluto" que pueda sobreponerse a "las deficiencias, degradaciones o fallas del régimen". Y expresa: "¡Como si la gente estuviese dispuesta a dejarse morir de hambre o pervertirse, con tal de vivir en democracia".

C) Asegura Gómez que la democracia venezolana, ya para 1992, había perdido la capacidad de renovarse y perfeccionarse desde adentro, y que era entonces necesario un "factor" o "fuerza" externa que le impulsase a cambiar de rumbo. En sus palabras: "Por supuesto que la democracia es perfectible, pero con semejante precepto no podemos pretender adentrarnos en el complejo mundo real, en la imprevisibilidad infinita de la existencia. Por supuesto que la democracia es perfectible pero de allí no se desprende en lo más mínimo que ella, por sí misma, pueda corregir todas las deficiencias que podrían llevar a desvirtuarla. Más aún, de aquel precepto no se desprende siquiera que no puedan darse en la realidad procesos en los cuales, usando sus propios instrumentos y recursos, la democracia tienda a hacerse más imperfecta, a **degenerar**; tal como no está de ninguna forma excluido que (ello, AR) pudiese haber pasado en Venezuela de no haberse producido el 4-F". Para Gómez, decir que las asonadas violentas no se justifican en democracia, ya que éste es un sistema político capaz de autoregenerarse, es "una letanía cansona". Sostener que "la única forma (legítima) de cambiar un gobierno son los votos", y que el de Pérez "era legítimo porque había llegado por la fuerza de los votos" no es otra cosa que pretender imponer la "lógica formal" sobre la "existencia", es decir, ser ingenuos, formalistas, legalistas...

D) Según Gómez, los venezolanos no tenemos otra alternativa que escoger entre el mesianismo militar o el mesianismo civil: "Muchos intelectuales -argumenta- en sus lamentos porque nuestro pueblo no ha aprendido, se quejan porque el culto a Chávez indica que el mesianismo está todavía vivo entre nosotros. Caldera esa tarde (del 4-F) apeló sin duda a ese mismo mesianismo para darle un toque más humano, más racional. **Nuestro profundo atraso no daba más que para escoger entre el mesianismo civil y el militar**; entre una figura salvadora construida a partir de ideas y otra montada sobre los tanques y la fuerza". (43) Desde luego, Gómez no explica cuáles fueron las "ideas" que formuló Caldera en su famosa intervención.

Los razonamientos de Gómez, aparte de abrir las puertas de par en par a cualquier acto que se autojustifique en función de la "salvación" de la democracia "corrupta", están llenos de paradojas: Por un lado, Gómez tiene una imagen profundamente negativa y escéptica acerca de las condiciones sico-culturales del pueblo venezolano -en lo que, tal vez, tiene razón-, y habla de la "conciencia infantil" de ese pueblo (44); por otra parte, sin embargo, Gómez aspira a que este conglomerado "infantil" sea capaz de crear "una sociedad de mercado, una cultura, una ética, un sistema jurídico, una mentalidad, una Constitución y hasta una religión proclive al mercado, al intercambio mercantil". (45) Semejante objetivo es quizá el

más difícil que pueda plantearse a una colectividad "petrolizada" como la nuestra; no obstante, sin entrar a discutir su viabilidad, lo que sorprende en el razonamiento de Gómez es su carácter paradójico, y el hecho de que hable del "destello de grandeza de Caldera" el 4-F, cuando en realidad, no solamente esa intervención puede muy razonablemente ser interpretada como un acto de peligrosa demagogia, sino que, además, Caldera actuó en función precisamente de un propósito totalmente contrario a la "sociedad de mercado" por la que aboga Gómez. Caldera, como es de sobra conocido, rechaza de plano el "neoliberalismo", sospecha del mercado, y tiene una visión corporativista de las relaciones sociales y fuertemente estatista de las relaciones económicas.

Es paradójico, también, que sea un intelectual con la perspectiva de Gómez quien coloque tanto énfasis sobre la "degradación social", "ineptitud" y "corrupción" de la democracia en este tiempo, ya que él mismo, apenas comenzaba el segundo periodo de Pérez, manifestó su inconformidad radical con el "paquete" económico **porque no era lo suficientemente severo y no iba a generar un "verdadero shock"**, cosa que para Gómez era necesaria. En sus palabras, lo que se requería era un "verdadero shock recesivo". Cuando se le interrogó acerca de los posibles efectos sociales de un programa de ajustes aún más "duro" respondió citando el ejemplo inglés bajo la señora Thatcher "En esos cuatro años -dijo- hubo un desbarajuste social tremendo, pero fueron cuatro años y después la economía comenzó a crecer..." (46) Estas frases las pronunció Gómez sólo seis días antes del estallido social del 27-F de 1989...

Los argumentos de Gómez, aunque provengan de un intelectual presuntamente "neoliberal" repiten sin modificaciones los planteamientos tradicionales de la cultura de izquierda contra la vilipendiada "democracia formal", y a favor de esa famosa "verdadera democracia" o "democracia real", que nadie define jamás con precisión. Así, por ejemplo, Sonntag y Maingón afirman que la defensa de esos valores "formales" es "parte de un complejo proceso de fetichización de los procedimientos democráticos formales para justificar un régimen que en los hechos mostraba desde hacía algún tiempo...signos y tendencias de faltas a la constitucionalidad.."; de allí que, a su modo de ver las cosas -y respaldando las posiciones expresadas por algunos sacerdotes católicos enmarcados también dentro de la cultura de izquierda predominante-, "la democracia está por hacerse y construirse siempre, **y... más allá de consideraciones políticas, lo más importante es la satisfacción de las necesidades de la población**". (47)

Con este tipo de argumentos, que no sólo dejan de lado el hecho de que la democracia consiste esencialmente de conjunto de reglas políticas "formales" para asegurar el cambio pacífico y evitar la violencia en la sustitución de los malos gobiernos, numerosos intelectuales venezolanos "sacaron la alfombra" colocada bajo los frágiles pies de un sistema político que, desde entonces, ha quedado herido de muerte, acosado por el peso de sus propias deficiencias y contradicciones, y cuestionado en su esencia por los que, supuestamente deberían defenderle.

No se trata, por cierto, de arrodillarse mentalmente ante una visión idealista, puramente "principista", de la democracia en abstracto, sin tomar en cuenta las

condiciones de su desempeño concreto. Se trata de sostener que **es imperativo definir límites** a la crítica de la democracia, límites más allá de los cuales **no se puede permitir** que avance la crítica. En tal sentido, si se abre el paso desde las armas de la crítica a la crítica de las armas, si, en otras palabras, se llega a admitir la violencia como herramienta legítima frente a la democracia, esta última pierde su postrer mecanismo de defensa, que es su propia razón de ser.

En la búsqueda de la elusiva "democracia real", el Teniente Coronel Chávez entrelaza sus brazos con los políticos mesiánicos y los intelectuales decepcionados y ciegos ante la amenaza del desarme ético-político frente a los violentos. La orfandad de la democracia venezolana es ya prácticamente total. En adelante, la impopularidad de los dirigentes democráticos será su tumba política, y la proclama salvacionista justificada por la inexistencia de la "verdadera democracia", hallará en sí misma su legitimidad, ya que por mucho tiempo, décadas tal vez, será imposible "satisfacer las necesidades de la población".

A partir del 4-F de 1992, se desata para Venezuela una dinámica de la irracionalidad, se acelera la decadencia, y se acentúa el proceso de desmembramiento institucional de la democracia, todo ello alentado por un coro de voces insensatas, dignas representantes de la más atrasada cultura de izquierda. Esa dinámica decadente favorece claramente a las fuerzas de la disolución, que ya cubren poderosamente el panorama nacional, controlan los contenidos de los medios de comunicación, y han colocado contra la pared a los partidos y líderes tradicionales, al igual que a los que defendemos posiciones conservadoras en lo político. Vivimos, de eso estoy persuadido, tiempos llenos de malos augurios, aunque tal constatación escape por completo al campo de visión de los radicales, que nos empujan, cegados por el odio, hacia un abismo insondable.

NOTAS

- (1) Andrés Serbin y Andrés Stambouli, "La democracia bajo presión: un análisis politológico", en A. Serbin, et. al.(eds.), **Venezuela: La Democracia Bajo Presión**, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1993, pp. 213,215.
- (2) Una óptica diferente, desde posiciones de izquierda, argumenta que "En estos treinta años de democracia el pueblo venezolano ha vivido una sorda guerra de clases, recubierta con el teflón de la 'paz social', cuyos resultados son hoy evidentes: un 65 de la población vive en pobreza crítica; la marginalidad amenaza a gran parte de las capas medias... Una minoría ha despojado a la inmensa mayoría de la población en un proceso sórdido e insensible, protegida por el manto de la democracia consensual". Véase, Federico Alvarez, "Treinta años de periodismo en democracia", en, **Democracia y Violencia Política**, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, U.C.V.. Caracas, 1990, p. 133.

- (3) Daniel H. Levine, "Venezuela: The Nature, Sources, and Prospects of Democracy", en, L. Diamond, et. al. (eds), **Democracy in Developing Countries. Latin America**, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1989, p. 242
- (4) Juan Carlos Rey, **El Futuro de la Democracia en Venezuela**, IDEA, Caracas, 1989, p. 256.
- (5) Arístides Torres, **Fe y Desencanto Democrático en Venezuela**, FACES, U.C.V., Caracas, 1985, p. 32 (mimeo).
- (6) A. Torres, **La Evolución de las Actitudes hacia el Sistema Político en Venezuela**, Data Analysis, Caracas, 1990, pp. 5, 9 (mimeo).
- (7) Tomadas de Alfredo Keller, **Indicadores Sociales y Electorales como Reflejo del Grado de Satisfacción de las Reivindicaciones Políticas**, Ponencia, Bonn, 1992, pp. 9, 11 (mimeo).
- (8) Serbin y Stambouli, ob. cit., p. 214.
- (9) A. Keller, ob. cit, p. 3.
- (10) Manuel García-Pelayo, **Los Mitos Políticos**, Alianza Editorial, Madrid, 1981, pp. 23, 26.
- (11) Juan Nuño, **La Veneración de las Astucias**, Monte Avila, Caracas, 1989, p. 78.
- (12) Joaquín Marta-Sosa, "Problemas y Agenda para la Gobernabilidad Democrática", en Serbin, et. al. (eds.), ob cit., p. 35.
- (13) Rey, ob. cit., p. 257.
- (14) Ibid., pp. 258-259.
- (15) Véase, Fernando Coronil, **The Magical State: History and Illusion in the Appearance of Venezuelan Democracy**, The Helen Kellog Institute for International Studies, Working PaperN0112, 1988, p. 63.
- (16) Marta-Sosa, ob. cit., p. 35.
- (17) Véase mi libro. **La Miseria del Populismo**, cit.,pp. 79-91.
- (18) Citado por Jennifer McCoy, "Venezuela: ¿Crisis de Confianza?", en Serbin, ob. cit., p. 15.
- (19) Rey, ob. cit., pp. 309-310.
- (20) A. Keller, ob. cit., pp. 6-8.
- (21) Ibid.,p. 13.
- (22) Rey, ob. cit., p. 280.
- (23) Véase, Margarita López-Maya, Luis Gómez Calcaño, Thaís Maingón, **De Punto Fijo al Pacto Social**, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, Caracas, 1989, pp. 51-61.
- (24) McCoy, ob. cit., pp. 15-16.
- (25) Ángel Bernardo Viso, **Venezuela: Identidad y Ruptura**, Alfadil Ediciones, Caracas, 1982, pp. 54, 71.
- (26) J. L. Salcedo-Bastardo, citado por Viso, ob. cit., p. 71.
- (27) Ibid., pp. 66-67.
- (28) Simón Bolívar, **Obras Completas**, Editorial Lex, La Habana, 1947, Vol. II, p. 933.

- (29) Germán Carrera-Damas, **Validación del Pasado**, EBUC, Caracas, 1975, pp. 147-193.
- (30) Ibid., p. 184.
- (31) Simón Bolívar, **Escritos Políticos**, Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 133.
- (32) Comandante Hugo Chávez Frías, "La Democracia Bolivariana", **El Ojo del Huracán**, No 11, Marzo-Julio 1992, pp. XVI-XVII
- (33) "Nos Alzamos por la Constitución", **Carta de los Oficiales del MBR200**, Fuentes Editores, Caracas, 1992, pp. 28,14.
- (34) Emisión Radial de Hugo Chávez F., 26-08-92, FM 104.5, Caracas.
- (35) Alfredo Keller, **Venezuela: Escenarios de Crisis**, Caracas, 1992, p. 8 (mimeo).
- (36) Véase, A. Keller, **Indicadores...**, p. 10.
- (37) A. Keller, **Venezuela...**, pp. 7-8.
- (38) A. Romero, "La Demagogia de Caldera", **El Diario de Caracas**, 09-02-92.
- (39) Consultores 21, **Un Modelo distinto de Análisis para Comprender el Entorno**, Caracas, 1993, p. 20 (mimeo).
- (40) Citado por Gerver Torres, **Transformar una Sociedad Requiere algo más que Reformas Económicas**, Ponencia, Washington, Septiembre 1992, p. 3 (mimeo).
- (41) Arturo Uslar Pietri, **Golpe y Estado en Venezuela**, Editorial Norma, Bogotá, 1992, pp. 119,122,114,126,73,48^9,88.
- (42) Juan Liscano, **Los Vicios del Sistema**, Vadell Editores, Valencia, 1992, pp. 103,109,19,34,36,98,80,76,68,37,42,91,55,65,59,49,105,104, 107.
- (43) Emeterio Gómez, **Después del 4-F**, Cuadernos El Manantial 1, Caracas, 1992, pp. 19, 22-23, 25, 27-28, 30-32.
- (44) Ibid., p. 32.
- (45) Ibid., p. 43.
- (46) Entrevista a **El Diario de Caracas**, 21-02-89, p. 16.
- (47) Heinz R. Sonntag y Thaís Maingón, **Venezuela: 4-F 1992. Un Análisis Sociopolítico**, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1992, pp. 24, 36.

II. DOS TESIS SOBRE EL PROCESO DEMOCRÁTICO VENEZOLANO: ¿PUEDE LA PETRODEMOCRACIA SOBREVIVIR SIN EL MANÁ PETROLERO?

La Clarividencia de las Élités y el Determinismo Petrolero. Crisis de la Función Tutelar de las Élités y del Estado Proveedor.

En la primera parte de este estudio, adelanté una explicación acerca de las turbulencias experimentadas por el sistema político venezolano en tiempos recientes. Me concentré en la interrogante sobre cómo ocurrió el proceso, y exploré su significado general como acelerador de la decadencia de la democracia puntofijista.

En esta segunda parte, intentaré explorar las raíces "estructurales" de la crisis venezolana, es decir, aquellos factores económico-políticos que tienen una naturaleza fundamental en la composición y desenvolvimiento del sistema cuya decadencia y destino acá nos ocupan.

En ese orden de ideas, resulta en extremo interesante constatar que -con pocas excepciones-, el punto de vista predominante en torno a las razones que explican la creación y consolidación temporal del sistema democrático venezolano, coloca especial énfasis en la capacidad, astucia, visión y flexibilidad de las élites, en particular de las élites políticas, que han tenido, al menos hasta no hace mucho, en sus manos el poder para gestionar pactos y alcanzar compromisos, a objeto de estabilizar un orden pluralista. (1)

La tendencia predominante entre los analistas ha destacado la "autonomía de las variables políticas", argumentando que es errado suponer que la realidad democrática venezolana "descansa primordialmente en la existencia de dinero fácil derivado del petróleo". Por el contrario, insiste esta perspectiva, el "secreto" de la creación y posterior estabilización de la democracia en Venezuela se encuentra en la capacidad de aprendizaje, moderación, sentido táctico y voluntad de compromiso de las élites y fuerzas políticas claves, que fueron capaces de "colocar de lado asuntos demasiado difíciles y controversiales, para concentrarse en cuestiones más prácticas en relación a las cuales pudiesen ejecutarse soluciones 'técnicas' (reduciendo su potencial de conflictividad política (AR)". (2)

Frente a esta tesis, que claramente privilegia el elemento político -encamado en la "clarividencia de las élites"-, se yerguen tímidamente interpretaciones que enfatizan el peso crucial del petróleo como gran instrumento que ha hecho posible sostener un "sistema populista de conciliación". El argumento clave, desde este ángulo de interpretación alternativo, es que "los ingresos derivados del petróleo han pagado las cuentas de la democracia pactada venezolana, subsidiando tanto a los empresarios como a los sectores populares". Dicho en otros términos, "Sin esta oportunidad estructural (basada en el petróleo, AR), la voluntad, intenciones, y experiencia política de los individuos no habrían logrado producir por sí mismas el resultado deseado"; todo lo cual lleva a concluir que "En vista de que el petróleo ha jugado un papel esencial y único en la formación y mantenimiento de este sistema

político, la viabilidad a largo plazo de este tipo de democracia pactada, y su valor como modelo para otros países, se hará más claro solamente cuando el dinero petrolero comience a ser insuficiente". (3)

No creo en el determinismo histórico; creo -como expliqué en el Prefacio de este libro- que los hombres hacemos nuestra historia, eso sí, en condiciones dadas. Por ello, no me pliego a la idea según la cual el factor petrolero posea, por sí solo, un efecto determinante e ineluctable dentro del contexto socio-político y económico que dio vida y sostuvo, hasta ahora, la democracia venezolana. **Sin embargo, considero acertado y útil que al petróleo se le conceda, al momento de analizar lo que ha sido y puede ser esta democracia, un puesto de mayor relevancia del que tradicionalmente ha ocupado,** en los análisis de no pocos politólogos y economistas acerca de nuestro devenir nacional.

En tal sentido, me parece muy importante apreciar que existe lo que podríamos denominar una "tendencia inercial" de la economía venezolana, originada en su dependencia del petróleo, que la empuja en una cierta dirección, y que hace muy difícil llevar a cabo un proceso de transformación a fondo destinado a acrecentar de forma decisiva nuestra productividad y competitividad nacionales.

El destacado economista Miguel Ignacio Purroy ha hablado de un "modo de ser natural" de nuestra economía, y ha señalado que "No cabe duda de que sanear el Estado en un país con nuestra renta petrolera es tarea de gigantes". Refiriéndose al programa de ajustes intentado a partir de 1989, Purroy escribió que "La principal hazaña... se refiere al objetivo central de convertir la economía venezolana en una economía competitiva y abierta al mercado mundial. Por eso la piedra angular del programa era mantener una tasa de cambio suficientemente subvaluada, como para promover un fuerte crecimiento de las exportaciones no tradicionales. Debe reconocerse que la devaluación de 1989 significó una verdadera revolución del modelo económico venezolano, **que hasta ese momento se sustentaba en la sobrevaluación del bolívar.** Fue posible esta 'gesta revolucionaria' por el impacto psicológico de la debacle en que se encontraba la balanza de pagos afines de 1988...Pero resulta que la renta petrolera sigue estando ahí y muy cuantiosa. En cuanto el mercado petrolero se normaliza, el país comienza a percibir un sustancial flujo de divisas que presiona de nuevo hacia la sobrevaluación. Este es el 'drama' de economías petroleras, **en las que se requiere de una extremada disciplina y de una férrea voluntad política para mantener a largo plazo un tipo de cambio competitivo para las exportaciones no petroleras**". Y concluye: "Sinceramente, cuesta imaginarse esta disciplina en nuestro país. (4)

Estos son pasajes de gran lucidez, que centran con extraordinaria precisión el complejo dilema de un orden político levantado sobre una renta bamboleante e incierta. Y es indispensable comprender y asimilar este punto: la democracia venezolana es un sistema político íntimamente vinculado a un determinado "modelo de desarrollo" (que más bien ha probado ser de anti-desarrollo). Dicho de otra forma, la democracia venezolana se "monta" sobre un "modo natural" de ser de la economía, **y no ha sido, y probablemente no será capaz** de torcer esa "tendencia

inercial", debido a la dificultad política de convocara la población aun esfuerzo compartido, con exigencia de sacrificios, para superar el desafío.

Lo anterior no implica desconocer el papel cumplido por el conjunto de decisiones tomadas y asumidas por las élites políticas a lo largo de más de tres décadas, decisiones orientadas a conjugar un orden pluralista-clientelar con una estructura económica rentista, que hizo posible repartir beneficios entre los diversos actores sociopolíticos, distribuyendo, mal que bien, los ingresos petroleros, y colocando sobre los hombros del Estado los costos en que pudiese incurrirse en el proceso. Esas élites diseñaron un sistema político en el cual a ellas les correspondía desempeñar una **función tutelar**, entendida esta última -de modo estrecho, por lo demás- no como la de un padre "sabio" en relación a un pueblo "infantil", sino como la del afortunado administrador de un Estado patrimonial y aparentemente solvente, en relación a un pueblo acostumbrado a solicitar del gobierno la solución de sus problemas.

Si no captamos este hecho clave, no seremos capaces de comprender la dinámica que mueve **realmente** nuestro sistema democrático, ni las raíces de su crisis, ni sus perspectivas hacia adelante. Durante años, nuestras élites dirigentes, principalmente a través de la mediación de los partidos tradicionales, cumplieron su rol tutelar sin mayores traumas, perdiendo de vista, sin embargo, que la función de un liderazgo de categoría no debe limitarse a la simple tutela administrativa, sino que debe procurar **educar y preparar** a la población para afrontar retos superiores, en este caso, el reto de ir más allá de la protección benevolente de un Estado paternal, y desviar la 'tendencia inercia!' de una economía artificiosamente sustentada sobre una renta sujeta a impredecibles vaivenes.

Al contrario de algunos, pienso que esa función tutelar, ejercida por las élites políticas hasta fines de los años ochenta, era no sólo inevitable sino imperativa, en vista de las condiciones propias de la petrodemocracia. Lo que les critico es el haber concebido ese papel en términos estrechos, que jamás se elevaron por encima del sostenimiento del sistema populista-clientelar, a objeto de preparar a la nación para enfrentar con orden y sensatez el desafío de cambiar el "modo de ser natural" de nuestra economía. Ello había que lograrlo sin que se desbordasen los diques de contención de una sociedad frágil, que no fue capaz, en estos años, de hallar en sí misma las fuerzas para sobreponerse al paulatino agotamiento de la renta petrolera, ante el aumento de la población y sus demandas y la caída internacional de los precios. Cuando llegó el momento inexorable de torcer el rumbo, a partir de 1989, no existían los mecanismos políticos, ni las redes de solidez social, ni la disposición psicológica, para hacer frente a un proceso de empobrecimiento que, a su vez, abriese alguna esperanza de recuperación futura en otras circunstancias, dentro de la democracia.

Como expresa Luis José Oropeza en un lúcido ensayo, "si alguna razón histórica surge para explicar, por lo menos parcialmente, la excepcional estabilidad democrática de Venezuela, ninguna más valedera que el esfuerzo que han propiciado sus élites democratizadoras para encontrar un punto de equilibrio, una peripecia de las conveniencias políticas, que concilie las tendencias históricas por la

unanimidad que despotiza y las influencias de la pluralidad que promueve el cambio social, pero que nos puede traer la recurrencia pretoriana cuando se permite que las expresiones del pluralismo se desborden". (5) Esas "expresiones del pluralismo" efectivamente comenzaron a desbordarse a partir de 1989, y la "recurrencia pretoriana" ciertamente asomó su rostro, en medio del desconcierto y el temor de unas élites políticas arrastradas por los eventos. La democracia, es verdad, sobrevive, pero es posible que esté herida de muerte.

De allí el acierto de Oropeza cuando observa que "en la prosperidad petrolera de nuestra democracia, se encuentra también el germen de sus vicios y de su propia destrucción". (6) Resulta como mínimo decepcionante constatar que la dependencia petrolera de los ingresos fiscales **ha ido en aumento** en el transcurso de los últimos cuarenta años, a pesar de todos los esfuerzos -las más de las veces demasiado tímidos- orientados a modernizar y diversificar la economía del país: "En 1950-señala Purroy- los ingresos petroleros representaban 46 de los ingresos fiscales ordinarios, en 1970, ese porcentaje asciende a 60 y en 1990 ha alcanzado el 'record histórico' de 80. Irónicamente, este 'record' se obtiene después que supuestamente el saneamiento fiscal era un objetivo central". Y prosigue: "¿Por qué es tan contraproducente y peligrosa esta altísima dependencia de los ingresos fiscales petroleros? Sencillamente porque la **inestabilidad de los recursos públicos**, derivada de la inestabilidad inherente al mercado petrolero, causa severos daños a la economía. Alzas excesivas del ingreso ocasionan congestionamiento, despilfarro y fuga de capital, ya que la capacidad de absorción de la economía tiene límites bien definidos. Descensos bruscos, por el contrario, generan deterioro de los servicios del Estado, déficit fiscal, inflación y pobreza. Por si esto no fuera suficiente, la inestabilidad suele agravarse luego por efecto de las nefastas políticas económicas de los gobiernos, que en vez de ser anticíclicas terminan por reforzar procíclicamente los vaivenes petroleros". (7)

Un breve paseo por ciertas coyunturas claves de nuestro devenir a partir de la primera gran explosión de precios en 1973-74 puede ayudar a comprender mejor el proceso. Lo que muestra ese recorrido es que -para citar a McCoy-, los errores y desaciertos de la economía política del populismo "No son el resultado **ineludible** de la lógica de un Estado petrolero, sino más bien el producto de las decisiones tomadas dentro de las restricciones y oportunidades de este tipo de Estado". (8) Ciertamente, la economía venezolana posee una 'tendencia inercial' y un "modo de ser natural", pero ese efecto, en muchos sentidos pernicioso, se ha acentuado como resultado de un cúmulo de decisiones tomadas por nuestras élites, que han profundizado, en lugar de contrarrestar y revertir, la dependencia rentista del aparato productivo y la sumisión paternalista de la población.

Como apuntan López Maya y Gómez Calcaño en su importante estudio, ya citado en estas páginas, el objetivo central del "modelo de desarrollo" formulado para la petrodemocracia "no consistía en una redefinición radical de las tendencias que había venido presentando la economía venezolana en la época petrolera, ni de las grandes líneas de acción estatal hacia lo económico. Se trataba más bien de sistematizar y racionalizar esas tendencias, tratando de introducir algunos correctivos

a las deformaciones más visibles, como el alto porcentaje de las importaciones en el consumo final, la baja producción agrícola, el desempleo y las grandes disparidades en la distribución del ingreso". Este "modelo", como ya indiqué previamente, fue concebido como la otra cara de la moneda de un conjunto de pactos políticos explícitos e implícitos, dirigidos a establecer un sistema clientelar, capaz de minimizar los conflictos a través de la acción redistributiva del estado populista: "Ello se hace posible en la medida en que se formula una estrategia de desarrollo 'polivalente', esto es, capaz de producir políticas con efectos favorables para varios actores sociales y varias ramas de actividad económica simultáneamente". Esto, a su vez, "se hace viable por la presencia de un 'actor' que absorbe los costos y los efectos indeseables de la estrategia: el Estado. **Un supuesto subyacente al modelo es que la economía se acercará progresivamente a una dinámica 'autosostenida', sin necesidad de intervenciones y subsidios estatales masivos.** (9)

Es precisamente ese supuesto, de crucial relevancia en la concepción inicial del "modelo", el que nunca se ha dado (10), debido a la "tendencia inercial" o "modo de ser natural" de la economía petrolera, "modo de ser" acentuado por las decisiones sistemáticas de la dirigencia a favor de la sobrevaluación del bolívar, sobrevaluación apuntalada a su vez por los ingresos de divisas provenientes del petróleo.

El proceso de profundización de la dependencia del crecimiento económico venezolano respecto del aumento del gasto público, se repitió en tres coyunturas claves por su impacto político y económico: 1974-78, 1979-83, y 1984-88. En todos los casos se repitió el ciclo que lleva "de la expansión inducida por el crecimiento del ingreso petrolero, al estancamiento cuando la economía sobredimensionada no recibe el impulso del gasto fiscal ampliado que necesita para sostenerse y crecer". (11)

A pesar de los planes faraónicos, del desbordamiento del gasto, y de la auto-complacencia delirante de la "Gran Venezuela" -impulsados todos por los aumentos de precios petroleros-, la primera gestión de Pérez culminó en recesión económica y aguda intensificación de las desigualdades sociales. Los intentos de ajuste y corrección del sobredimensionamiento de la economía y del Estado, programados inicialmente por el gobierno de Herrera Campins, fracasaron también en su momento "como consecuencia del segundo auge petrolero y el consiguiente resurgir de las demandas provenientes de los actores sociales, así como de la pérdida de rumbo de la política económica estatal". (12)

De paso, las demandas del "ciclo político", es decir, del proceso de escogencia de candidatos por los partidos, y de la subsiguiente campaña electoral, impulsaron al gobierno de Herrera, como ocurriría de nuevo bajo Jaime Lusinchi, a intentar reactivar la economía a través de la expansión del gasto público, todo ello a pesar de que, ya a mediados de 1982, era claro que los precios del petróleo seguirían cayendo. No obstante, el Estado no se "apretó el cinturón", sostenido como de costumbre por la esperanza de que la caída en los precios se revirtiese a consecuencia de algún milagro -por ejemplo, una crisis bélica en el Medio Oriente u otra "bendición" por el estilo. Las semillas inmediatas del "viernes negro" se

sembraron durante esos meses, aunque desde luego, sus raíces profundas tenían más larga data.

El llamado Plan Trienal del período de Lusinchi fue otro acto más del drama de un Estado petrolero que acrecienta sus gastos aún en medio de un panorama de caída en los ingresos, y aún en contra de las advertencias del Banco Central, que en esa ocasión alertó al gobierno sobre la insuficiencia de las reservas para cubrir las obligaciones de la deuda, así como el aumento de las importaciones que requeriría el impulso a la demanda interna reactivada. (13) Ciertamente, gracias a las decisiones tomadas por Lusinchi y sus colaboradores, durante el año electoral de 1988 la economía creció en 4.2 % y el desempleo bajó a 7 %; sin embargo, semejante "éxito" se logró a costa de un déficit de 4.372 millones de dólares en la balanza de pagos del país. (14)

En los tres casos mencionados, la petrodemocracia intentó superar los desafíos del crecimiento y la redistribución a través de las mismas fórmulas: aumento reiterado del gasto público, aun en medio de situaciones de descenso en los ingresos de divisas, y negativa sistemática a extender la base tributaria del Estado por razones "políticas", a objeto de evitar el rechazo electoral o de contener posibles protestas sociales.

El resultado de 15 años de espejismos, de precaria y fugaz abundancia financiera, de crecimiento de las demandas y empobrecimiento generalizado de las mayorías, dejó escaso espacio de maniobra al gobierno que se instaló en 1989: el gobierno del "paquete" de ajustes, cuya cabeza, Carlos Andrés Pérez, quien había anunciado que "me sacarán en hombros de Miraflores", casi pereció en el Palacio de Gobierno en febrero de 1992, y ni siquiera pudo culminar su período constitucional, hundido en el pantano de angustias, irritación, y propensión a la violencia política en el que ahora apenas flota la vulnerable petrodemocracia venezolana.

El Segundo Pérez o El Reino de la Ironía. ¿Terminó el Festín de Baltasar?

En 1949, en su exilio en New York, Arturo Uslar Pietri publicó un volumen que recogía artículos redactados los dos años anteriores. Uno de ellos contiene frases premonitorias, que se adaptan de modo revelador a las circunstancias actuales del país. Decía Uslar lo siguiente: "hay en la Biblia una estampa que se me parece curiosamente a esta hora venezolana. Es la del rey Baltasar en el festín. El oro y la plata de los vasos sagrados judíos se llena de vino, la tumultuosa corte se regocija y ríe, suenan las músicas, bailan las danzarinas, los cortesanos se hartan, **el pueblo recoge las abundantes sobras** y el príncipe sonríe, entre su ensortijada barba, contemplando aquel largo panorama de plenitud y de bienestar. Nadie parece percatarse de que se está al borde de una tragedia, que el maravilloso festín no puede prolongarse indefinidamente, **que todo lo que parece abundar es aparential y falso**, y va a desaparecer..." Más adelante, al referirse (recordemos de nuevo, hace más de cuarenta años) a los efectos que el riego de dinero proveniente

del petróleo ya producía en la dura tierra venezolana, proseguía así: "El verdadero mal, el mal casi irreparable (está)... en que se ha pervertido, Dios sabe hasta qué profundas fibras, el sentido de la economía en el pueblo venezolano. **Se le ha enseñado, en todas sus capas sociales, a desdeñar el trabajo por el maná...**" (15)

No deja de ser irónico, con esa punzante forma de la ironía política sobre la que tan lúcidamente pensó Max Weber (16), que haya sido precisamente Carlos Andrés Pérez, uno de nuestros más representativos líderes populistas, a quien correspondió, mal que bien, anunciar a los venezolanos, a principios de 1989, que el "festín" estaba en vías de terminar o, en todo caso, que ya no sería el mismo de otros tiempos. La reacción no se hizo esperar, y las consecuencias del anuncio fueron, a la postre, trágicas para el propio Pérez. Es más, estoy plenamente convencido de que una mayoría de venezolanos **todavía** espera un retomo milagroso a lo que se percibe como el "festín" de otros tiempos. Nuestra población **todavía** se niega a ver la realidad de frente y con toda crudeza, y seguirá negándose a ello, hasta que toquemos de una manera u otra el fondo del abismo.

Esos mismos venezolanos habían elegido a Pérez en 1988 en base a la expectativa generalizada de que, esta vez, él sería el Mesías capaz de recuperar el rumbo de aparente prosperidad y abundancia, perdido desde su salida de la Presidencia en 1978. Pérez no se eximió, en varias oportunidades, de cultivar deliberadamente esa percepción engañosa durante su campaña electoral, y en general no hizo nada por evitar que esa imagen de demiurgo de la abundancia se propagase.

Dos puntos más deben enfatizarse: 1) Con la perspectiva del tiempo a nuestro favor, parece claro que Pérez y su equipo llegaron al gobierno en 1989 con una visión en cierta medida nebulosa acerca de la precariedad en que se hallaban la economía y finanzas del país. El "shock" que entonces experimentaron debe haber sido severo; sin embargo, la toma de posesión del nuevo Presidente, lejos de tomar en cuenta realidades que debían impulsar hacia la prudencia, se caracterizó por el sentido apoteósico y faraónico característico de los añorados y ansiados tiempos de la "Gran Venezuela". 2) Por otra parte, el llamado "paquete" económico programado y puesto en marcha por Pérez y su equipo, de acuerdo con los organismos financieros multilaterales, **no respondía** ni a las más profundas convicciones de CAP ni de miembros claves de su equipo económico. El "paquete" -en realidad, un plan de ajustes fondomonetarista más o menos ortodoxo, que comprendía varias partes, todo lo cual quedó confuso en la polémica que suscitó-, fue admitido por el nuevo gobierno como un necesario trago amargo, en vista de las frágiles circunstancias que se vivían. Todo ello contribuyó a generar bastante improvisación e incoherencias, enmarcadas en la aplastante realidad de que el país, simplemente, no estaba preparado para admitir, no deseaba aceptar, y tampoco comprender, el nuevo rumbo que se le quería abrir, en medio de incesantes contradicciones y forcejeos.

Pérez no llegó a verse a sí mismo como un líder de "ajustes" sino muy tarde; todavía en 1987 decía a los periodistas: "Póngalo con mayúsculas, soy populista", y se refería al Fondo Monetario Internacional como "la bomba sólo mata gente". Sus

instintos políticos respondían a la vieja y veterana tradición socialdemócrata de su partido: "El objetivo, decía, tiene que ser el pleno empleo... como la justicia social es un objetivo irrenunciable, ese pleno empleo inicialmente tiene que ser sustituido por sistemas indirectos de la distribución de las riquezas. Entonces, tenemos que entrar sin ningún miedo a políticas de subsidios... El no atender a los sectores populares sería sumamente grave... No se puede concebir un Estado en desarrollo como el venezolano que suelte las amarras a una economía libre... Yo no creo que debemos caer en el vicio del monetarismo, de colocar la lucha contra la inflación de una forma dogmática..." (17)

Para CAP -asesorado entre otros por quien llegó a ser su Ministro de Planificación, Miguel Rodríguez-, los problemas de la economía venezolana tenían primordialmente que ver con las **políticas erradas** de los dos gobiernos posteriores al suyo, en especial el de Herrera. Esas políticas contractivas, y no factores estructurales que asfixiaban el modelo de desarrollo de la petrodemocracia, eran según Pérez, las causantes de la crisis. Por eso, CAP continuó insistiendo, hasta posesionarse en el 89, que "la decisión de crecer es inaplazable", que las políticas económicas de los gobiernos que siguieron al suyo se habían caracterizado "por un gran temor a todo lo que signifique endeudamiento", y que, en definitiva, el endeudamiento "no es malo por definición sino por la forma en que se contrae y los fines a que se oriente". (18) Estos son puntos de vista pertenecientes a lo que podríamos llamar la "etapa heroica" del populismo, propios de un líder que continuaba convencido de que todo es posible, y que bastaba tan sólo con decisión, carisma personal y acierto para lograr las metas deseables.

Es importante constatar que el propio Miguel Rodríguez, figura central en el diseño y ejecución del "paquete", llegó a su posición decisora con un pensamiento económico que distaba mucho de ese supuesto "neoliberalismo" radical que muchos de sus críticos le atribuían. Rodríguez, más bien, era para ese entonces -creo-un típico representante de la "visión heroica" del desarrollo venezolano en la democracia, convencido de que el nuestro es un país "rico", "pródigo en recursos reales de todo tipo", que sencillamente requería "una visión responsable pero audaz". Su fórmula de acción -aunque sorprenda a algunos- era instrumentar políticas que "amplíen el gasto". A los que acusaban de "inflacionarias" sus propuestas. Rodríguez respondía que "el aumento del gasto público que yo propongo lo que pretende es corregir en el corto y mediano plazo un severo sobreajuste fiscal, que ejerce presiones profundamente contractivas sobre el nivel de actividad económica real". (19)

No es de extrañarse, pues, que esta variada mezcla de concepciones, percepciones, convicciones y puntos de vista, hayan experimentado a su vez un complejo matrimonio con las crudas realidades que hubo de enfrentar el nuevo gobierno al aposentarse en Miraflores. Tales realidades fueron resumidas así por uno de los más agrios críticos del "paquete": "Un déficit acumulado en la cuenta comente de la balanza de pagos cercano a los 10.000 millones de dólares... Las reservas internacionales por debajo de la línea de flotación... Una moneda sobrevaluada y un régimen de cambios diferenciales con una brecha muy ancha

entre la paridad oficial y la del mercado libre. Una inflación engatillada, apenas contenida en 35 % el año anterior, pero presta a dispararse sin aviso previo. Un déficit fiscal que montaba al 7 % del PTB. Una deuda externa, por cuyo servicio se habían pagado durante los cinco años de Lusinchi, 29.000 millones de dólares, sin reducirla un ápice, para que sus 35.000 millones continuaran gravitando pesadamente sobre nuestra economía". (20)

Así las cosas, como un "gran viraje" presentó Carlos Andrés Pérez ante el país, el 16 de febrero de 1989, su programa de ajustes, acordado con el Fondo Monetario Internacional, y explicado en una Carta de Intención que la prensa venezolana publicó en marzo. (21) Las tres medidas fundamentales del "paquete" fueron éstas: 1) Adopción de un tipo de cambio único, libre, y flotante, para el bolívar. 2) Eliminación de subsidios a los bienes y servicios producidos por el Estado. 3) Liberación general de precios y de las tasas de interés.

Pérez no se equivocó en esa ocasión: las medidas centrales de su "paquete" comenzaron a configurar en Venezuela -en palabras de Purroy-"un cuadro de relaciones sociales y económicas radicalmente distintas" a las pre-existentes. (22) Conviene enfatizar el verbo **comenzaron**, pues el programa, aparte de amoldarse a criterios bien conocidos a través de otras experiencias latinoamericanas, es, al menos en algunas de sus partes, una realidad todavía vigente, que continúa influyendo de modo muy significativo el devenir de la nación.

Centenares de miles de palabras se han escrito en tomo al "paquete", tanto por sus defensores como por sus críticos. No siendo yo un economista, haré uso de los estudios de otros para alcanzar un juicio lo más objetivo posible acerca de su impacto y significado. Lo que deseo es destacar la ubicación del tema en un contexto: el de la evolución de la petrodemocracia hacia un proceso de **conflictividad endémica**, suscitada por una nueva constelación de problemas (23), derivados de la dramática culminación del festín de Baltasar y de las dificultades que experimenta la población en el camino de captar y asimilar esa desagradable realidad.

En el texto introductorio al VIII Plan de la Nación, el gobierno hizo explícitos algunos supuestos y objetivos centrales de su "viraje". Allí se lee que ese Plan "está basado en el reconocimiento de que el modelo de desarrollo que rigió al país por más de tres décadas se agotó". Se llega a decir que "la profundidad de la crisis exige una reorientación de la vida nacional que propiciará el **restablecimiento de la condición moral y ética del venezolano**". De este modo, "como consecuencia del viraje, la Venezuela del futuro será radicalmente distinta a la Venezuela del presente. De una sociedad basada en el consumo de la renta petrolera, pasaremos a una sociedad basada en el trabajo productivo". (24) Interesa observar que los redactores del texto tomaron en cuenta el asunto de fondo referido a que el cambio económico está íntimamente vinculado a otra faceta de la realidad social, faceta que tiene que ver con las actitudes éticas de las personas de carne y hueso, con sus anhelos, percepciones, e imágenes de sí mismos y de su entorno.

Como observaron varios economistas, ya en las primeras de cambio, la piedra angular y verdadero viraje contenido en el "paquete" fue la adopción de un tipo de

cambio único, libre y flotante para el bolívar. Con ello, dijo Purroy, "Finalizó el reparto populista de la renta petrolera". (25) Y Asdrúbal Baptista, el día anterior al estallido del 27-F, lo explicó de esta forma: "El tipo de cambio en Venezuela no tiene nada que ver, en el corto plazo, con el sector externo. Es un mecanismo distribuidor de renta. Se exporta más o menos lo mismo; también se importa más o menos lo mismo. Lo que varía es quien recibe las importaciones. Si el cambio es muy bajo, las importaciones pueden llegar a quien tenga bolívares; si es muy alto, no le llegan. Con las medidas del actual gobierno... se acaba el tipo de cambio como mecanismo popular de distribución de la renta". (26) Terminó en lo esencial un mecanismo de subsidio "que durante medio siglo permitió al venezolano vivir por encima de las posibilidades de su nivel real de productividad interna". (27)

La razón principal para la medida es simple: se trataba de iniciar, de verdad, el tránsito hacia una economía "que debe generar sus propios excedentes dentro de sí misma. Eso quiere decir que la acumulación de capital (el beneficio) debe generarse dentro de las propias empresas. Debido a que la productividad sólo crece lentamente a largo plazo, la única forma inmediata de sustituir la ausencia de la renta petrolera como motor de acumulaciones **manteniendo deprimidos los niveles salariales reales**. Ello se está consiguiendo... a través de la devaluación del bolívar, que por la vía de inflación de los precios de consumo, permite elevar la tasa de beneficio interno de las empresas. De esta forma, así como antes la sobrevaluación era el mecanismo fundamental de apropiación del excedente, ahora la subvaluación se ha convertido en el nuevo mecanismo de dinamismo eco-nómico". (28) De manera que, en síntesis, el gobierno de CAP se propuso un cambio significativo, que inevitablemente conducía, de hecho, **a deprimir aún más los niveles de vida de los venezolanos**, quienes, por su parte, esperaban todo lo contrario de parte del "hombre que camina".

Esto no solamente creó desde el comienzo una enorme brecha entre expectativas y realidades, sino que, además, a esta dificultad política se sumó otra: la del excesivo optimismo de un gobierno que, como los hechos posteriores demostraron, jamás tuvo una clara percepción del profundo impacto socio-político y sicocultural de su programa de ajustes. Ese programa, repito, estuvo enmarcado dentro un contexto de expectativas y motivaciones de parte de la población que chocaban de frente contra cualquier opción distinta al sueño redistribucionista de la abundancia financiera. Esa es la tragedia del populismo latinoamericano: lleva las cosas a tal punto de descomposición, que llega un momento en que todas las alternativas lucen negativas o indeseables.

De este modo, el nuevo gobierno abordó su rumbo pleno de un optimismo que, visto en perspectiva, luce realmente suicida. Miguel Rodríguez aseguró que el programa "es anti-inflacionario porque se propone corregir desequilibrios que garantizaran un crecimiento de 6 % del PTB interanual y una drástica caída de la inflación a partir de 1990"; de paso, anunció que "vamos a reducir el déficit fiscal **augmentando el gasto público**", con un "paquete coherente e integrado... de alto crecimiento (y) de aumento de salarios reales..." (29) Quizás el punto más débil de ese peligroso optimismo fue la idea de que, con el "paquete", iba a ser posible

combinar crecimiento económico con efectivo control de la inflación, tesis que contrariaba la opinión, bastante generalizada -por buenas razones- de que, al menos en contextos económicos tan descompuestos como el nuestro, "la única forma de controlar la inflación y frenar la devaluación es aceptando una fuerte dosis de recesión y desempleo". (30)

En relación a este último punto, vale la pena citar un extenso párrafo de Purroy, publicado en abril del 89: "Uno se pregunta, no sin cierta angustia, si los artífices del plan económico no estarán en el fondo conscientes de esta incompatibilidad entre control de la inflación y crecimiento, y si no habrán aceptado ya, 'puertas adentro' la necesidad de una recesión económica durante un par de años. En cuyo caso, las promesas de pleno empleo y crecimiento no serían más que las mentiras piadosas para que el CEN de Acción Democrática y el pueblo llano dieran su visto bueno al paquete de medidas. Pero no debe excluirse la posibilidad de que CAP y su equipo de gobierno crean realmente en la viabilidad de **un período de ajuste corto** de no más de un año y un retomo rápido al crecimiento. Cualquiera de las dos alternativas es altamente peligrosa. La primera, porque significaría un engaño al pueblo, que quién sabe cómo irá a reaccionar dentro de un año. Y la segunda, porque será el 'arte de lo imposible', y en economía las contradicciones se pagan muy caras". (31) A mi modo de ver, no hubo un engaño deliberado de parte del gobierno; más bien, el gobierno, y muchos otros venezolanos, se autoengañaron.

Lo anterior me conduce a considerar cinco puntos: 1) Las similitudes y diferencias del "paquete" con experiencias previas en Venezuela. 2) Los temas de la "sobrevaluación", el "sobreajuste", y el "gradualismo". 3) El tema de la participación del sector privado. 4) La cuestión del consenso político y la "dirección espiritual de la sociedad". 5) El problema esencial del modelo de desarrollo como prisma a través del cual tiene que evaluarse el programa de ajustes, así como las posibilidades de avanzar hacia adelante de nuestra economía y sociedad (asunto que abordaré más a fondo en la sección inmediatamente posterior de este estudio).

Sin duda, el "paquete" perezista fue una medicina bastante más amarga que otros ajustes del pasado; no obstante, es de interés resaltar el carácter cíclico que ha puesto de manifiesto el desenvolvimiento de la economía venezolana, ciclo reiterativo que funciona así: depresión-auge-depresión. Bajo Herrera se pasó del "enfriamiento" y "sinceración" a la "reactivación" (generada por el segundo "boom" petrolero), y luego otra vez a la depresión al quinto año. Con Lusinchi hubo un primer año y medio de "ajuste recesivo", seguido de una insensata "reactivación" (Plan Trienal 86-88) que, en esta ocasión, no desembocó en otra depresión debido a que el gobierno "haciendo gala de una irresponsabilidad inaudita, continuó alimentando la actividad económica a costa de gastar lo que no tenía y de quemar el último resto de reservas operativas de divisas. Por este motivo, **el ajuste recesivo del primer año del siguiente período (1989) tuvo que ser necesariamente tan dramático**". (32)

El ciclo del segundo Pérez llevó, el primer año a un decrecimiento del 8.3 %, a una inflación superior al 80 %, a un descenso del 14 % en los salarios y del 8 % del consumo. No obstante, el ajuste casi logró eliminar el déficit fiscal (con el "chorro" proveniente de la devaluación) y equilibrar las cuentas externas, y en 1990 la

economía empezó a crecer en 4.4 %, con la ayuda de 3.000 millones de dólares adicionales generados por el "milagro" de la invasión de Irak a Kuwait. Sin embargo, lo que se logró en materia de crecimiento en 1990 y 91 estuvo, como de costumbre, dinamizado por el gasto público y no, como preveía el "paquete", por las exportaciones no-tradicionales y los megaproyectos en asociación con capital privado. Una vez que los precios del petróleo retomaron a los niveles previos a la guerra, el gobierno volvió a encontrarse sin suficientes fondos Para respaldar las expectativas creadas en los meses del boom .

En resumen, hubo crecimiento, pero el "paquete" estuvo muy lejos de "reducir el predominio del Estado para que la inversión privada y las fuerzas del mercado asumieran el rol de líderes del nuevo crecimiento". (33) De hecho, la inversión privada descendió 32 en 1989 y 29 en 1990. Ya hacia finales del 91 la tensión social y el malestar político podían olfatearse en el ambiente nacional, eran casi palpables ,y —en combinación con los factores económicos que evidenciaban la fragilidad del rumbo emprendido alcanzaron su paroxismo crítico a comienzos de 1992 Desde entonces, más que la llegada de una nueva y pasajera depresión, se aceleró el sistemático descenso al abismo.

Mucho se discutirá si la devaluación de 1989, sembrada, como vimos, por la irresponsabilidad heredada, fue o no "excesiva". Ciertamente, en vista del fracaso de la estrategia dirigida a promover las llamadas exportaciones no-tradicionales en base a una tasa más competitiva del bolívar, los costos inflacionarios que se pagaron parecen exagerados. Hubo quienes -Teodoro Petkoff y el MAS, por ejemplo- propusieron una devaluación "moderada" en el marco de un "estricto control de cambios". Según Petkoff, los riesgos de un nuevo Recadi y su correspondiente corruptela se subsanarían entregando la administración del control al Banco Central. Uno se pregunta, no obstante: ¿cuál es la diferencia? Por otro lado, Petkoff desestimó de un plumazo el problema del mercado negro de divisas, argumentando que "en un país donde el Estado produce y administra el 99 de las divisas, el peligro de mercado negro es poco menos que desdeñable mientras dura el ajuste". (34) En Cuba, hasta hace poco, el Estado lo controlaba todo (no sólo las divisas), y sin embargo campeaba un abierto y desmoralizante mercado negro de dólares. Pero es típico de los socialistas no darse por enterados de estas cosas.

Lo importante, no obstante, tiene que ver con el gradualismo. Al respecto, un ex-Ministro de CAP, que tuvo gran influencia en la formulación e implementación de las primeras fases del "paquete", tiene esto que decir: "La terapia de choque aplicada en Venezuela me empujada por la incapacidad administrativa del Estado para introducir reformas gradualmente, y no por una adhesión de tipo ideológico a las políticas traumáticas... Un enfoque gradualista para corregir las distorsiones macro-económicas requería un aparato estatal con habilidades que en Venezuela habían sucumbido bajo el abuso de más de una década de excesos". (35)

Esta discusión, si bien es importante, no ataca la cuestión central de los pilares del programa y sus hondas contradicciones, porque la terrible paradoja del asunto es que el "gran viraje", rápido o gradual, significaba -vía devaluación- una **masiva transferencia de ingresos hacia el Estado**. El sector privado no se hizo

presente tras el "paquete", la especulación financiera y el abultamiento artificioso de la banca se hicieron las normas, sólo siguieron exportando las industrias que siempre habían tenido ventajas comparativas, y el Estado fue incapaz de deslastrarse, vía privatización, de sus pesadas cargas administrativo-financieras. Mientras la economía no-petrolera decreció en 9.4 % durante 1989, el gobierno creció en 4.6 %. Ya para 1991 algunos analistas lograron percibir estas tendencias, tan claramente en contradicción con las perspectivas primarias del "paquete" (36). Y es que el sector privado venezolano responde también al "modo de ser natural" de nuestra petroeconomía; es un sector subsidiado, escasamente competitivo, sumido, como el resto del país, en la pantanosa realidad de una economía movida por un gasto fiscal sujeto a su vez a los vaivenes en los precios de los hidrocarburos.

No cabe duda de que el segundo CAP y su equipo arriesgaron mucho, y obtuvieron muy poco. Se pagó un alto costo social y económico, así como político, con magros resultados. Sin embargo, me parece obvio que ésa no era la intención de los que tuvieron en sus manos tan trascendentales decisiones. El país tomó, en 1989, el camino de una repetición del ciclo fatídico de la economía en la petrodemocracia, sólo que en condiciones peores que las precedentes, que arrojaron consecuencias bastante más graves.

La verdad simple es que el "paquete" nunca tuvo el respaldo necesario ni podía tenerlo, y estoy convencido de que, aun con algo de gradualismo, el proceso que generó ese inexorable viraje no habría sido, a la postre, demasiado diferente al que hemos conocido a partir de entonces. Se ha argumentado que fue "la carencia de un pacto social o al menos político, capaz de proporcionar el sólido sustento que requiere la profunda transformación de la economía y de la sociedad" (37) lo que en última instancia condenó a CAP al fracaso. Sin duda alguna, un mayor esfuerzo para persuadir a los diversos sectores acerca de las presuntas virtudes del viraje, un mayor empeño en lograr acuerdos, un mayor interés en escuchar y dialogar, habrían tenido cierta utilidad, y, quizás, mellado algunas aristas y minimizado algunas diferencias. Pero, estoy convencido de ello, no mucho más. Sobre todo tratándose de CAP y de las expectativas que su nuevo mandato suscitó inicialmente, expectativas tan rápidamente frustradas.

No cuestiono en absoluto la tesis de Gerver Torres, ex-Ministro del gobierno de Pérez, según la cual el Presidente y su equipo fallaron gravemente en la tarea de proporcionar "la dirección espiritual del conjunto de la sociedad" (38) Pero, ¿podían hacerlo?, y, más específicamente, ¿tenían una capacidad real de lograr que los venezolanos aceptasen, con la suficiente rapidez y serenidad, el camino inexorable del empobrecimiento nacional, **que habría seguido su rumbo con o sin "paquete"** a en el entendido de que la etapa "dura" sería el preludio de una recuperación posterior?

El terrible problema para los gobiernos democráticos, en este período de declinación económica y degradación social, es que la población en general está convencida de que el país es rico y por lo tanto su continuo empobrecimiento no solamente es inexplicable sino también injusto. Por ello, desde hace unos años, todos los gobiernos democráticos experimentan, a los pocos meses de asumir el

poder, un vertiginoso proceso de desgaste y acrecentamiento de su impopularidad. Es, por lamentable que ello sea, casi seguro que lo mismo ocurrirá al gobierno que está comenzando su periodo en 1994, y que ya se enfrenta a una avasallante y casi paralizante constelación de problemas.

Insisto: no es mi propósito exonerar a CAP y su equipo de los muchos errores que cometieron, tanto en el plano de las decisiones económicas como en el terreno de la conducción política del proceso de cambios. En materia económica, sin embargo -y como discutiré en la sección siguiente-, el problema de fondo, más que de gradualismo, es un problema de **incapacidad social para la transformación del modelo rentista**. Sencillamente, Pérez se vio forzado a emprender un camino que en sentidos fundamentales ya es irreversible para Venezuela (a menos que queramos edificar una economía de guerra, autárquica y pobre, al estilo de Albania bajo el régimen comunista). Ese camino, que tiene como norte la creación de una economía productiva y competitiva que complemente con suficiente fortaleza la economía petrolera, exige concepciones y respuestas de parte de la población -y de los dirigentes- que chocan radicalmente con esquemas culturales hondamente arraigados en el país, y que, según indica la evidencia, sólo cambiarán a través de severas pruebas y decepciones.

Tal vez sea necesario, como en otros casos latinoamericanos, que el país "toque fondo", en el abismo de la hiperinflación, para retomar el sendero en otra dirección. No lo sé. Lo que sí creo, no obstante, es que aun si Pérez hubiese "desarrollado... una estrategia eficaz de comunicación para llegar a la opinión pública" (39), como le pidieron, **a posteriori**, algunos comentaristas, ello no habría cambiado sustancialmente las cosas, en vista de la naturaleza radical, implacable, y populista que asumió la oposición, todo lo cual coloca al **presente** gobierno ante el mismo dilema de costumbre: o satisface a las masas, que confiaron en sus promesas, o su descenso por el tobogán de la impopularidad será igualmente indetenible.

A lo anterior hay que añadir, para preservar un balance, que hubo personas honestas y lúcidas que apoyaron a CAP y su "paquete", y llegaron a pensar que "Con ello, la sociedad venezolana está demostrando que su democracia, lejos de estar petrificada, tiene una gran capacidad de autoadaptación a tiempos cambiantes. Sin necesidad de pasar por formas autoritarias de ejercicio del poder político, más bien mediante la profundización del régimen democrático a través de la descentralización del poder y del perfeccionamiento de la representación, Venezuela está demostrando que el populismo clientelar no es la única forma de vivir en democracia en América Latina, tal y como lo pretendían algunas tesis pesimistas y despectivas". (40) Es de presumir que estas palabras, tan gratamente optimistas, fueron escritas previamente a los golpes de Estado de 1992. En todo caso, lejos de estar "autoadaptándose a tiempos cambiantes", la democracia venezolana está intentando retroceder, en condiciones que lo hacen imposible, al modelo populista, a pesar de que el valor real de los precios actuales del petróleo no debe ser muy superior a lo que se estaba recibiendo en términos reales hace 20 años, y de que el

ingreso per cápita petrolero se ha perdido en casi 400 % estos últimos 15 años. (Según cifras proporcionadas por Roberto Dubuc).

Las conclusiones que cabe extraer del análisis de esta etapa fatídica son éstas -siguiendo a Templeton: 1) Si la dirigencia política es incapaz de asegurar suficiente consenso o autoridad en tiempos de restructuración económica, el resultado es una aguda intensificación de los conflictos redistributivos y del cuestionamiento de las instituciones políticas vigentes. 2) Es muy difícil, por no decir imposible, intentar un proceso serio y eficaz de restructuración económica en sociedades democráticas donde -como es el caso en Venezuela-, persisten importantes desigualdades sociales y además la población actúa de acuerdo a patrones culturales opuestos a la economía de mercado. 3) El voto democrático implica, al menos implícitamente, no sólo una equitativa distribución del poder sino también del bienestar: "Si bien los conflictos sociales pueden ser contenidos durante periodos de crecimiento económico, como ocurrió en Venezuela entre 1960 y 1980, la brecha de las expectativas generada durante la abundancia -y estimulada por los medios de comunicación- se ensancha críticamente cuando llegan los tiempos de estancamiento y recesión, conduciendo al aumento de la conflictividad social". (41) A este proceso le resta aún un largo trecho en Venezuela.

Un Paréntesis: Algunas Verdades sobre el Desarrollo de los Pueblos

Es interesante constatar que algunos de los más lúcidos y objetivos críticos de las medidas asumidas a partir de 1989, admiten sin embargo que -ya para ese momento- las cosas habían llegado aun grado tal de descomposición, que era prácticamente imposible tener éxito en "cualquier intento de cohesionamiento social alrededor de cualquier proyecto". (42) En tal sentido, me atrevería a afirmar que, ya a estas alturas de evolución de la petrodemocracia, ningún gobierno será capaz de sostener, por un tiempo razonable, márgenes aceptables de popularidad, amenos que logre persuadir a las mayorías de que el empobrecimiento nacional, en las presentes y previsibles condiciones, es inevitable, y que sólo mediante un esfuerzo concertado de la colectividad, a mediano y largo plazo, podrá detenerse y revertirse ese rumbo.

Claro está, semejante tarea de persuasión sólo podría lograr resultados positivos, si la gente percibe que las cargas del esfuerzo van a ser equitativamente compartidas entre los diversos componentes de la sociedad venezolana, y si los dirigentes de distintos sectores son vistos como personas creíbles y honestas. Además de todo esto, por supuesto, el proyecto de reconstrucción que requiere Venezuela tiene que ser coherente en lo conceptual y responder a ideas de avanzada en lo económico, y no a las tradicionales concepciones populistas que son precisamente las que nos han traído al punto donde estamos.

En ese orden de ideas, conviene hacer un breve paréntesis y poner en claro cuestiones centrales acerca de los verdaderos factores determinantes de la

prosperidad material de los pueblos, es decir, del desarrollo. Me parece que un buen punto de partida lo ofrece un Informe del Banco Mundial, publicado en 1991 y sólidamente sustentado en una investigación empírica sobre experiencias exitosas y fracasadas de decenas de países durante los pasados cincuenta años. (43)

Las conclusiones de ese Informe indican que son cuatro los elementos que, actuando en conjunto, determinan el éxito de una estrategia de desarrollo: la inversión en recursos humanos, una microeconomía competitiva, una macroeconomía estable, y la vinculación con el comercio mundial. El punto clave a tomar en cuenta es que el potencial de crecimiento de una nación tiene que ver esencialmente con la calidad del capital humano, lo cual implica que la educación y el entrenamiento técnico-profesional deben ser prioritarios en el diseño y ejecución de una estrategia de crecimiento, en un marco que posibilite la subsistencia material digna de la colectividad.

TABLA Nº 5

PROPORCIÓN DEL CRECIMIENTO ATRIBUIBLE AL AUMENTO DE LOS FACTORES (1960 – 1987)

Países	Aumento Capital	Aumento Trabajo	Aumento Productividad
Japón	36	5	59
Estados Unidos	23	27	50
Asia Oriental	57	16	28
América Latina	67	30	0

Fuente: Banco Mundial, World Development Report 1991

En la Tabla Nº 5 se desglosa – para el período 1960-1987- qué porcentaje del crecimiento se ha debido a incrementos meramente cuantitativos de capital y de fuerza de trabajo, y qué proporción se ha debido al aumento de la productividad en el uso de esos factores. Japón, por ejemplo, debe 59 % de su crecimiento a incrementos en la productividad, 36 % al aumento de su stock de capital, y sólo 5 % a la incorporación de nueva fuerza de trabajo. En los Estados Unidos, por otra parte, el incremento de productividad ha contribuido con un 50 %. Las naciones de Asia Oriental, cuyo punto de partida en 1960 era **similar o peor** al de América Latina, deben un 28 % de su crecimiento a mejoras en su nivel de productividad. En América Latina, no obstante, no hubo ningún aumento de productividad en el transcurso de

esos 27 años. El crecimiento que ocurrió se logró a través de inversión y aumento de la producción laboral. Mientras en Estados Unidos se requieren 23 unidades de nuevo capital para aumentar 100 unidades de producto, en América Latina hacen falta 67: "Nuestro esfuerzo de inversión es el triple, debido al pobre desempeño tecnológico. Esta es la tremenda paradoja del subdesarrollo. Los países con menores recursos necesitan movilizar más insumos que los países ricos para obtener un mismo nivel de crecimiento, porque son más ineficientes en su uso... Estos datos corroboran que el progreso tecnológico explicaría las fuertes diferencias en las dinámicas de crecimiento de los países". (44) Esto comprueba, igualmente, que el pobre desempeño de una economía como la nuestra no se debe a una carencia de capital físico, financiero, o de recursos materiales, sino a fallas y limitaciones del capital humano.

En tal sentido, nunca se enfatizará lo suficiente que los determinantes cruciales del progreso material de los pueblos son sus actitudes económicas, sus valores y creencias y sus modos de comportamiento; sólo en menor medida influyen sus posibilidades de acceso a recursos naturales. Existen creencias y actitudes que obstruyen, en lugar de alentar, el progreso material, minando y erosionando las aptitudes, convicciones y modos de conducta que están en la base de la prosperidad. Sobre este tema, me he extendido en otra obra. (45) Aquí me limitaré a apuntar que, de acuerdo a rigurosos estudios empíricos realizados por el sociólogo Alfredo Keller y su equipo, el marco motivacional y valorativo actualmente predominante entre los venezolanos, posiblemente reforzado a raíz de los eventos entre 1992 y el presente, obstaculiza seriamente, en lugar de estimular, el tipo de actitudes y aptitudes que, de acuerdo a la experiencia internacional, son conducentes al desarrollo.

En efecto, ese "perfil cultural" adverso tiene las siguientes características básicas:

A) Presencia de un fuerte locus externo de control; es decir, de una tendencia generalizada "a percibir el entorno como algo que cambia sin que se le pueda controlar, razón sobre la cual se ha nutrido el paternalismo de Estado y, en consecuencia, una fuerte relación de dependencia del ciudadano respecto de las estructuras sociales dominantes".

B) Bajos niveles de confianza en las instituciones, "dada la naturaleza personalista e instrumental de las relaciones del individuo con la sociedad".

C) Fuerte personalidad autoritaria que refuerza o magnifica la necesidad de "sociedades dominadas por superestructuras poderosas, referidas específicamente a la concepción del Estado y a las demandas de un orden previsible".

D) Doble racionalidad entre el discurso y los hechos, "que pone de relieve la conflictividad entre las costumbres (lo que realmente se hace, AR), y las normas (lo que supuestamente se debería hacer, AR), y que explica, en buena medida, las dificultades para asumir compromisos colectivos bajo marcos jurídicos comunes".

E) Cierta sobrevaloración del "yo", dentro de una cultura "mágico-religiosa, destinista e igualitaria que, en conjunción con la externalidad del control, deriva de actitudes que privilegian relaciones basadas en la solidaridad sobre las relaciones de

productividad y que llevan, por ejemplo, a considerar la **competencia** como algo indeseable".

F) Dominio de lo emocional sobre lo racional y "permanente conflicto entre la esfera de intereses volitivos sobre los normativos".

G) Bajos niveles de información y "superficialidad de los niveles cognitivos, probablemente... por el rápido tránsito de la oralidad a lo audiovisual saltando la escritura, en la instrumentación de la transmisión cultural de valores societales".

H) Por último, un cuerpo "hiperbólico de creencias sobre el entorno, reflejo de los bajos índices de conocimiento e información, que lleva en casi todos nuestros países a consideramos, sin llegar a serio nunca, potencias históricas, económicas e, incluso, militares". (46)

El problema se agrava, en lugar de aliviarse, en nuestro medio, debido al mecanismo demagógico de funcionamiento de la democracia populista, ya que nunca falta cierto tipo de liderazgo que -como ha ocurrido tradicionalmente, para luego agudizarse entre 1992 y 1993-, articula manipulativamente los impulsos dintelares y creencias mesiánicas de la gente, a objeto de explotarlas en su propio beneficio. (47)

Como consecuencia de lo expuesto, no es de extrañarse que los venezolanos estemos sumergidos bajo un verdadero océano de percepciones turbulentas y erróneas, que pesan severamente sobre nuestro ser colectivo, y que hacen muy difícil nuestro despegue económico más allá de la petroeconomía. Repito, en esa línea, los datos ya ofrecidos en el Capítulo I de este estudio:

- 91% de la población sostiene que la riqueza de Venezuela es tan grande que puede financiar todas las necesidades de la gente.

- 82% siente que el Estado debe distribuir esa riqueza entre la gente "sin distinción ni privilegio alguno", ya que todos somos sus dueños.

- 72% piensa que el mejor modelo económico es el que fortalece al Estado a objeto de que distribuya adecuadamente esa riqueza.

- 27% solamente, de una población que ha recibido toda suerte de subsidios durante varias décadas, considera que su vida se ha beneficiado en "algo" de la "riqueza" del país.

- 42% considera que el hecho de que existan ricos y pobres es cosa del destino y poco o nada puede hacerse para cambiarlo.

- La mayoría piensa de igual modo que lo único bueno del segundo gobierno de CAP, fueron sus políticas asistencialistas (dádivas del Estado denominadas "política social"), y el aumento de esas dádivas es la principal demanda que hacía el electorado a los candidatos que compitieron en la campaña presidencial de diciembre del 93. (48)

Parece inevitable, en vista de los datos expuestos, que los venezolanos continuemos por un tiempo -sólo Dios sabe qué tan largo- contemplando el espejismo de una petroeconomía que se asfixia aceleradamente. De igual manera, es posible que sólo una fuerte sacudida, siempre indeseable por lo demás, logrará, quizás, hacernos despertar del letargo y torpor en que nos ha sumido una visión mágica y mitológica de la existencia.

En este punto, tengo por primera vez que manifestar mi desacuerdo con el destacado economista Miguel Ignacio Purroy, cuyos lúcidos estudios me han sido de tanta utilidad en esta obra.

En 1990, Purroy argumentó que Venezuela "todavía dispone de una muy cuantiosa renta petrolera en relación a su pequeña población. La productividad del petróleo propiedad de la nación le continúa otorgando al venezolano común un derecho inexpropiable sobre la renta petrolera. ¿En razón de qué ética o de qué lógica se le niega al venezolano el derecho a consumir su **pedacito** correspondiente de renta? ¿Qué razón hay para que la renta petrolera se destine **exclusivamente a inversión** o al repago de la deuda? De nuevo campea la vieja consigna de la 'siembra del petróleo', que subrepticamente le cierra al pueblo el acceso al consumo de una renta que es también suya". (49)

No es necesario exagerar las cosas. La verdad simple es que el Estado venezolano, a lo largo de 35 años de democracia, ha invertido sumas gigantescas en educación, salud, infraestructura, y un cúmulo adicional de áreas "sociales", sumas destinadas a "darle a cada cual su pedacito". Sin duda, mucho ha marchado mal, y algunos han recibido partes desproporcionadas del "pastel"; pero carece de sentido perder de vista que, aún bajo el 2° CAP, no "todo", ni siquiera la mayor parte, se destinó a inversión o apagar la deuda, sino a sostener un enorme presupuesto de beneficencia social centrado, en especial, en el pago de una monstruosa burocracia que sigue y seguirá creciendo como costo del modelo rentista y "distributivo".

Un problema diferente, y más importante, tiene que ver con la siguiente pregunta: ¿qué ha pasado con el extraordinario e innegable esfuerzo realizado por la petrodemocracia en programas de "capitalización del hombre"? ¿Por qué han sido tan magros los resultados, por qué tan elevada la ineficiencia?

Sería injusto negar que se ha llevado a cabo un esfuerzo para motorizar ese factor clave del desarrollo económico, que es el desarrollo de la gente, en Venezuela. Sin embargo, no hemos podido arrancar, y nuestra sociedad marcha hacia atrás en materia de educación y capacidad tecnológica. ¿A qué se debe esto? Francamente, no tengo respuesta a la pregunta, e ignoro si existen estudios que expliquen por qué razones el esfuerzo de "capitalización del hombre" ha producido tan decepcionantes resultados. En todo caso, no me cabe duda que si esos esfuerzos no se ahondan, y mejora su eficiencia, el país jamás abandonará su condición subdesarrollada.

Retomando al tema del modelo de desarrollo, reitero que mi propósito no ha sido defender el plan de ajustes perezista, sino explicar sus orígenes y analizar sus motivaciones. A mi modo de ver -como ya lo he sugerido en estas páginas- el obstáculo fundamental para ese tipo de cambios es de naturaleza política y sico-cultural. Por otra parte, fue un serio error económico pretender que, meramente con el uso del tipo de cambio como herramienta, sería posible generar, rápida y eficazmente, un proceso de crecimiento masivo de exportaciones no-tradicionales, capaces de sustituir, al menos en parte sustantiva, el "hueco" dejado por el encogimiento de la petroeconomía. Ni la capacidad de respuesta e iniciativa del empresariado, ni la disposición psicológica de la fuerza de trabajo, ni el esquema de

actitudes y aptitudes prevaleciente -para no hablar de la irresponsabilidad del liderazgo- permitían un cambio tan abrupto y radical.

Ciertamente, también se falló en el relativo olvido en que se tuvo al mercado interno, así como en la lentitud para implementar otras reformas -tributarias y financieras, por ejemplo. No siempre fue el gobierno el culpable de estos retrasos, pero en todo caso el daño esencial pudo percibirse desde un comienzo, cuando las turbas tomaron las calles de Caracas y otras ciudades a pocos días de los anuncios de Pérez en febrero de 1989. Desde ese momento, el divorcio entre los ajustes y la población quedó sellado.

El Desplome de las Élités y la Indigestión Reformista

Ninguna sociedad puede aguantar por demasiado tiempo una existencia caracterizada por la zozobra, la angustia, y la incertidumbre acerca del futuro. De igual modo, ninguna sociedad puede orientarse si carece de dirección, y esa dirección siempre la suministra una élite que cumple la indispensable función social del liderazgo.

Hablar de élites, en nuestro medio profundamente igualitarista, siempre resulta complicado y antipático. Sin embargo, la realidad es que uno de los factores fundamentales que explica la decadencia del régimen democrático, así como el retroceso generalizado del país estos pasados años, se deriva del desplome intelectual, moral y político experimentado por los diversos grupos de élite que en otro momento -a nivel político, empresarial, sindical, militar y religioso- dieron pautas y marcaron rumbos a la sociedad.

La élite política democrática está prácticamente en minas. Caldera, el único sobreviviente del pequeño grupo que dio forma a la democracia puntofijista, mantiene sin duda un rango importante como líder, pero carece de programa y de visión, ya que el país que concibe y en base al cual actúa, ha dejado en buena medida de existir. No puede haber marcha atrás hacia la Venezuela de los subsidios, las dádivas, y el optimismo ingenuo de los milagrosos petrodólares, ni están dadas las condiciones para restaurar el tipo de política consensual que emergía del poder de un Estado financieramente pródigo.

Los hombres de la "generación de relevo", la llamada "generación del 58", no han logrado articular un proyecto que suscite suficiente respaldo y entusiasmo en la sociedad. Algunos han tratado, pero desafortunadamente se han visto arrastrados y en ocasiones aplastados por el torbellino de radicalismo, que campea en un país desilusionado y confundido. En líneas generales, la élite política democrática ha claudicado de modo imperdonable en su responsabilidad de ofrecer al país un camino cierto y esperanzador.

El caso de la élite política no es excepcional. Los grupos que poseen poder económico y prestigio social están divididos y carecen de voluntad y perspectiva. Con enorme miopía, se dedican a combatirse mutuamente por las migajas de un

mercado en vías de extenuación. Los otrora poderosos dueños de importantes medios de comunicación social abren sus puertas a los portavoces del radicalismo, y colocan sus considerables energías en función del vano y contraproducente propósito de envilecer aún más los esquemas de valores y percepciones de una población cada día más ignorante, irritada, y ansiosa de revancha. Buen número de los que integran esas élites económicas y sociales ya tienen su corazón y su dinero fuera de nuestras fronteras. Sus intereses, sus verdaderas casas, sus emociones y anhelos se hallan en otros lugares. Hace rato que se desprendieron del país y que perdieron la confianza.

No menos lamentable y trágica es la situación de la dirigencia laboral democrática, acosada por un sector popular golpeado duramente por el empobrecimiento, y sin recursos intelectuales o éticos que le permitan enfrentar el desafío del radicalismo.

Las Fuerzas Armadas, luego de las experiencias de 1992, han quedado en situación muy compleja. Los oficiales y soldados que lucharon por el sostenimiento de la democracia, ven ahora que aquellos que insurgieron violentamente contra el sistema reciben trato de héroes populares, salen de la cárcel y se proyectan con orgullo y en ocasiones hasta con soberbia hacia adelante. Los valores se invierten y los premios y castigos experimentan una extraña y paradójica voltereta, en una especie de carrusel de la fortuna en el que todo es válido y el azar impera.

En medio de la tormenta, la jerarquía católica sucumbe paulatinamente ante el mensaje izquierdizante de la "teología de la liberación". El lenguaje de la Iglesia venezolana se radicaliza, el "compromiso con los pobres" deviene en críticas a la economía de mercado y solicitudes de retomo al estatismo paternalista. Todo ello, aunque ésa no sea la intención, acrecienta las llamas de un palpable resentimiento social de los que menos tienen contra los que más tienen. Desde luego, ese radicalismo es alimentado con el aporte de la intelectualidad de izquierda, que predomina en el país, y que no hace sino coquetear con el radicalismo y rendir tributo a algún Mesías de turno, militar o civil.

La atmósfera política del país parece presagiar grandes cambios. Se percibe una especie de anuncio de huracán en ciernes; el aire está cargado con premoniciones, y nubes oscuras van y vienen sobre un escenario que cambia día tras día. La incertidumbre, la perplejidad, y la zozobra son los tres signos claves de la vida venezolana. Los historiadores del futuro no tendrán mayores dificultades en discernir esas vibraciones de malestar, temor y angustia que ahora nos persiguen.

Las élites venezolanas se han desplomado, y así lo vio con lucidez uno de nuestros más distinguidos historiadores, quien hace un par de años, tal vez menos, escribió lo siguiente, en referencia a la evidente desorientación que padecen la clase dominante y la clase política: "No parecen haber comprendido cabalmente la situación, y no son capaces de coadyuvar, coherente y sostenidamente, a la superación de la misma. No se percatan que sin la rectoría de una clase dominante coherente y consciente de sus objetivos sociales, y sin la conducción de una clase dirigente consciente de su función, el proceso de reformulación (del proyecto

nacional, AR) se vuelve calamitoso y socialmente oneroso, con grave riesgo para sus propios intereses". (50)

Valga añadir, por cierto, que ese desplome de las élites no es un fenómeno nuevo en nuestra historia, y en sus reflexiones sobre nuestra evolución nacional. Viso lo ha comentado, refiriéndose a la perenne tendencia de esos grupos de élite a "la alegada protección de los pobres, la demagogia a propósito de éstos y el exceso de sensibilidad (¡de cuánta ineficacia práctica!) hacia los llamados débiles jurídicos, llevados al punto de eliminar los incentivos al trabajo". Son y han sido élites "enervadas por el remordimiento o la falsedad", que "tratan de perpetuar en los débiles la conciencia de su debilidad: De esa manera, todas las reformas sociales llevan inevitablemente a impedirá esos débiles el logro de su propia redención mediante el trabajo, de manera parecida a como tantos padres impiden a sus hijos, por una excesiva protección, llegar a ser hombres". (51)

A las élites venezolanas no les pasó desapercibido el deterioro del sistema, que empezó a hacerse obvio a finales de los setenta. A pesar de que el radicalismo hoy imperante sostiene lo contrario, lo cierto es que los sectores dirigentes del país se entregaron, a partir de los años ochenta, a una verdadera orgía reformista en lo político y socioeconómico, que aún prosigue alrededor del mito de la "reforma constitucional". Viso ha analizado esa propensión de nuestras élites a crear "repúblicas aéreas" y a pasarse el tiempo inventando constituciones -de las cuales hemos tenido veinticinco, y queremos otra más. Viso ha hablado de un "elemento lúdico" en la actitud de las élites, de una especie de tendencia a jugar con cosas muy serias, tendencia que es propia, por lo demás, de una población que invierte grandes sumas semanales en juegos de azar.

Dice Viso que "también es parte de nuestro problema el que los hombres encargados de elaborar las leyes a veces juegan con la posibilidad de hacer algo nuevo para adquirir la dignidad de creadores de normas y, eventualmente, de creadores de patrias". (52) Su conjetura tiene fundamento, en particular si tomamos en cuenta que esas élites "lúdicas" constantemente esperan que sea la realidad la que se amolde a sus constituciones de papel.

Creo que pocos sistemas políticos han emprendido -al menos en teoría, pero no solamente- tantas reformas a la vez, y de tanta significación, como las que la petrodemocracia comenzó a adelantar desde mediados de los años ochenta: se buscaba la "modernización radical" del sistema político, así como la "redistribución del poder social con el propósito de profundizar la democracia y hacer más eficiente al Estado y a los actores sociales". (53) La economía, la sociedad, el sistema político, la cultura, en fin, casi la totalidad de las dimensiones que integran nuestra existencia nacional se vieron sujetas a los más diversos proyectos de cambio. No puedo acá desglosar este complejo proceso (54); lo que me interesa es señalar que las élites políticas se lanzaron al mismo con una mezcla de ingenuidad y temor, que les llevó a perder de vista que, en tiempos de turbulencia, también es necesario **conservar**.

Al mismo tiempo que innumerables voces se alzaban y continúan alzándose para clamar por toda suerte de cambios, exigiendo a los gobiernos "gobernar" con eficiencia, una andanada incesante e implacable de críticas y cuestionamientos

llueve sobre las instituciones básicas del régimen, en particular los partidos políticos y sus dirigentes, dando así al traste con el objetivo de acrecentar la gobernabilidad del sistema democrático. Esto ha llevado a algunos analistas a preguntarse si acaso "el sistema político no está sufriendo de un exceso de reformas antes que de una ausencia de ellas" (55), interrogante válida en vista del congestionamiento de propuestas y medidas que, a la postre, aparte de confundir aún más a la gente, y aumentar sus expectativas, jamás tocaron en la práctica el problema clave referido al imperativo de hacer entender a la población que el empobrecimiento nacional seguirá su curso, y que no existen "soluciones" mágicas al reto del desarrollo.

Comparto, en ese orden de ideas, el planteamiento de Oropeza (en 1982) según el cual, "La cultura civil venezolana puede y debe ampliar la base de su participación, pero no está en capacidad de tolerar ciertas formas que le impriman excesiva precipitación y que no le sea posible controlar o atenuar en circunstancias determinadas. Si los partidos democráticos que controlan hoy la adhesión del 90 % del electorado no son capaces de mantener el pluralismo tutelar que atenúe el impacto social de los conflictos y éstos, como consecuencia de esa incapacidad, se acentúan y perpetúan, la democracia venezolana no tendrá capacidad cultural para sobrevivir". (56)

El desbordamiento del radicalismo, que encontró su apogeo a partir de 1992, halló frente a sí unas élites atemorizadas y confundidas, sin capacidad de reacción frente a una ofensiva que continúa su marcha. El intento de cambio del modelo económico, y la intoxicación generada por el intento de reformarlo todo a la vez entraron en directa contradicción con la estabilidad del sistema político. Nadie, o casi nadie, ha tenido la sabiduría de entender que, en medio de las pasiones incontroladas, lo fundamental es mantener...

Decir, como de hecho se ha sostenido, que la petrodemocracia no ha sido "incorporativa" es, cuando mucho, una verdad a medias. No obstante, es el tipo de afirmación a la que nuestra cultura de izquierda concede el rango de dogma incuestionable. Así no contentos con la orgía reformista de los pasados años, varios de nuestros más importantes dirigentes se aprestan ahora a emprender una "reforma constitucional", inspirados por unos ideales participativos que desbordarían lo soñado por un Rousseau, y que incluirán referenda "aprobatorio", "abrogatorio", "consultivo" y "revocatorio". Como si las dificultades de gobernabilidad democrática en nuestro país no fuesen suficientes, proseguiremos con la fiebre demagógica a través de múltiples tipos de referenda, que -inevitablemente- complicarán todavía más cualquier esfuerzo por formular y llevar adelante políticas públicas con alguna coherencia y continuidad.

A la miopía del liderazgo, la erosión de las instituciones, y la carencia total de memoria y perspectiva histórica, se suma la ausencia de propuestas alternativas a lo que existe. Hemos perdido de vista que Venezuela es un país frágil, ante todo geopolíticamente, por sus relaciones de intensa dependencia externa como monoproductorymulticonsumidor. Lo es también, de modo fundamental, en su ámbito interno, por la vulnerabilidad de una conciencia colectiva sustentada en mitos, en esperanzas mesiánicas, en una concepción mágica de la política, y en la profunda

incomprensión de las raíces de lo que le ha ocurrido a la nación estos pasados quince años, luego del fin del sueño petrolero.

En medio de esa fragilidad, la acción irreflexiva de casi todos los principales actores de la actual vida nacional se basa en un único principio: hacer concesiones al clamor popular. Nadie contempla el abismo, pero en los asuntos políticos es indispensable observar con frialdad, con sangre fría, en base a la evidencia, sin odios o prejuicios. Como sostiene Kissinger, el problema esencial de la política "no es el control de la maldad, sino la limitación del puritanismo". Pocos se atreven a recordar que las acciones políticas no sólo son capaces de generar beneficios, sino también de producir costos. Los costos pagados gracias a la miopía de dirigentes y dirigidos, de gobernantes y opositores, de "líderes" y "pueblo", son y serán enormes. No se disiparán con otra ilusión.

NOTAS

- (1) Algunos ejemplos representativos son, Diego Abente, "Venezuelan Democracy Revisited", **Latin American Research Review**, No 1, 1987; Daniel Hellinger, "Democracy in Venezuela", **Latin American Perspectives**, No 12, 1985; Andrés Stambouli, **Crisis Política: Venezuela, 1948-1958**, Editorial Ateneo, Caracas, 1980.
- (2) Daniel Levine, ob. cit., pp. 249, 257, 281.
- (3) Terry Lynn Kari, "Petroleum and Political Pacts: The Transition to Democracy in Venezuela", en G O'Donnell, P.C. Schmitter, y L. Whitehead (eds.), **Transitions From Authoritarian Rule: Latin America**, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1986, pp. 215, 219. Cabe destacar que uno -entre otros- de los más influyentes políticos de la generación democratizadora venezolana, Gonzalo Barrios, percibió con claridad la relevancia del factor petrolero: "El petróleo de nuestro subsuelo -escribió en 1977- ha permitido a Venezuela librarse parcialmente de la sumisión del engranaje dictatorial y convertirse en un campo de experimentación sin precedentes. La sola abundancia de los rendimientos fiscales del producto ha servido como factor esencial de estabilidad democrática, al capacitar al Poder Público para eliminar, mitigar o silenciar por medios financieros, las tensiones sociales que la comprometen", en, *América Latina: Conciencia y Nación*, Editorial Equinoccio, U.S.B., Caracas, 1977, p. 47.
- (4) M.L Purroy, "Remando contra la corriente", **El Diario de Caracas**, 19-02-91.
- (5) L.J. Oropeza, **El Pluralismo Tutelar**, Ediciones Centauro, Caracas, 1982, pp. 92-93.
- (6) Ibid., p.55.
- (7) M.I. Purroy, "El problema no es el gasto". **El Diario de Caracas**, 10-12-90.

- (8) J. McCoy, ob. cit, p. 22.
- (9) M. López-Maya y L. Gómez C., ob. cit., p. 35.
- (10) Ibid.,pp. 40-41.
- (11) Ibid.,p.49.
- (12) Ibid.,p.51.
- (13) Véase, Emilio Pacheco, **The Brief Rise and the Long Decline of the "Great Venezuela": The Fiscal Policy of Venezuelan Populism in the 1980s**, Ponencia, Washington, 1992, p. 14 (mimeo).
- (14) Ibid., p. 20.
- (15) A. Uslar Pietri, **De Una a Otra Venezuela**, en. **Obras Selectas**, EDIME, Madrid-Caracas, 1956, pp. 1350-2.
- (16) Véase, Max Weber, **El Político y el Científico**, Alianza Editorial, Madrid, 1975, pp. 156-7.
- (17) Entrevista en **Número**, No 336, 30-08-87.
- (18) C.A. Pérez, **Ya ha llegado la hora**. Edites, Caracas, 1986, pp.8,9,11.
- (19) Miguel A. Rodríguez F., "Autopista hacia la prosperidad", **El Nacional**, 03-08-87, Cuerpo 2, p. 61.
- (20) Teodoro Petkoff, "El desdén suicida de CAP por el costo social". **El Ojo del Huracán**, 1989.
- (21) **El Universal**, 03-08-89, pp. 2-4 y 2-5.
- (22) M.I. Purroy, "Evaluación del programa económico", SIC, No 513, Abril 1989, p. 122.
- (23) G.A. O'Donnell, **Modernización y Autoritarismo**, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.
- (24) **El Nacional**, 11-10-89, p. D-7.
- (25) Purroy, "Evaluación...", ob. cit., p. 122.
- (26) Entrevista en **El Universal**, 26-02-89, p. 2-2
- (27) Purroy, "Evaluación...", ob. cit., p. 122.
- (28) Ibid., p. 123.
- (29) Entrevista en **El Universal**, 19-02-89.
- (30) Purroy, "Evaluación...", ob. cit., p. 125.
- (31) Ibid.,p. 126.
- (32) M.I. Purroy, "Tiempo perdido", SIC, Mayo 1991, p. 172.
- (33) M.I. Purroy, "Remando...", ob. cit.,
- (34) T. Petkoff, ob. cit.
- (35) Moisés Naim, **Paper Tigers and Minotaurs**, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 1993, pp. 54-55.
- (36) Purroy, "Remando...", ob. cit.
- (37) Emeterio Gómez y Carlos Sabino, "No hay un pacto sociopolítico que permita el viraje económico". **El Diario de Caracas**, 05-08-89.
- (38) Gerver Torres, ob. cit.
- (39) McCoy, ob. cit., p. 13.

- (40) A Stambouli, "Déficit democrático y gobernabilidad del sistema político venezolano", en C. Blanco (coordinador), **Venezuela, del Siglo XX al Siglo XXI: un Proyecto para Construirlo**, Copre-PNUD, Nueva Sociedad, Caracas, 1993, P.43.
- (41) A. Templeton, **The Evolution of Popular Opinion**, Ponencia, Washington, 1992, p. 20 (mimeo).
- (42) M.I. Purroy, "El paquete avanzando, la economía estancada" , SIC, Julio 1990, p. 248.
- (43) Resumen presentado por Purroy, en, "La clave del desarrollo", SIC, Abril 1992, pp. 135-8.
- (44) Ibid.,p.137.
- (45) Véase mi libro. **La Miseria del Populismo**, pp. 147-166.
- (46) A.Keller, **Crear Cultura Económica**,(mimeo), 1994,pp. 1-2.
- (47) Ibid.,p. 1.
- (48) Ibid.,p.3.
- (49) M.I. Purroy, "Los equilibrios inestables", SIC, Marzo 1990,p.59.
- (50) Germán Carrera Damas, "La reformulación del proyecto nacional venezolano en perspectiva histórica", en, C. Blanco (coord.),ob.cit.,p.21.
- (51) A.B. Viso, ob. cit., pp. 47-48.
- (52) A.B. Viso, **Reforma Constitucional e Historia**, Cedice, Caracas, 1993,p. 15.
- (53) Copre, **La Reforma del Estado. Proyecto de Reforma Integral del Estado**, citado por L. Gómez y M. López-Maya, **El Tejido de Penélope. La Reforma del Estado en Venezuela**, 1984-1988, Cendes, U.C.V., 1990, p. 189.
- (54) Véase la obra de Gómez y López-Maya, citada en la nota anterior.
- (55) Juan Carlos Navarro, "Eh busca del pacto perdido", en, Serbin, et. al., (eds.), ob. cit., p. 82.
- 56) L. J. Oropeza, ob. cit., p. 103.

III. LAS REALIDADES, LOS ESCENARIOS, Y LAS OPCIONES

Un Gobierno sin Mandato, sin Programa, y sin Dinero. El Creciente Papel del Odio Social y la Aceleración de la Crisis de la Democracia

El gobierno que resultó electo en diciembre de 1993 es legal y legítimo, y es deber de todo ciudadano venezolano admitirlo así. No obstante, sería exagerar las cosas pretender que ese gobierno posee un claro y firme mandato de parte del electorado. Como se apuntó a comienzos de este estudio, apenas un 15 de la población adulta del país sufragó por Caldera, y no creo desacertado sostener que este es el gobierno que se inicia con el piso político más débil en toda la etapa democrática, a lo que se suma la alta tensión social y una especie de sensación de pre-colapso económico.

Los estudiosos de la historia podrían hallar, en la nuestra y la de otras naciones, interesantes puntos de comparación en torno a lo que podríamos llamar "fiebre pre-revolucionaria" que empieza a apoderarse de muchos espíritus, en una colectividad desorientada, perpleja, y temerosa del presente y el futuro; en una colectividad, además, donde el odio de unos contra otros se convierte paulatinamente en dimensión normal de la existencia cotidiana.

Ninguna sociedad puede aguantar por mucho tiempo el clima de constante zozobra, desazón, y angustia que ha venido permeando la nuestra estos últimos tiempos. De alguna forma, tarde o temprano, las sociedades exigen un alivio a las tensiones y la seguridad esencial para desenvolverse con estabilidad y en paz. La sociedad venezolana, luego de dos años de incesante presión, reclama un alivio, que no puede consistir en otra cosa que el señalamiento de un rumbo hacia adelante, con posibilidades ciertas de que el esfuerzo de cada cual produzca resultados alentadores.

Lamentablemente, ni el liderazgo nacional, ni la mayoría de la población, parecen todavía dispuestos a aceptar que lo que requiere Venezuela es una política de desarrollo a largo plazo, sustentada en el trabajo y la creatividad de individuos y empresas, con un Estado que oriente las energías sociales asegurando la vigencia de un marco de leyes comunes para todos, un Estado que se deslastre de su afán intervencionista, y por el contrario, estimule la libertad, castigando sin miramientos las transgresiones a la ley.

Esta política de desarrollo a largo plazo exigiría, desde ya, la ampliación sustancial de la base tributaria interna, a objeto de: 1) financiar con recursos reales, y no con dinero inorgánico, el Estado y sus servicios públicos; 2) aligerar la carga que ahora recae sobre la industria petrolera, industria que ha sido gradualmente estrangulada por el Estado, y que necesita ahorrar para invertir; 3) educar a la población en un sentido opuesto al hasta ahora cultivado por la mentalidad rentista, constantemente reforzada por líderes y gobiernos demagógicos y complacientes.

Semejante propósito, no obstante, choca de frente con percepciones y actitudes que hunden sus raíces en el esquema rentista que sustenta la petrodemocracia. Se ha dicho que "Al final, todo el problema converge hacia la necesidad de una reforma fiscal, que diversifique y amplíe las fuentes internas de ingresos. Sin ella, el crecimiento no será sostenible. Por mucho que intentemos esquivarlo, el problema fiscal sigue estando en el centro de la discusión". (1) Estas palabras fueron escritas en enero-febrero de 1992, como preludio a una crítica a Pérez, por no haber introducido para entonces las indispensables reformas fiscales; y el autor proseguía de este modo: "...la crítica que en un futuro le harán los historiadores de la economía al segundo gobierno de CAP será no haber tenido la visión y la valentía de acometer la reforma fiscal". (2)

Hay cierta ironía en el hecho de que se le exigiese a Pérez esa reforma, la cual, inevitablemente, iba a generar aún mayores resistencias sociales a su gobierno, precisamente en momentos en que se gestaba el primer intento de golpe en su contra, evento que, desde luego, terminó por descamar cualquier esfuerzo coherente y sostenido de parte de una administración acosada y sometida a los embates de una oposición implacable.

Conviene, en ese orden de ideas, tener presente que, a pesar de todos los errores y traumas, la economía real experimentó en 1992 -en palabras de M.I. Purroy- un **"crecimiento económico extraordinario**, cualitativamente distinto y mucho más 'meritorio' que el de 1991, por dos razones fundamentales. Primero porque la actividad petrolera no ha contribuido directamente en nada, antes bien ha sufrido un decrecimiento de casi 2 %. Todo el vigor expansivo ha descansado en la actividad no petrolera, cuyo crecimiento de 9.5 % ha sido superior al del año pasado. Y la segunda diferencia importante se refiere al aporte del sector público. En 1992 el crecimiento real de los servicios prestados por el gobierno ha sido de apenas 2%, frente a un 8.1% en 1991. La actividad económica del sector privado, por el contrario, ha crecido un 13.1%, frente a un 10% el año 1991. Podemos suponer, entonces, que el aumento de la demanda agregada y, por ende, de la actividad económica se ha sustentado íntegramente en el sector privado. Por primera vez en varios años, este pasa a convertirse en motor del crecimiento".

Por otra parte, continúa Purroy, "Respecto al ingreso real, todo indica que en términos globales se ha detenido el deterioro del trienio anterior. Eso no quiere decir que haya mejorado la distribución del ingreso, por cuanto la mejoría ha sido relativamente mayor en los estratos altos. En cualquier caso, el aumento de la cantidad de personas empleadas en cada hogar, sumado a leves mejoras de la remuneración real, han contribuido a elevar la capacidad adquisitiva de la población"(3)

Es indispensable insistir sobre el punto: los promotores del "paquete" tenían ciertos elementos para argumentar que su diseño estaba avanzando correctamente hasta ese momento, y que fueron los factores políticos los que descarrilaron un programa que podía enrumbar adecuadamente la economía venezolana.

Sin embargo, tal argumentación tendría también que señalar que el financiamiento de ese crecimiento -motorizado, como de costumbre, por el gasto

público- fue **deficitario**, y que el sector público consolidado cerró el año 92 con 255.000 millones de bolívares en rojo, una cantidad equivalente al 6.1% del PIB. En otras palabras, el Estado siguió gastando mucho más de lo que ingresaba a su tesorería, utilizando los diversos artificios financieros a que recurren gobiernos incapaces de enfrentar a sus ciudadanos con la verdad. De igual forma, habría que recordar que los ligeros superávits de los años 90 y 91 (0.2 y 0.7% del PIB), se debieron al aumento de precios originado gracias a la guerra del Golfo Pérsico y a la privatización de CANTV respectivamente, ingresos extraordinarios que posibilitaron equilibrar un gasto que no cesó de crecer.

De nuevo, el "festín" del crecimiento deficitario del 92 continuó el año siguiente, en condiciones muy adversas, generadas por la turbulencia política en que se hundió el país. Todo ello no hizo sino dar mayor urgencia al imperativo de reformar la base tributaria del Estado; pero si ya para 1992 ese paso no se había dado -a lo cual también contribuyó la lentitud y antagonismo del Congreso Nacional-, mucho más difícil se planteaban las cosas en el 93, con el Presidente de la República arrinconado y eventualmente suspendido de sus funciones.

Como es de suponer, en vista de las circunstancias que rigen nuestro sistema político, de un gobierno tan débil y precario como el que manejó la transición hasta las elecciones de diciembre del 93 no podían esperarse medidas trascendentales en el campo fiscal, medidas que la petrodemocracia jamás se ha atrevido a tomar. De allí que el segundo gobierno de Caldera haya llegado a Miraflores en una situación altamente compleja, con unas finanzas públicas en proceso de naufragar, y en medio de una abrumadora crisis que afecta al conjunto del sistema financiero nacional.

Como ha ocurrido otras veces, algunos indicios sugieren que Caldera y su equipo tomaron control del timón del Estado sin tener una idea clara de la verdadera situación del país, y arrastrando con el pesado fardo de promesas y expectativas ilusorias formuladas hacia la población en el transcurso de la campaña electoral.

Caldera no presentó un programa de gobierno digno de tal nombre a los electores. Se cuidó mucho de no despertar polémicas prematuras en el seno de la heterogénea coalición que le acompaña, y buscó suscitar en la gente la sensación de que él, de algún modo, sería capaz de salir a flote con el país a costas, por su veteranía, su honestidad, y su capacidad para generar confianza.

Leer su **Carta de Intención**, presentada como un esbozo de su proyecto para Venezuela, y ampliada en un folleto titulado **Respuestas a la Crisis**, publicado en noviembre de 1993 por su Comando de Campaña, resulta una experiencia sencillamente decepcionante. Se trata de una recopilación de generalidades y de buenos deseos, que en ocasiones alcanzan el nivel de la banalidad. No merece la pena ni siquiera citar estos textos, producto en general de la improvisación, cuyos contenidos uno no sabe si atribuir al poco ánimo intelectual de sus redactores o al deliberado objetivo de no decir nada, pretendiendo a la vez que algo se está diciendo.

De esa documentación, por consiguiente, resulta difícil extraer pistas concretas acerca del posible rumbo que tomará el nuevo gobierno. Sin embargo, es posible fundamentar una conjetura al respecto, en base a tres criterios: 1) la visión

global de Caldera sobre la economía y la política, puesta de manifiesto en sus escritos y actuaciones a lo largo del tiempo; 2) la dinámica que genera el proceso evolutivo reciente de nuestra sociedad, así como las circunstancias políticas imperantes y previsibles, que constituyen un factor clave para la toma de decisiones y que, en alguna medida, empujan a este gobierno en determinada dirección; 3) las medidas y señales iniciales que está tomando y emitiendo el nuevo gobierno, y que, al momento de escribir estas páginas (28 de febrero de 1994) permiten de algún modo empezar a orientarse en el neblinoso bosque del futuro.

La naturaleza de este libro, escrito "en caliente", exige combinar la audacia del pronosticador con la prudencia del analista. En tal sentido, creo no exagerar al decir que ni siquiera sus más fervorosos partidarios se atreven a sostener que el tema económico sea uno de los favoritos de Caldera. Su visión de la economía está fuertemente anclada en las versiones más anti-capitalistas de la llamada Doctrina Social de la Iglesia, muy en boga en los tiempos inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando el comunismo representaba una seria amenaza y se pensaba que era necesario contrarrestarle ofreciendo un "capitalismo con rostro humano", sustentado en una ideología socializante y hostil al mercado, que en realidad adoptaba, con algunos cambios, elementos del credo socialista.

Poco puede extraerse de una lectura del discurso inaugural de Caldera, cuando habló de un "compromiso de solidaridad con acento social", compromiso que no será "ni populista ni neo-liberal". Las buenas intenciones allí enunciadas no constituyen siquiera una guía teórica, aunque sí existen aspectos que comprometen hondamente al gobierno en la creación de expectativas que, aun si se cumplen -y ello será muy difícil- traerán con seguridad significativas consecuencias. Me refiero, por ejemplo, a la promesa de aumentar sustancialmente el salario mínimo, reducir las tasas de interés, y cerrar el paso a una maxi-devaluación y al control de cambio. Lo que parece claro es que Caldera no ha abandonado sus ideas económicas de siempre, intensamente intervencionistas y propensas a los controles.

No pasaron demasiados días bajo el nuevo gobierno para que observásemos una repetición de fenómenos bien conocidos en nuestra tradición democrática: 1) la revelación de que "las cosas están peor de lo que pensábamos"; 2) la suspensión de las garantías económicas, que CAP había restituido, como paso indispensable para acrecentar el poder controlador del gobierno sobre la economía; y 3) la suspensión del IVA a nivel del consumidor (acabando así con un recurso tributario excepcionalmente eficaz).

En efecto, el nuevo Presidente del Fondo de Inversiones de Venezuela declaró el 26-02-94 que "la situación fiscal del país es mucho más delicada de lo que el gobierno pensaba hace dos semanas"; añadiendo que este año tendrán que pagarse 70 mil millones de bolívares más de los previamente presupuestados por concepto de intereses de la deuda externa, a lo que se suman 340 mil millones de otros gastos que el gobierno provisional no presupuestó. Por otra parte, el Ministro de Hacienda notificó al Consejo de Ministros que "a duras penas" se han logrado recortar unos 110 mil millones de bolívares del abultado gasto público, y ello sólo en

teoría, pues aún está por verse que ocurre cuando el gobierno comience a hacer valer sus promesas de aumentos salariales.

Partidarios del nuevo gobierno han sostenido que "Lo posible es... acordarse sobre precios, salarios e intereses. El alza, indispensable, del salario mínimo... debe ser inscrita dentro de ese acuerdo. A partir de allí, empresarios y trabajadores tendrían que comprometerse a mantener salarios y precios dentro de una suerte de banda de flotación, con un techo impermeable. De no ser así, el ajuste salarial... no sería sino gasolina para la caldera inflacionaria". (4)

A pesar de las posiciones bastante nebulosas de los ideólogos del nuevo gobierno en materia económica, de la actitud ambigua del propio Presidente de la República, y de la carencia de un programa medianamente coherente que ordene y dé sentido de dirección al conjunto de políticas que vayan a ser ejecutadas, a pesar de todo esto -repito- considero que el rumbo más probable que tomará esta administración, al menos en su primera etapa, copiará los desaciertos y fracasos que ya se han cometido en otras naciones latinoamericanas, a raíz de la reacción adversa ante los programas de ajuste y sus amarguras.

En aras de la objetividad, es imperativo decir que a este gobierno no le quedan demasiadas alternativas, en parte debido a la dura situación del país, y en buena parte también debido a sus propias convicciones y prejuicios, que le bloquean rutas factibles y sanas que bien podrían tomarse, arrojando beneficios tangibles y rápidos para nuestra enferma economía.

Me refiero, más específicamente, a cinco medidas -podría pensarse en otras- que en conjunto dan forma a una vía expedita de cambio y superación: 1) La eliminación de la retroactividad de las prestaciones sociales. El presente sistema, en una economía inflacionaria, está cercano al colapso total, no ofrece ninguna garantía de seguridad social al trabajador, obstaculiza gravemente una política de aumento salarial real, y corroe la competitividad de las empresas, creando enormes rigideces en el mercado de trabajo y penalizando la calidad del empleo. 2) Un programa acelerado de privatizaciones, destinado a deslastrar al Estado del peso gigantesco de numerosas empresas públicas que abultan el déficit e impiden la concentración de energías en actividades verdaderamente vitales. 3) Eliminación de Ministerios, tal y como en alguna oportunidad había sugerido Caldera, quien -lamentablemente- lo que ha hecho es acrecentar el número de los Ministros, sin reducir en lo más mínimo la aplastante burocracia que asfixia al Estado. 4) Privatización de partes de la industria petrolera (PDVSA), conservando el Estado venezolano, y, ¿por qué no?, los **ciudadanos** venezolanos directamente, paquetes accionarios mayoritarios -cuando sea el caso-, así como la participación tributaria que, a la postre, es lo que realmente interesa al país. 5) Manifestar la voluntad nacional -como lo ha hecho, por ejemplo, Colombia- de ingresar al Tratado de Libre Comercio (TLC-NAFTA), e iniciar las gestiones para lograrlo, lo cual se traduciría en un palpable aumento de la confianza -ahora tan baja- en el país, así como en un estímulo a la competitividad y productividad de nuestros diversos factores productivos. (5)

Medidas como las esbozadas, que generarían transformaciones extraordinariamente positivas para una economía y una sociedad que requieren

iniciativas audaces e innovadoras, son, sin embargo, casi anatema para un gobierno sujeto a las tentaciones estatistas y corporativistas que tanto daño han hecho a Venezuela por décadas, y que ahora, según parece, se intentan reactivar.

Es necesario insistir en que el nuevo gobierno se encuentra ante un panorama complicado en extremo. Es prácticamente imposible que pueda llevar adelante sanamente un programa de expansión, a través del gasto público, por la aguda limitación presupuestaria y la creciente carencia de divisas (aunque todavía quedan reservas internacionales, que podrían -si se encuentran los mecanismos de acceso- ser sacrificadas).

Los indicios sugieren que, de paso, el Estado va a asumir la pesadísima carga de la crisis bancaria, y una de las formas de hacerlo -ello luce inevitable- es creando dinero inorgánico a través de malabarismos y artificios de diversa índole, a objeto de garantizar a los millones de ahorristas una esperanza. No obstante, mi apuesta es que, a pesar de las dificultades mencionadas, y de que el país ya se encuentra sujeto por las fauces de una recesión económica, contra viento y marea el gobierno intentará expandir la demanda y crear así una cierta "bonanza" lo antes posible, aun acostado profundizar, a mediano plazo, los graves desequilibrios que aquejan nuestra economía.

Pienso, como plantea Purroy en uno de sus escenarios especulativos, que el gran hueco fiscal podría arrojar este año una inflación superior al 80%: "Es evidente - escribe- que el nuevo gobierno no querrá aceptar el costo social y político de esa tasa de inflación. Para evitarla, tendrá que recurrir a un control generalizado de precios. Un control de precios tendría que abarcar también, más temprano que tarde, la intervención de las variables claves de la economía, como son las tasas de interés y la tasa de cambio. Todo ello permitiría contener la inflación durante 1994 por debajo del 50%. Podría incluso generarse un nuevo repunte del consumo, sustentado en la mejoría temporal de los ingresos reales de la población. Ello podría hacer crecer moderadamente la economía. Desde un punto de vista estrictamente económico, este curso de acción es viable en 1994, gracias al todavía mullido colchón de reservas internacionales. Ahora bien, el agotamiento de las reservas en un plazo previsible marcaría el fin de la 'bonanza' y el inicio de un proceso hiperinflacionario de magnitudes imprevisibles". (6)

Considero importante extender la cita: "La experiencia latinoamericana enseña que es mucho más difícil abatir una inflación crónica que una hiperinflación. La razón es muy sencilla: **sólo los sufrimientos generalizados de una hiperinflación crean el suficiente consenso social para las medidas de saneamiento necesarias.** El caos económico que acompaña a la hiperinflación es el mejor antídoto contra las creencias populistas de que los controles y subsidios estatales sean una solución eficaz contra la inflación. En Venezuela, por su pasado rentista-petrolero de siete décadas, la cultura económica todavía está impregnada de tales creencias. Hay quienes opinan, y no les falta razón, que solamente una crisis hiperinflacionaria de gran magnitud podrá erradicar esta forma de entender la economía". (7) Dicho en otros términos, "tocar fondo", en el abismo de la hiperinflación, sería, según algunos, el único y agrio remedio para la intoxicación populista. ¿Y qué vendría después?

Caldera culpó al "paquete" de Pérez de todos los males presentes, pasados y futuros del país. Liquidado Pérez políticamente y con el espacio -muerto" de un gobierno de transición tras de sí, no puede ahora Caldera limitarse a condenar a sus antecesores. Caldera, además, prometió que, con su llegada al poder y con su nueva concepción económica las cosas van a mejorar para las grandes mayorías. Por todo ello, estoy convencido de que la dinámica socio-política empujará a este gobierno hacia la expansión de la demanda a como de lugar, asumiendo todos los riesgos que ello implica. De no hacerlo de esa forma -y un político veterano como Caldera tiene que saber esto-, la frágil popularidad de la que aún puede estar gozando su administración se disipará rápidamente, y no sería inconcebible que la población, desengañada una vez más, volviese a clamar por un nuevo Mesías.

Lo anterior me lleva a mencionar una experiencia análoga -pero no necesariamente similar en todos sus aspectos- a la que podríamos vivir en los próximos tiempos, que fue la del programa económico implantado por Alan García en Perú. Los arquitectos de ese plan lo han explicado así: "Si fuese necesario resumir en dos palabras la estrategia económica adoptada por el gobierno (peruano, AR) a partir de agosto de 1985, éstas serían: **controlar** (se entiende que los precios y los costos, y sólo temporalmente, durante los doce primeros meses), **y gastar**, transfiriendo recursos a los más pobres para que aumenten su consumo y demanden más productos, 'justificando' así la puesta en operación de la capacidad instalada actualmente ociosa... **Es necesario gastar, aun a costa de un déficit fiscal**, pues si este déficit es resultado de transferir recursos públicos al consumo de los más pobres para que demanden más productos y se reduzcan así los costos unitarios, ése no será un déficit con efectos inflacionarios, sino todo lo contrario". (8)

Este tipo de razonamiento puede eventualmente imponerse en las decisiones de un gobierno -el de Caldera- que no quiere, y quizás a estas alturas del juego ya no puede, llevar a cabo una política de austeridad conjugada a una profunda reforma fiscal. La lógica implacable del populismo conduce a los gobiernos, de modo casi inexorable, a gastar más de lo que deben, y a proteger celosamente los mitos de la cultura de izquierda, engranaje fatídico de nuestra democracia.

Lo que algunos economistas olvidan -limitados a veces por una visión excesivamente sectorial y "técnica" de los procesos sociales-, es que el Estado moderno tiene un poder muy amplio para gastar, y cuando encuentra límites, inventa subterfugios para respaldar las acciones más audaces e irresponsables, con tal de garantizar su popularidad o, en todo caso, su supervivencia. No todos los gobernantes democráticos hacen este tipo de cosas todo el tiempo, pero es desafortunado constatar que no pocos sí lo hacen, buena parte del tiempo.

En medio del casi paralizante cuadro económico brevemente descrito, se intensifica en Venezuela, con mayor intensidad que nunca antes bajo la democracia, un palpable odio social: odio de los que menos tienen contra los que más tienen; de los que se sienten ganadores contra los que se perciben perdedores; de los que pretenden que nada tienen que ver con el pasado contra los que inevitablemente reconocen que no tienen las manos totalmente limpias; de los que tienen algún acceso al poder contra los que quedan relegados del mismo. El pase de facturas, las

venganzas, las denuncias, las acusaciones, los señalamientos, en fin, el odio en sus múltiples manifestaciones, entre individuos y entre sectores, es una dimensión central y crecientemente relevante en la dinámica social y política del país.

El odio de clases, alimentado por las frustraciones de una población que contempla día a día la interminable erosión de su nivel y calidad de vida, y que se nutre de una incesante sucesión de escándalos, reales o inventados, es -junto a la crisis económica y el deterioro de nuestras instituciones políticas- factor fundamental del actual y previsible horizonte venezolano. Se están creando, si es que ya no existen plenamente, unas "insalvables zanjadas de odios", de las que habló Rómulo Betancourt en otro tiempo. (9) ¿A dónde puede llevarnos este proceso de aceleración de la decadencia democrática? ¿sobrevivirá la democracia en Venezuela?; y si lo hace, ¿cómo será esa democracia? ¿se romperá o no el famoso "hilo constitucional"? Estas son las interrogantes que ahora me ocuparán.

Asfixia de la Democracia, Modernización, y Posible Desenlace Autoritario: La Agonía del Populismo

El intento de responder las interrogantes antes planteadas, me exige tomar en cuenta, como paso previo a la discusión de escenarios alternativos, el brillante análisis realizado por el politólogo argentino Guillermo A. O'Donnell entorno al proceso de descomposición de la coalición populista en otras naciones latinoamericanas, como Argentina, Chile y Brasil.

En esos países, en los años sesenta y setenta, la "constelación de problemas" generada por la crisis económica, las tensiones sociales, y el deterioro institucional produjo, en distintos momentos y circunstancias, el colapso de la democracia populista "incorporante", y su sustitución por regímenes autoritarios "excluyentes".

De entrada, debo dejar claros dos puntos. En primer término, y recordando a Kissinger, me interesa enfatizar que "La historia enseña por analogía, no por identidad". No hay dos situaciones sociales totalmente idénticas, pero sí existen entre distintas situaciones sociales puntos de similitud y coincidencias que contribuyen a afinar el análisis y a descubrir analogías. No se trata de afirmar que necesariamente Venezuela vaya a seguir, en los tiempos venideros, el mismo camino que tomaron, por ejemplo, Brasil y Argentina en los años sesenta, cuando se desmembró en esas naciones el esquema populista basado en la sustitución de importaciones y el consenso de clases. Se trata, eso sí, de señalar que de esas y otras experiencias, y de su discusión por O'Donnell, pueden extraerse herramientas conceptuales de gran valor para el estudio de la actual situación venezolana y sus perspectivas.

En segundo lugar, ratifico lo que con tanta insistencia dije en el Prefacio de esta obra: se impone distinguir entre el **análisis**, por un lado, y la **prescripción**, por otro. Sostener que en Venezuela podría producirse, en un futuro no muy lejano, un **desenlace autoritario** de la crisis de la democracia no significa afirmar, ni mucho

menos, que ese resultado sea deseable o inevitable. Como se verá más adelante, tal desenlace autoritario no es tampoco el escenario que considero más probable para nuestra democracia, aunque no lo descarto en un plano teórico y dentro de un más amplio abanico de opciones.

Ahora bien, en el campo del análisis de la política latinoamericana moderna, predominó por años un cierto "paradigma" o esquema conceptual, sobre el cual se sustentaba lo que O'Donnell ha denominado "la ecuación optimista". De acuerdo a esta "ecuación", mientras mayor es el nivel de desarrollo socioeconómico de un país, mayores son, en consecuencia, las probabilidades de existencia de la democracia. En otras palabras, se pensaba que el avance material de los pueblos, el crecimiento de la clase media, la mejoría en la condición de los sectores populares, y en general los adelantos en la prosperidad material de las sociedades latinoamericanas, ampliaban las posibilidades de vigencia de un régimen democrático.

Sin embargo, los golpes de Estado y sus secuelas autoritarias, acaecidos en varios de los más "desarrollados" países latino-americanos en las décadas del sesenta y setenta, mostraron que algo andaba mal con la "ecuación optimista". El esfuerzo de O'Donnell por desentrañar las raíces de esos procesos es lúcido y aleccionador. Para empezar, explica, el crecimiento socio-económico produce **pluralización política**, es decir, hace más complejas y diversificadas a las sociedades, con mayor número de actores, más numerosas demandas, y más diversas inter-acciones; sin embargo, pluralización y democracia política no son la misma cosa. Si bien la democracia es una posible expresión institucional de un conjunto de factores, entre los que puede contarse la pluralización política, esta última puede traducirse de otra forma y generar regímenes no-democráticos, ya que una mayor complejidad puede también abrir las puertas a una más inmanejable conflictividad.(10)

Según O'Donnell, "el autoritarismo político y no la democracia es el concomitante más probable de los niveles más altos de modernización en el contexto sudamericano contemporáneo". (11) Acá la noción clave es la de "modernización", entendida -de acuerdo con Apter- como un proceso consistente en la penetración, en nuestras sociedades, de roles tecnocráticos e instituciones originadas en y alrededor de las actividades industriales en las sociedades económicamente más avanzadas. (12) La relevancia de este concepto, para nuestro caso, se encuentra en que permite comprender que la sociedad venezolana, a pesar de su "anti-desarrollo" -patentizado en su actual crisis socioeconómica y política-, es, sin embargo, una sociedad altamente "modernizada", en la que coexisten múltiples y variadas manifestaciones de esos roles e instituciones propios de sociedades avanzadas.

Me refiero, para sólo citar dos muestras, a las decenas de miles de profesionales y técnicos que hay en el país, y que ocupan toda suerte de posiciones claves en la más amplia gama de actividades productivas, de investigación, y servicios, muchos de ellos además entrenados y formados en el exterior, y que, por tanto, tienden a comparar a Venezuela no con otros países semejantes, sino -desfavorablemente- con las naciones avanzadas de Estados Unidos y Europa. Otra instancia singularmente importante de modernización en nuestra sociedad la

constituye la extensa, influyente y avanzadísima red de medios de comunicación - televisión, radio, prensa, y otros- que cubre a todo el país, y penetra en la inmensa mayoría de la población (92 de los hogares posee al menos un aparato de TV, y 66 de la gente lee un periódico al menos una vez a la semana).(13) En esto, también, Venezuela es una sociedad "moderna", aunque no "desarrollada".

El transplante de roles e instituciones de sociedades desarrolladas a la nuestra es un fenómeno de gran relevancia, pues el hecho es que en Venezuela tenemos verdaderos enclaves de modernización -en la industria petrolera, de medios, ciertas Universidades e institutos, empresas, etc-, que conviven con un entorno que tiende a deteriorarse día a día. Los centenares de miles de individuos con esos roles tecnocráticos y actitudes y aptitudes modernas coexisten con un medio ambiente empobrecido, que les cierra caminos, y que les aleja a pasos agigantados de sus expectativas.

O'Donnell explica que la expansión socioeconómica de las primeras etapas del populismo viene emparejada a una mayor activación política de diversos actores -incluidas las masas-, y en consecuencia: 1) aumenta el número de actores políticos; 2) crecen las demandas políticas; 3) se hace más sólida y extensa la base organizacional a partir de la cual se llevan a cabo dichos procesos. (14) Como apunta Rey, "Dos son las principales contradicciones que van aumentando: 1) por un lado se acentúa la brecha existente entre un creciente número de demandas y de activación política y las rigideces que para satisfacerlas proporciona el marco de la dependencia y la desigual distribución de recursos, y 2) aumenta también la brecha existente entre la creciente diferenciación que resulta de la aparición de nuevos roles, estructuras e instituciones y la falta de una adecuada integración entre ellos". (15)

Todo esto conduce a la situación calificada por Samuel Huntington como de "pretorianismo de masas", en la cual el juego político se toma más integral, y más demandas, formuladas por más actores políticos interrelacionados en formas más complejas, se enfocan sobre las decisiones gubernamentales, acrecentando la distancia entre demandas y desempeño social, que las de Argentina y Brasil en los sesenta. Ahora bien, el régimen autoritario-burocrático que emergió de las cenizas, luego del derrocamiento de Allende, sí pudo -en base, claro está, de una férrea represión- llevar adelante un proyecto político y económico con cierta coherencia y homogeneidad, a elevados costos políticos y sociales.

Mucho interesa destacar, en relación al tema venezolano, el siguiente párrafo de O'Donnell: "Si la alta modernización ha generado una situación de pretorianismo de masas, la evaluación de sus capacidades conjuntas por parte de quienes desempeñan roles tecnocráticos tenderá a influir en la formación de una coalición golpista en la que jugarán un papel predominante. Esta coalición intentará transformar el contexto social en formas que se suponen más favorables para la aplicación de la capacitación adquirida para y por el desempeño de roles tecnocráticos, y más conducentes a la expansión y creciente dominación política de los sectores sociales que esos roles han penetrado más densamente. El éxito de tal

intento producirá la inauguración de un régimen político autoritario excluyente de la participación y las demandas políticas del sector popular". (20)

Es imperativo recordar que en Venezuela, los intentos de golpe de 1992 no obedecieron a la voluntad de una "coalición golpista" con la solidez y amplitud que ésta ha tenido en otras partes, pero sí fueron liderizados por representantes de uno de los sectores más modernos de nuestra sociedad, es decir, las Fuerzas Armadas. El hecho de que -como anoté previamente en estas páginas- el "proyecto político" presentado por los golpistas del 4-F y 27-N del 92 fuese bastante incoherente, superficial, y primitivo, no es sino una más de las complejas paradojas que constantemente arroja nuestro tumultuoso devenir social.

No obstante, lo que me interesa destacar es que estamos ante analogías respecto al proceso venezolano que sólo el más ciego dejaría de observar, y que se refieren a la combinación de: 1) el agotamiento evidente del esquema de "desarrollo" populista, 2) la agudización de la conflictividad social, 3) la sobrecarga de demandas y frustraciones sobre gobiernos acosados, y 4) el palpable desencanto y desesperanza de los sectores "modernizados", ante un panorama que no ofrece respuestas y que contrasta agudamente con sus expectativas.

De nuevo, es indispensable que precise dos puntos: En primer lugar, he pretendido poner de manifiesto una **analogía**, entre la actual y previsible situación venezolana y situaciones diferentes, acaecidas en otros marcos histórico-sociales. **No** estoy sugiriendo que el proceso venezolano necesariamente desembocara en un régimen autoritario-burocrático; de hecho, pienso que si bien ello es posible, no le concedo la más alta probabilidad dentro de la gama de escenarios hacia adelante, escenarios que discutiré posteriormente. He creído de interés hacer esto ya que los conceptos expuestos por O'Donnell permiten profundizar hasta el mismo fondo de nuestra propia crisis, y así palpar lo muy grave que podrían ser sus consecuencias.

Por otra parte, en segundo lugar, pienso..tener claro lo indeseable que sería para la petrodemocracia ofrendar finalmente sus contradicciones en el espejismo de una dictadura. Esta última quizás se dé, pero en cualquier caso sería indeseable, por sus elevados costos de toda índole. No obstante, de producirse un resultado semejante, no está de más recordar que -en lo que tuvo que ver con Brasil y Argentina, y, también. Chile-"La incapacidad para decidir y ejecutar coherentemente **cualquier** política pública era uno de los problemas de las semi democracias políticas preexistentes". (21)

El insatisfactorio desempeño democrático siembra las semillas del autoritarismo. De allí que la pregunta de O'Donnell: "¿Existen umbrales o puntos críticos a partir de los cuales quienes desempeñan roles tecnocráticos pueden sentirse suficientemente capaces y poderosos para tratar de 'solucionar' los problemas sociales más generales y más salientes 'a su manera'?" (22), tiene que ser respondida afirmativamente. Es una posibilidad, nada más, pero tampoco nada menos.

Sólo resta añadir esto: los regímenes autoritarios en nuestras naciones no han logrado sacarnos del subdesarrollo. Sin embargo, su desempeño deja una serie de huellas perceptibles, no solamente en cuanto a las heridas que abren, sino también

en lo que tiene que ver con el nuevo "juego" que inauguran. En palabras de O'Donnell: "La dinámica de este proceso sólo se detiene cuando y si la cada vez más sesgada distribución de recursos económicos, sociales y políticos se convierte en un obstáculo insalvable para poder seguir mostrando un desempeño gubernamental 'satisfactorio'. Pero en este punto el régimen autoritario-burocrático ha logrado uno de sus objetivos fundamentales: ha transformado radicalmente el estado del contexto social existente al momento de su implantación. Consecuentemente, debe ahora enfrentar una constelación de problemas enteramente diferentes (en la cual gravitara pesadamente el inmenso costo social incurrido) y un nuevo "juego político" es iniciado". (23)

El reto, para Venezuela, es evitar tocar fondo, y no verse forzada a reiniciar el juego político después de sufrir tan duras experiencias. ¿Lo lograremos? Quién sabe, pues, para citar de nuevo a Kissinger, "Un pueblo puede estar consciente de las consecuencias probables de una situación revolucionaria. Pero su conocimiento estará vacío si no puede reconocer una situación revolucionaria". (24) En ocasiones, como venezolano de hoy en día, presiento que el país se está enfrentando a una situación revolucionaria; pero se me ocurre que -posiblemente- no podré estar seguro de ello hasta que sea demasiado tarde.

El Escenario Revolucionario, el Escenario del Golpe Militar (y sus Variantes), el Escenario Cesarista, y el Escenario de la Conflictividad Endémica, La Reedición de la Ilusión Lírica. Desangramiento de la Democracia.

Si ya es suficientemente difícil y exigente procurar conocer el presente, mucho más complejo -y, quizás, en cierto sentido presuntuoso- es intentar vislumbrar el futuro. Semejante desafío intelectual se acentúa si se trata del porvenir posible, a corto plazo (1 a 2 años), de una sociedad en las condiciones de la Venezuela actual, sometida obviamente a una dinámica de "ultra-cambio" -en los términos empleados por Dror- (25), es decir, a transformaciones aceleradas e imprevisibles, que la sujetan a una dinámica nerviosamente incierta y constantemente propensa a salirse de los esquemas "normales". La nuestra es una sociedad que parece dispuesta a continuar arrojando, en el corto y mediano plazo, una continua sucesión de sorpresas, lo cual complica extraordinariamente las posibilidades de entrever lo que nos deparan los nuevos tiempos.

Ya David Hume, hace dos siglos, nos alertaba sobre las limitaciones de nuestro conocimiento, llegando a la conclusión de que un análisis epistemológico de lo que pretendemos conocer revela que no existen motivos racionales o bases ciertas para nuestros juicios; no tenemos, en síntesis, un criterio último y cierto para determinar cuáles de nuestros juicios acerca de áreas cruciales del conocimiento humano son verdaderos y preferibles a otros. (26) Si esto es así, conviene adoptar una actitud de sano equilibrio y de ponderación cuando pretendemos divisar el curso de eventos sociales sujetos a la influencia de múltiples y complejas variables.

A lo anterior se añade el hecho, estudiado en detalle por los analistas de inteligencia militar, de que las "señales" acertadas acerca de lo que puede pasar llegan a nuestro entendimiento a través de, y recubiertas por, filtros de "ruido", es decir, por un **background** de informaciones irrelevantes o distorsionadas, que oscurecen, confunden o sumergen aquellas otras señales que apuntan en dirección correcta. (27) En nuestro medio, en estos tiempos turbulentos, el "ruido" proviene desde incontables fuentes: medios de comunicación entregados a la explotación del escándalo, predominio de los rumores, informaciones ambiguas y contradictorias, presión inagotable de noticias confusas, todo ello envuelto por los prejuicios de la cultura de izquierda, que adereza la visión del mundo de la población de acuerdo a sus dogmas favoritos.

En este orden de ideas, hay que tomar igualmente en consideración que en el análisis de los fenómenos sociales juegan papel primordial los "paradigmas" o esquemas conceptuales que definen el marco de la investigación. Estos esquemas conceptuales y suposiciones analíticas son componentes indispensables en el arsenal teórico del investigador; no obstante, es importante sacarlos a flote -hacerlos plenamente conscientes-, y evitar que se hagan inflexibles, pues bien puede ocurrir que si una información novedosa tiende a cuestionar teorías y esquemas preestablecidos, la resistencia al cambio encuentra razones suficientes para obstruir y bloquear aspectos que chocan con los esquemas conceptuales vigentes.

Es común, en otras palabras, la tendencia a cerrar prematuramente los canales cognoscitivos, a rechazar información novedosa y a tratar de asimilar la nueva información dentro de esquemas preexistentes. Esta tendencia es mayor mientras más ambigua es la información, más confiado se encuentra el investigador acerca de la validez de sus teorías, y más intenso es su compromiso con los esquemas vigentes. A veces uno tiende a ver lo que **espera** ver, y en ocasiones uno tiende a ver lo que **quiere** ver. (28)

Estas reflexiones vienen al caso en relación al presente estudio, en particular cuando llegamos al punto de tratar de visualizar el rumbo que puede tomar la democracia venezolana en los próximos tiempos, por tres razones principales, que ahora recapitulo: 1) Conocer el presente es de por sí difícil, y lo es más intentar entrever el futuro. 2) Las "señales" que a diario recibimos sobre el curso de los eventos nos llegan recubiertas por un manto de "ruido" distorsionador y confuso. 3) Los intentos de divisar lo que puede ocurrir no están a salvo de la influencia de esquemas conceptuales que, en mayor o menor medida, enfocan la atención del investigador hacia determinados aspectos salientes en lugar de otros.

Dicho todo esto, debo sacar a flote las premisas claves de mi paradigma conservador, que -así confío- ha estado al menos implícito a lo largo de mi argumentación en este estadio. En primer término, parto de la premisa -para citar otra vez a Kissinger- de que el problema fundamental de la política "no es el control de la maldad sino la limitación del puritanismo" . (29) No creo en el radicalismo político ni en las revoluciones; no creo en las cruzadas moralizantes, y pienso que muchos en la petrodemocracia, que intentan vestir los ropajes de castos e

intachables ductores de la virtud republicana, no son otra cosa que impostores. No creo en los Mesías ni en los "salvadores de la Patria"

En segundo lugar, no espero mucho de la naturaleza humana. Creo que la política no es territorio apto para el idealismo, sino para un equilibrado andar hacia adelante, a través de reformas bien pensadas y cuidadosamente ejecutadas. La utopía y el puritanismo son las semillas de las tragedias políticas.

En tercer lugar, pienso que, con todos sus defectos, hay que defender un régimen democrático en Venezuela, e intentar en o posible, mejorarlo, sobre todo en lo concerniente a establecer un verdadero Estado de Derecho, pues lo que hoy tenemos en el país por tal no es más que una farsa, una simple charada, un inste y penoso sainete.

Veo por tanto el futuro en función del imperativo de **contener las tendencias anárquicas y dictatoriales que se mueven en el seno de nuestra sociedad**, preferiblemente a través del sostenimiento de un sistema político libre. Percibo a esta democracia -repito, con sus defectos y a pesar de ellos- como un **muro de contención** que debe ser apuntalado, pues Venezuela corre altísimos riesgos de que esa represa se agriete definitivamente y se desborde un torrente incontenible, que nos podría ahogar a todos.

No obstante, y por todo lo dicho en este libro, pienso que los chances de lograr ese apuntalamiento y avanzar en el mejoramiento de la democracia, son muy escasos. Mis puntos de vista sobre el camino que puede tomar el país en los próximos tiempos están marcados por el pesimismo. Desearía equivocarme, pero tengo que expresar mis opiniones con franqueza.

Son básicamente cuatro los escenarios que considero posibles para la evolución futura de la democracia venezolana, y los enumero en función de su menor a mayor probabilidad:

- 1) El escenario revolucionario.
- 2) El escenario del golpe militar (en dos variantes: "bolivariano-fundamentalista", y "de derecha").
- 3) El escenario cesarista.
- 4) El escenario del desangramiento de la democracia o de la conflictividad endémica ("salir del paso").

Rechazo de plano, por ingenuo y superficial, el escenario optimista, que reedita la "ilusión lírica" sobre la severamente herida petrodemocracia.

Es interesante constatar, en los únicos dos estudios recientes que conozco sobre el tema de los escenarios probables para la democracia, que ninguno de ellos toma en cuenta la posibilidad de una revolución en Venezuela. (30) Sin embargo, el hecho es que sí podría haberla, entendiéndolo por "revolución" un cambio radical del sistema político, motorizado por un amplio movimiento de masas, que sustituya no solamente el actual régimen democrático sino también el existente sistema de posicionamiento social y económico de los diversos actores y sectores del país.

Insisto: creo que se trata de un escenario poco probable, debido a tres razones principales: A) El temor de las masas a la violencia generalizada y la consecuente represión que puede acarrear. B) La ausencia de una "vanguardia"

revolucionaria orgánica y con un proyecto coherente de izquierda, capaz de conducir un estallido social hacia un objetivo claro, y de liderarlo con perspectivas de victoria definitiva. C) La fortaleza de la reacción militar -y de los Estados Unidos- ante la posibilidad de otra Cuba, o de otro Irán, en Venezuela.

Hace casi un año, en un artículo de prensa, esboqué una analogía entre el proceso iraní hasta el triunfo de Jomeini y la actual situación venezolana. (31) Destaqué entonces cinco temas básicos: A) El choque cultural de un proceso brusco de modernización económica sobre una sociedad esencialmente "tribal" como la nuestra (en el sentido que Popper da al término) (32), es decir, una sociedad basada en el proteccionismo, el corporativismo, las solidaridades subsidiadas, el temor a la competencia y el miedo a la libertad por parte de los individuos. B) La polarización aguda de la sociedad. En Venezuela, la mayoría es pobre y atrasada, y una decreciente minoría disfruta de las posibilidades efectivas de acceder a la modernización. Esa polarización de recursos no se traduce, no obstante, en polarización de expectativas, pues de hecho la mayoría de los venezolanos, no importa cuál sea su condición social, sigue alimentando expectativas más o menos similares en cuanto a aumentar rápidamente su calidad de vida, objetivo improbable en vista de las circunstancias imperantes y previsibles. C) La radicalización de amplios sectores y el fundamentalismo ideológico. Ya para 1992, al momento de los intentos de golpe, el país se había radicalizado en contra de las estructuras vigentes, adquiriendo de paso un compromiso psicológico con cualquier opción, incluyendo la violencia, que ofreciera alternativas a lo existente. Esa radicalización incluye también a buena parte de la clase media, así como a un nutrido grupo de intelectuales, que han dado legitimidad a los golpes. D) La conversión de un líder (el Sha en Irán, CAP entre nosotros) en objeto de todos los odios y en chivo expiatorio de todos los males. E) El recurso a un gobierno provisional y la ilusión del bonapartismo (o cesarismo) como salida a la crisis.

Así como existieron y existen analogías con el caso iraní, también hay relevantes diferencias: En nuestro medio, el factor religioso no juega papel central, y no tenemos un Jomeini que pueda canalizar las energías de masas en función de ese tipo de fundamentalismo ideológico. La izquierda insurreccional (al estilo de "Bandera Roja") tiene poca importancia; la izquierda democrática, representada por el MAS, no pareciera tener interés en revoluciones. La "Causa R", por su parte, es un movimiento sin norte definido, con elementos facistoides en lo ideológico y organizativo, lleno de tensiones internas, y, tal vez, temeroso de su vertiginoso crecimiento. Su porvenir es muy incierto, y no luce todavía como un verdadero actor revolucionario, con el potencial para darle una voltereta a la historia nacional.

A pesar de lo dicho, un escenario revolucionario no es del todo descartable para Venezuela. La historia podría darnos esa sorpresa.

El segundo escenario es el del golpe militar, que vislumbro en dos variables:

A) El golpe militar "bolivariano-fundamentalista": este escenario podría resultar, o bien -en primer término- de un continuo deterioro de la democracia, de un desempeño pobre del gobierno y de su creciente impopularidad, arrojando como consecuencia alta conflictividad social: huelgas, paros, acciones violentas de calle en

todo el país, y la decisión de otro Chávez de "salvar a la Patria"; o bien -en segundo lugar- de un "golpe de mano" o de palacio (**coup de main**), más en frío, como el del 4-F.

Un golpe bolivariano-fundamentalista provendría de la oficialidad intermedia de las Fuerzas Armadas, quizás con la participación de algunos oficiales superiores (como ocurrió el 27-N), y podría tener **consecuencias revolucionarias**, dependiendo de un conjunto de factores, entre ellos el empuje real de masas y el grado de radicalismo ideológico de los cabecillas del golpe.

De nuevo, aunque de ninguna manera imposible, se trata de un escenario relativamente poco probable, **por ahora**, en parte por las razones ya expuestas en cuanto al escenario 1, en parte debido a que la audacia de un Chávez y un Arias Cárdenas no es cosa común, en parte debido a que los mecanismos de seguridad del Estado presumiblemente han mejorado, y en parte debido a que los Altos Mandos militares se han venido esforzando en restaurar la disciplina tradicional de la institución.

B) El golpe militar "de derecha": los motivos que podrían llevar a este desenlace son parcialmente similares a los mencionados para el escenario del golpe militar "bolivariano-fundamentalista". La diferencia estriba en que serían los Altos Mandos militares, de tendencia más conservadora, los que liderarían el golpe, imponiendo lo que un estudio encargado por PDVSA denomina una "dictadura ilustrada", "orientada a implantar un crecimiento económico acelerado, sostenido y sostenible... compatibilizando las acciones del mercado y del Estado en lo económico. El resultado es un bienestar social en lo material creciente, bajo un régimen político fuerte, que no permite que la sociedad se organice para defender sus intereses y menos si estas organizaciones presentan indicios de movilización política". (33)

Nótese la contradicción entre, por un lado, la afirmación de que este escenario arrojaría un "bienestar creciente" (lo cual es obviamente un interés de la sociedad), y, por otro lado, la aseveración de que este régimen no permitiría "que la sociedad se organice para defender sus intereses". En todo caso, el punto es secundario, y parece claro que lo que se tiene en mente es un régimen parecido al de Pinochet en Chile, que produjo crecimiento económico, y, en alguna medida, bienestar social, a costa del aplastamiento de la libertad política.

Este escenario, aunque más probable que el del golpe "bolivariano-fundamentalista", encontraría fuertes obstáculos a corto y mediano plazo, tanto internos como externos, y difícilmente podría un régimen de este tipo sostenerse a menos que: A) surgiese como consecuencia de una anarquía generalizada y del clamor social por orden a cualquier costo, y B) contase con un proyecto político-económico coherente y de efectos positivos relativamente rápidos.

Si bien en este es el tipo de desenlace que plantea O'Donnell como probable para la crisis degenerativa del populismo (véase la sección anterior de este Capítulo), lo cierto es que **en Venezuela no hay "derecha" política, al menos por los momentos**. No existe un movimiento político importante con ideas de derecha, ni siquiera conservadoras; los intelectuales, con pocas excepciones, son de izquierda, y

los que no lo son, pocas veces se atreven a calificarse abiertamente como "de derecha" y actuar en consecuencia. El empresariado está desunido, es usualmente proteccionista y acomodaticio. Los militares, por su parte, están sujetos aun tan intenso ritmo de rotación, y a una edad de retiro tan temprana, que pocas veces pueden asentar un liderazgo, aun si poseen el instrumental ideológico para generar un proyecto político coherente. ¿Cómo puede haber un golpe de derecha si no existe una derecha política?

Claro está, en condiciones de descomposición acelerada y violenta del sistema, podría producirse el tipo de autoritarismo-burocrático que expone O'Donnell, con una alianza entre los Altos Mandos militares y los sectores tecnocráticos en el campo civil. No es imposible, pero, de nuevo, por ahora lo veo poco probable.

Cabe aclarar, de paso, que sería errado, aparte de injusto, identificar un pensamiento político conservador o "de derecha" con una propensión al autoritarismo. Al contrario, los verdaderos conservadores son celosos defensores de la libertad, entendida esta última como parte integral de un concepto de orden. Sin embargo, uso los términos con algo de flexibilidad, con fines prácticos, y para facilitar la exposición de las ideas.

El tercer escenario es el "cesarista", que otros preferirían llamar "fujimorista", o, tal vez, "bonapartista". En este escenario, el gobierno civil se hace crecientemente autoritario **desde adentro**, y acaba por establecer un Estado de Emergencia, de acuerdo con las Fuerzas Armadas, limitando seriamente las libertades democráticas y gobernando por decreto, a objeto de afrontar la inmanejable "constelación de problemas" del populismo y de cortar nudos gordianos políticos y socio-económicos, que no podrían ser resueltos en condiciones de normalidad institucional.

Conviene recordar que, al menos en teoría, una democracia puede ser cesarista y, sin embargo, continuar siendo democrática, pues lo esencial en la democracia es el respaldo de una mayoría relativa, y no los límites del poder gubernamental (esta última es más una preocupación "liberal" que "democrática").

Este escenario cesarista es abordado en el estudio de PDVSA, y denominado como "caudillismo improvisado". Se le describe así: "Un desprestigio acentuado de los partidos lleva al... Presidente a desarrollar una estrategia de mando basada en su vinculación política directa con las masas, y un retomo al intervencionismo estatal populista en la economía". (34)

A mi modo de ver, este escenario es más probable que los dos previamente expuestos (revolución y golpe militar). Desde luego, no estoy atribuyendo al actual Presidente y su equipo la intención de llevarlo a cabo. Se trata simplemente de señalar que la dinámica política de estos tiempos puede con facilidad conducir a un creciente autoritarismo por parte de un régimen agobiado por los problemas, y sujeto a la amenaza de una indetenible impopularidad.

No creo, sin embargo, que tal cosa suceda a corto plazo, y pienso que este gobierno hará todo lo que esté en sus manos para ganar un respiro, implementando medidas populistas que satisfagan a las mayorías. Pero más a mediano plazo, en un par de años a lo sumo, es casi inevitable que el deterioro de la economía se combine

con la agudización de la conflictividad social y el antagonismo opositor, abriendo mayores perspectivas para el cesarismo.

Los escenarios del golpe militar -en sus dos variantes-, y del cesarismo, son lo que McCoy llamaría "el escenario pesimista", que ella describe así: "En este escenario las crisis económica y política se profundizarán y, o bien resulta electo un autócrata demagogo, o triunfa un golpe de Estado militar. Este escenario podría ser causado por la inercia o por una explosión social. La ruta de la inercia implica que un estancamiento político continuo impide la firme capacidad de toma de decisiones que se requiere para enfrentar la carestía económica cada vez más profunda, e impedir el aislamiento total del Presidente en lo que resta de su mandato... El escenario pesimista implica que Venezuela todavía no ha llegado al fondo de su crisis, y que solamente después de que llegue a esos niveles surgirá la motivación necesaria para un cambio positivo y de significación". (35)

Por supuesto, hay importantes diferencias entre los escenarios golpistas y el cesarista, en particular, que este último tendría una carga de represión relativamente menor.

El cuarto escenario que propongo para el análisis es el del "desangramiento de la democracia", o "escenario de la conflictividad endémica", que no es otra cosa que la continuación de lo que hemos venido viviendo estos pasados años, sin rupturas bruscas y decisivas. Es lo que McCoy llama "salir del paso" o "escenario de la supervivencia": "el sistema democrático sobrevivirá, pero no se afianzará ni será capaz de resolver los apremiantes problemas nacionales". (36)

Considero que éste es el escenario más probable de evolución de la democracia venezolana en los tiempos venideros: proseguirá el empobrecimiento de las mayorías; los servicios públicos seguirán su ruta descendente; la economía decrecerá o crecerá poco, de forma poco sana; aumentará constantemente la inflación así como la devaluación de la moneda; la conflictividad social pendulará sistemáticamente de acuerdo a los meses del año; la política se moverá entre la apatía, la torpeza, y el escándalo, y los medios de comunicación mantendrán sus altos niveles de "rating", transmitiendo al público las tumultuosas incidencias de esa especie de circo imprevisible que ha generado la decadencia del populismo en Venezuela.

Conviene aclarar, por cierto, que si bien el conflicto es parte integral de la sociedad abierta, libre, y democrática, acá no me refiero al nivel de conflictividad "normal" que -en líneas generales-existió en Venezuela cuando el petróleo "daba para todo", sino al nivel mucho más elevado y crítico de conflictividad que hemos experimentado a partir de 1989.

¿Pesimista?, sin duda; ¿equivocado?, los hechos darán la respuesta. Lo que ciertamente no creo que nos aguarde es un "escenario optimista", "en el cual el continuo desarrollo de la sociedad civil impone desde abajo la autotransformación de los partidos políticos y del estilo de toma de decisiones en modelos más descentralizados y participativos. En este escenario un pacto social reestructurado entre el Estado y la sociedad minimizaría las expectativas de los ciudadanos en cuanto a lo que el Estado puede proveer. Así mismo, un proceso de toma de

decisiones más consultivo incorporaría a otros actores sociales y económicos al diseño de las políticas públicas, y abriría un debate sobre una estrategia de desarrollo a largo plazo que pueda enfocar tanto el crecimiento económico como las exigencias sociales". (37)

Confío que todo lo dicho hasta ahora en este estudio sea suficiente para que el lector sepa por qué creo que semejante escenario "optimista" es fruto de los buenos deseos, más que de un análisis descamado de la actual realidad venezolana, así como de las causas profundas de la situación imperante. Semejante optimismo no es sino una reedición de la "ilusión lírica" respecto a la democracia populista, sólo que en circunstancias muchísimo menos favorables para tales vuelos de la fantasía.

Lo que probablemente nos espera, en síntesis, es el desangramiento de la democracia, que puede, o no, tomar años, hasta que se abran nuevas perspectivas, para bien o para mal.

Consideraciones Finales

El día 3 de marzo de 1994 (escribo esto diez días más tarde), apareció en el diario **El Universal** de Caracas un extenso artículo de Alberto Quirós Corradi, conocido hombre público y destacado representante de lo que podríamos denominar la élite tecnocrático-política del país. En este estimulante análisis de los escenarios que, a su modo de ver, se abren para Venezuela en los próximos tiempos, Quirós Corradi alcanza la conclusión, aunque no la haga totalmente explícita, de que lo menos indeseable para el país sería una "sacudida institucional" o "dictadura civil", con apoyo popular, político (restringido) y militar.

Según Quirós, en este escenario, el actual Presidente de la República, "cuanto antes convoca a los partidos políticos y a las instituciones de poder de la sociedad civil y pide (exige) poderes extraordinarios para gobernar por decreto por un tiempo determinado. Durante ese período se suspenderán las actividades del Congreso Nacional y algunas garantías constitucionales. Las Fuerzas Armadas, ante la disyuntiva de tener que intervenir, a corto plazo, en forma represiva para mantener el orden público, que ya empieza a deteriorarse, o tomar por la fuerza el poder, deciden apoyar al Presidente de la República en su solicitud. Por lo menos uno de los tres partidos de la oposición aprueba la medida. Caldera convoca entonces un gobierno de entendimiento nacional, en el cual son llamados, y están dispuestos a colaborar, los mejores. Se abre un paréntesis de espera por parte de la población, que ahora siente que puede ser gobernada con eficiencia y pulcritud, dadas las condiciones morales del Presidente y la variedad de tendencias ideológicas y sectores representados en el Gabinete. No todo es siempre armonía y, probablemente, no se produzca un milagro de recuperación económica. Pero la ausencia de presiones partidistas y la profesionalización del Gabinete tenderán a la elaboración de un presupuesto nacional sincero, a una reducción de la inflación y del déficit fiscal mediante la toma de medidas urgentes y, a veces, desagradables y no populares.

Pero esas son, precisamente, las medidas necesarias para empezar a resolver la crisis". (38)

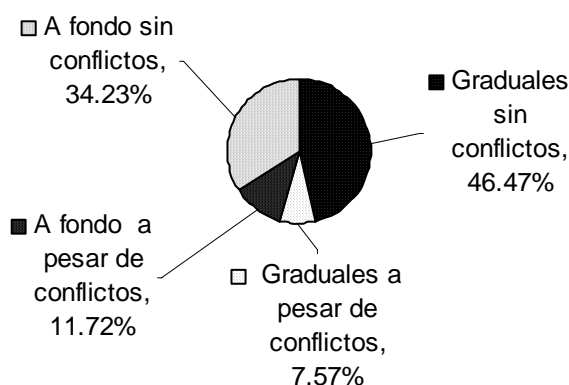
Estoy seguro de que al lector de los párrafos citados no se le escapa que, despojado de artificios, lo que dibuja Quirós se asemeja en lo esencial al "escenario cesarista" descrito en la sección previa de este estudio. Estoy seguro, también, de que Quirós lo plantea como "salida" con las mejores y más patrióticas intenciones. Quirós señala varios de los principales obstáculos que se interponen en el camino de esa dictadura civil, y se interroga si, después de establecido el nuevo sistema, el Presidente y los Mejores" tendrán" el talento y el aliento de largo plazo necesarios para imponer los cambios institucionales requeridos". (39)

No explica, sin embargo, Quirós quiénes son los "mejores" y qué es lo que realmente piensan sobre el destino que debería seguir Venezuela. Como es sabido, la idea de un gobierno de los "mejores" se esboza inicialmente en La República de Platón, en base a la figura del "filósofo-rey" En ese caso, los "mejores" son los que, supuestamente, más saben; en el escenario de la dictadura civil cabe pensar que los "mejores" son los tecnócratas de que habla O'Donnell, cuya participación política directa indicaría la inauguración de un tipo de régimen burocrático-autoritario.

Algunas encuestas muestran que el público, en su mayoría, desea cambios profundos en la vida nacional, pero a la vez quiere que éstos tengan lugar con un mínimo de conflictos.

TABLA No 6

DESEABILIDAD DE LOS CAMBIOS



Fuente: Data Sigma, Nov. 1993

Los datos de la Tabla 6 no son sorprendentes. Difícilmente la gente hace explícita una vocación de violencia o conflicto, y busca la paz y la seguridad. No obstante, el proceso venezolano nos arrastra hacia cada vez más agudas manifestaciones de conflicto y lucha social. Estamos transformando la política democrática, que en su esencia exige un control de los conflictos y consideración y respeto hacia los oponentes, en un terreno de confrontaciones totales e implacables.

En palabras de García Pelayo, estamos llevando la pugna política venezolana a un grado de totalización e intensidad en el cual se sustituye la perspectiva racional por la perspectiva mítica, "i) para hacer del adversario el compendio de las peores cualidades de todo orden: el enemigo es malo, innoble, odioso, feo, torpe... inmoral, falaz, etc., y como contrapunto necesario puesto que somos su negación radical; ii) para convertirnos nosotros mismos en el compendio de las óptimas cualidades; iii) para generalizar esta bipolaridad -muy especialmente en momentos de fuerte tensión- hasta comprender dentro del campo adversario a todos los que no estén con uno mismo..." (40) Dicho en otros términos, en nuestra actual política democrática se cumple el **dictum** de Cari Schmitt según el cual, el elemento característico de la política es la distinción entre "amigo" y "enemigo" (41). Venezuela se está convirtiendo en una nación de enemigos.

Dice también García Pelayo que "Una crisis está constituida por la pérdida de vigencia de los supuestos... sobre los que se asienta una sociedad y, por eso, si se quiere comprenderla es necesario ir a las raíces, raíces que se extienden en el suelo de la historia... por eso, no es un azar que debamos a los grandes momentos de crisis un florecimiento del pensamiento histórico... en las épocas de crisis el hombre se siente inseguro, se halla desorientado y, en consecuencia, el primer problema que se le plantea es saber donde está. Lo único que puede darle una respuesta es la historia..." (42)

Por extraño que parezca, si bien estos tiempos venezolanos son obviamente tiempos de crisis, no se percibe todavía un "florecimiento" ni del pensamiento histórico ni de ningún otro tipo de reflexión verdaderamente profunda sobre la turbulencia que nos acosa. Al contrario, la simple lectura de las páginas de opinión de la prensa pone de manifiesto una gran pobreza intelectual, el ánimo hostil, y el propósito destructivo y revanchista que, en conjunto, hacen de estos momentos unos de los más desafortunados y desalentadores que podamos recordar los hombres y mujeres de mi generación.

Ignoro sinceramente si seremos capaces de salir del atolladero al que nos han llevado la miopía y la insensatez políticas, combinadas con el agotamiento del maná petrolero. Lo que sí es claro es que existe un enorme vacío de liderazgo en el país, en todos los órdenes. Predomina una cultura del odio, de la denuncia, de la acusación, del señalamiento, de la persecución y de la destrucción de hombres e instituciones. Los medios de comunicación, tal vez sin proponérselo deliberadamente, se dedican de modo sistemático a estimular esas tendencias de odio social y de cuestionamiento radical a los pilares básicos del "pluralismo tutelar",

sin ofrecer ninguna opción positiva hacia adelante. Se cuece un caldo oscuro e indigerible para la alimentación de un pueblo que, sin duda, sufre la crisis, pero sólo la observa a través de tinieblas.

El nuevo gobierno, que apenas comienza, ha entrado a la palestra dando tumbos. Difícilmente el plan fiscal presentado en marzo por el Ministro de Hacienda, Julio Sosa Rodríguez, será capaz de amortiguar la caída libre de una economía enferma como la nuestra. Se presume que este nuevo "paquete" fiscal generará alrededor de 400 mil millones de bolívares adicionales para las arcas del Estado; sin embargo, estimaciones conservadoras calculan el "hueco" fiscal restante en no menos de 700 mil millones. También anunció el gobierno un recorte del gasto de unos 105 mil millones, pero las demandas de gasto extra no presupuestado son tres veces superiores. De paso, es muy probable que las estimaciones acerca de la baja en los precios petroleros este año, así como en la recaudación del impuesto sobre la renta interna, se hayan quedado cortas, todo lo cual conforma un cuadro peculiarmente negativo. Este nuevo "paquete" es un remedio de escasa potencia, al que no pueden augurársele, lamentablemente, mayores éxitos. (43)

Entretanto, prosigue la política de las paradojas: salen en libertad, convertidos en héroes, y en ocasiones recibidos por el propio Presidente de la República, los líderes de los intentos de golpe de Estado del 92. Nadie reclama, nadie recuerda a los muertos del canal 8 de televisión, o a los soldados acribillados cerca de Miraflores. El famoso "hombre de la franela rosada", que apareció en las pantallas de TV el 27-N blandiendo un fusil y amenazando al país entero con la violencia, anda libre, por gracia del Presidente. Nadie recuerda al vigilante desarmado de Venezolana de Televisión, brutalmente asesinado mientras pedía clemencia de rodillas... La sociedad calla, y los periódicos exaltan a los golpistas como héroes.

La democracia venezolana está huérfana. Los hechos así lo están demostrando, y posiblemente no falta demasiado tiempo para que la evidencia no deje lugar a dudas. La dinámica de la irracionalidad y la marcha de la decadencia se aceleran a pasos agigantados. Los partidos políticos tradicionales siguen deteriorándose, y los nuevos movimientos son incapaces de articular cualquier proyecto que no sea el de la denuncia metódica de todo y de todos. Copei y AD, dejados atrás por una insensatez que no pertenece a su naturaleza, ceden paulatinamente a la tentación de imitar a los radicales, o en todo caso guardan silencio, chantajeados por los vociferantes y puritanos de pacotilla que pululan por todas partes, convertidos en grandes figuras por los medios de comunicación social.

La imagen del país que algunos soñamos, de un país básicamente similar a las democracias avanzadas de Europa y el norte de América, se diluye y desgarras más y más en el horizonte, dejando un sabor amargo en la boca, y la infinita decepción de las esperanzas perdidas...

NOTAS

- (1) M.I. Purroy y R. Espinasa, "Balance 1991. Perspectivas 1992", SIC, enero-febrero 1992, p. 8.
- (2) Ibid.
- (3) M.I. Purroy, "Balance 1992. Perspectivas 1993", SIC, enero febrero 1993, p. 4.
- (4) Teodoro Petkoff, "Acuerdo social y político o caos". **El Diario de Caracas**, 14-02-94, p. 6.
- (5) Debo estas ideas al economista Roberto Dubuc.
- (6) M.I. Purroy, "Perspectiva económica en 1994", **El Diario de Caracas**, 03-02-94.
- (7) Ibid.
- (8) Citado en R. Dombush y S. Edwards, "La Macroeconomía del Populismo en América Latina", **El Trimestre Económico**, México, No 225, 1990, pp. 151-152.
- (9) Rómulo Betancourt, **Tres Años de Gobierno Democrático**, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1992 Tomo II, p. 215.
- (10) O'Donnell, ob.cit., p.21.
- (11) Ibid., p. 22.
- (12) D. Apter, **The Politics of Modernization**, The University of Chicago Press, Chicago, 1965.
- (13) Véase, A. Keller, **Actitudes y Demandas de los Consumidores de Comunicación**, Ponencia, Caracas, 1994 (mimeo).
- (14) Véase el resumen de J.C. Rey, "Regímenes Autoritario-Burocráticos Latinoamericanos", en, **Problemas Sociopolíticos de America Latina**, Editorial Ateneo de Caracas-Editorial Jurídica Venezolana, Caracas, 1980, p.183.
- (15) Ibid., p. 184.
- (16) O'Donnell, ob. cit., p. 86.
- (17) Ibid., p. 72.
- (18) Rey, "Regímenes...", ob. cit, p. 182.
- (19) Ibid., p. 184.
- (20) O'Donnell, ob. cit., p. 99.
- (21) Ibid., p. 215.
- (22) Ibid., p. 91.
- (23) Ibid., p. 120.
- (24) H.A. Kissinger, **Un Mundo Restaurado**, FCE, México, 1973,p.421.
- (25) Yehezkel Dror, **Ventures in Policy Sciences**, Elsevier, NewYork, 1971, pp. 95-221.
- (26) Sobre este tema, véase mi libro **La Sorpresa en la Guerra y la Política**,

- Editorial Panapo, Caracas, 1992, pp. 33-46.
- (27) Ibid., p. 54.
 - (28) Ibid., pp. 49-53.
 - (29) Kissinger, ob. cit., p. 267.
 - (30) Me refiero al estudio de J. McCoy, ya citado, y al estudio encargado por PDVSA, titulado **Escenarios Nacionales a Mediano y Largo Plazo**, Junio de 1993.
 - (31) A. Romero, "Venezuela y la analogía iraní". **El Diario de Caracas**, 17-08-93.
 - (32) Véase, Karl Popper, **The Open Society and Its Enemies**, Routledge & Kegan Paul, London, 1969, Vol. I, pp. 171-183.
 - (33) PDVSA, ob. cit., p. 40.
 - (34) Ibid.
 - (35) McCoy, ob. cit., p. 25.
 - (36) Ibid., p. 24.
 - (37) Ibid., pp. 22-23.
 - (38) A. Quirós Coradi, "Las opciones del fracaso", **El Universal**, 03-03-94, p. 2-2.
 - (39) Ibid.
 - (40) M. García Pelayo, **Obras Completas**, ed. cit., Vol. III, p.2744.
 - (41) C. Schmitt, **El Concepto de lo Político**, Alianza Editorial, Madrid, 1991, pp. 49-106.
 - (42) M García Pelayo, ed. cit., Vol. III, PP. 2494-2495.
 - (43) M.I.Purroy, "El paquete tributario", **El Diario de Caracas**, 12.03-94

IV. APÉNDICES

Aquellos polvos trajeron estos lodos
El Universal, 23 de junio de 1998

Leí en alguna parte que los franceses se percataron de que estaban inmersos en una revolución, varios años después de la Toma de La Bastilla. Tal vez nos ocurre algo semejante a los venezolanos de hoy. Tal vez aquí comenzó una especie de revolución en 1992, y sólo ahora se inicia la toma de conciencia histórica al respecto. Tal vez el panorama nacional que se vislumbra en los próximos meses lleve a su culminación ese proceso, cuyas hondas raíces y perdurable significado exigen tiempo para madurar en nuestro espíritu.

De comprobarse la conjetura esbozada (es decir, que atravesamos por tiempos revolucionarios) dos son los eventos clave que definieron su comienzo: el golpe de Chavez y su inmediata legitimación por parte de Rafael Caldera. En cuanto a lo primero, un ligero vistazo a nuestra historia muestra que el ex comandante no hizo más que añadir un episodio adicional a la extensa sucesión de actos violentos que plagan nuestra existencia política. El caso de Caldera, por su parte, tuvo alguna originalidad, viniendo de tan prestigioso prócer de nuestra mitología republicana. Es obvio, a la luz que otorga el paso de los años, que Caldera justificó el golpe de Chavez en su famoso discurso televisado, contribuyendo así a adornar con aureola de virtud el zarpazo militarista.

Desde luego, los apologistas de nuestro primer mandatario sufren horrores cuando escuchan semejantes "blasfemias", pero no está mal que reciban un poco de amarga medicina. Más intragable se pone este aceite de ricino verbal cuando se les recuerda que, si aplicamos los mismos criterios entonces empleados por Caldera para minimizar la culpa chavista, otro golpe de Estado estaría más que justificado en las presentes circunstancias, cuando la corrupción, el hambre, la mentira y la incompetencia gubernamentales se han enseñoreado de Venezuela. Caldera dijo: "No se le puede pedir a un pueblo hambriento que apoye la democracia". Si eso fue verdad en 1992, ¿Por qué no también en 1998?

Resulta saludable traer a la memoria esos eventos, para no quedarse totalmente sin brújula ante lo que ahora ocurre y puede todavía ocurrir. Lo que resta es rogar que no pase lo peor, y extraer algunas lecciones de lo acontecido. Por ejemplo, un nuevo gobierno que no aspire pasar cinco años en medio de la decadencia y la rabia, tendría a toda costa que buscar dos cosas, destruidas por los virtuosos que ahora nos mandan. En primer término, es imperativo recuperar una sana idea de justicia. En segundo lugar, es fundamental desarrollar una política de amplitud y unidad entre los venezolanos.

De los muchos errores y fracasos que la historia imputará a Caldera y sus colaboradores, quizá lo más grave tenga que ver con la manipulación y degradación de la idea de justicia bajo su gobierno. En estos años **se corrompió la idea misma de justicia**. Las persecuciones y odios calderistas no se llevaron a cabo por justicia sino por venganza. Si alguna cosa acabó por desnaturalizarse en Venezuela, esa no es otra que el Estado de Derecho (o lo que del mismo quedaba). Un gobierno distinto debería procurar a toda costa el desarrollo de una política de unión, reconciliación y armonía entre los venezolanos. El actual Gobierno ha actuado en función de dividir, de separar, de distinguir entre "buenos" (conmigo) y "malos" (contra mí), de escindir

el país entre "amigos" y "enemigos", de pasar facturas y encerrarse en una trampa mental de rencores y pequeñeces. Venezuela requiere un período de reunificación y de canalización de esfuerzos conjuntos hacia un mejor futuro.

Como diría J. R. Pocaterra, se me genera una "vasta carcajada" cuando escucho que el gobierno de Caldera logró "la paz social". ¿Qué significa semejante cosa?, me pregunto. ¿Acaso que no hayan bajado aún los pobres de los cerros a quemarles las casas a los habitantes de las urbanizaciones caraqueñas? No solamente hemos vivido cinco años de gran violencia social, traducida en brutal empobrecimiento para la mayoría de la población, sino que a ello se ha agregado la incontenible decepción de todo un pueblo, que se sabe engañado por los "virtuosos", por los que ofrecieron una cosa en el 93 e hicieron otra en el 96, por los que ahora se aterrorizan ante la amenaza que enarbola el resentimiento de mucha gente, que han colocado a Chávez donde se encuentra, y se preparan a reclamar lo que consideran les pertenece.

De aquellos polvos de 1992-1993 surgieron los lodos que nos alcanzan este año de 1998, año pleno de incertidumbres y curtido de miedos. En tal marco político, no merece la pena perder demasiado tiempo catalogando las torpezas del Gobierno que agoniza, sumido en desilusiones. Sólo resta esforzarse para, en lo que sea factible, abrir puertas a un porvenir menos triste, menos hipócrita, más alentador para las nuevas generaciones.

¿Es que acaso hay élites en Venezuela?

El Universal, 7 de julio de 1998

En un reciente artículo de prensa. Ramón Piñango se quejaba, con sobradas razones, del cinismo de nuestras presuntas élites, que ahora -una vez que "los abandonados las abandona-ron"- ponen sus esperanzas en la abstención electoral de los desposeídos. Comparto los puntos de vista expuestos con lucidez por Ramón. No obstante, quisiera ir a un paso más allá y plantear lo siguiente: En Venezuela no hay verdaderas élites; lo que tenemos son grupos de poder y privilegio, que es algo diferente. No se trata de un problema semántico, sino de una cuestión sustantiva. El concepto de "élite" tiene necesariamente un contenido normativo y no meramente descriptivo. Las élites en una sociedad determinada son tales, no sólo por el lugar especial que ocupan en razón de su posición socioeconómica, manejo del poder político, y acceso al conocimiento; las élites son tales por la función que llevan a cabo en la sociedad.

En este sentido, puede hablarse de la existencia de élites cuando las mismas cumplen el papel de procurar activamente la adaptación de sus sociedades a los nuevos retos, generados por un entorno dinámico, así como la armonización entre los valores de la sociedad y las realidades que la definen. Las élites abren opciones creadoras al colectivo, opciones que se convierten en contextos institucionales estables. Todas las naciones modernas tienen en su seno grupos de poder y privilegio; no todas ellas, sin embargo, tienen élites.

El caso venezolano es paradigmático, ya que si algo nos ha faltado como pueblo a lo largo de nuestro devenir, han sido élites. En sus importantes estudios históricos, Germán Carrera Damas se refiere de modo sistemático a una "clase dominante" en el país, que entre otras cosas -a su manera de ver- ha utilizado el culto a Bolívar como "palanca para el control político del pueblo". Dudo mucho que podamos hallar a esa "clase" en la petrodemocracia. Lo que tenemos, insisto, son grupos de poder y privilegio (económico, social y político), cuya principal característica es su naturaleza parasitaria y la claudicación en su posible papel como élites.

Podría tal vez argumentarse que la generación fundadora de la petrodemocracia fue una élite, en el plano político y en un sentido normativo. Igual razonamiento podría hacerse en relación a la que llevó a cabo la Independencia. En cuanto a esta última, y a pesar de los esfuerzos de Bolívar y otros próceres, la cruda verdad es que no lograron conducir el proceso hacia un esquema institucional que diese estabilidad y prosperidad al país, una vez concluida la guerra. Por otra parte, los fundadores del puntofijismo siguen siendo testigos de una ineludible realidad: su montaje institucional sólo funciona si el dinero del petróleo le alimenta; de lo contrario, no marcha. Dicho con otras palabras, el nuestro es un sistema político que se sostiene por razones utilitarias, no normativas. De allí que el Estado de Derecho sea menos importante que el cobro quincenal en la taquilla del Gobierno.

El actual panorama nacional presenta inequívocos síntomas de la inexistencia de élites en la sociedad, y de la agudización del parasitismo y abandono de cualquier compromiso con el colectivo por parte de los grupos de poder y privilegio. De hecho, empezamos a comportarnos como los aterrozados pasajeros de un "Titanio" condenado al naufragio. Ello se observa en el plano político, y también en lo que respecta a los denominados "sectores productivos", con las contadas excepciones que siempre existen.

En lo que toca a los intelectuales, que también constituimos un grupo privilegiado por nuestro acceso al conocimiento, creo que una severa autocrítica está a la orden del día. Si bien es cierto que algunos han tenido el coraje de alertar sobre el peligroso rumbo en los tiempos, también es verdad que casi todos hemos sucumbido a lo que podríamos llamar (ojalá sepa explicarme) *el chantaje democrático*. Deseo con ello manifestar el miedo que muchas veces experimento ante el camino que transitamos, miedo que me impide llegar demasiado lejos en la crítica a este sistema político, no vaya a ser que contribuyamos a hundirlo definitivamente y sustituirle luego por algo todavía peor.

A pesar del miedo, resulta inocultable que la petrodemocracia tiene vicios ya intolerables, y que las cosas están llegando a un punto decisivo, un punto que exige cambios fundamentales en nuestro marco institucional y esquema económico. He intentado argumentar a favor de una ruta de cambios democráticos en paz. A estas alturas del juego, lamento admitirlo, tengo la impresión de que una alternativa semejante se desdibuja y debilita día a día. Sin élites, Venezuela se enfrenta a un porvenir desalentador.

Caldera: anatomía de un fracaso

El Universal, 21 de julio de 1998

El ineludible fracaso de Caldera se traduce en términos sociales y económicos, pero sus raíces fundamentales son políticas. Precisar esto tiene importancia a objeto de extraer las lecciones adecuadas de estos cinco penosos años, y de ese modo evitar errores semejantes en el futuro. Es cierto que la gigantesca decepción que ahora experimentamos los venezolanos, se sustenta en la constatación de la grave crisis económica que padece el país, así como de la fragmentación del tejido social a causa del empobrecimiento colectivo, el derrumbe de la educación, la salud y la seguridad de la ciudadanía. Ahora bien, en buena medida el rumbo político que desde la propia campaña electoral de 1993 tomó Caldera, constituye la semilla primigenia de la patética decadencia en que culmina su gobierno, para desgracia de millones.

Caldera decretó su ulterior fracaso desde 1992, cuando trazó un camino de demagogia y odio. Su campaña electoral, como entonces algunos advertimos, se construyó sobre una oferta ilusoria, que implicaba necesariamente la ejecución de un programa populista. Además, Caldera formuló su sendero en función de la división entre los venezolanos, de la conversión de nuestra vida pública en un escenario de confrontación falsa y artificiosa de "virtuosos" y "villanos", que eran separados por su adhesión o rechazo a un hombre que retornó al poder llevado de la mano del azar.

El año 1994 fue testigo de uno de los más oscuros, negativos y costosos desbordamientos de odio gubernamental que se haya visto en la Venezuela moderna. Las persecuciones se pusieron a la orden del día, los abusos, la arbitrariedad, la violación de los derechos de las personas, y la exposición al escarnio público sin posibilidades de defensa, de aquellos a quienes los dueños del Estado colocaban en su lista de retaliaciones. Durante ese tiempo, el escaso imperio de las leyes que acá ha existido precariamente, sucumbió ante los zarpazos de un poder casi ilimitado, que fue ejercido con criterio de venganza.

Adicionalmente, las atrasadas ideas económicas de Caldera y su equipo generaron, entre 1994 y principios de 1996, un deterioro tan severo del aparato productivo, que no les fue posible nunca más levantar cabeza. El manejo torpe y posible-mente ilegal de la crisis financiera, se convirtió en una especie de maldición, que todavía hoy persigue al Gobierno. Casi cinco años después de esa crisis, la banca sigue enferma, y la desconfianza se ha convertido en un virus crónico. La demagogia y el odio no cesaron luego del viraje económico de 1996. El daño estaba hecho, y el curso posterior de los eventos, hasta el día de hoy, ha puesto de manifiesto que ese daño era irreparable y perseguirá a Caldera hasta el último día de su mandato.

Las lecciones de esta experiencia son claras e inequívocas. Sólo una política de unidad y reconciliación entre los venezolanos, una política desprovista de odios y de revanchismo, puede permitirle a un nuevo gobierno dar inicio a una etapa de

reconstrucción nacional, aun en medio de la severa crisis y el hondo malestar que deja como herencia el actual Gobierno. La imperiosa necesidad de una política de esta naturaleza, es decir, de unidad y reconciliación nacionales, es precisamente lo que más temores me suscita con respecto a la candidatura de Hugo Chávez. En efecto, el candidato del MVR y otras agrupaciones, en diversos sentidos repite la experiencia calderista, y en algunos aspectos la agudiza. Chávez también tiene una prédica de odio y retaliaciones, y su mensaje en materia económica está impregnado de elementos populistas tan anacrónicos como los enarbolados por Caldera en 1993.

La prédica chavista, al menos hasta ahora, no augura un rumbo de unidad, reconciliación y convivencia pacífica entre los venezolanos. Por el contrario, y al igual que Caldera, Chávez también divide a sus compatriotas en virtuosos y villanos, y su mensaje puede inevitablemente conducirle a acrecentar las tensiones en una sociedad ya en extremo escindida. Por otra parte, cualquier programa populista en el terreno económico no hará sino profundizar el proceso de empobrecimiento que aqueja a la gran mayoría de la población, dificultando a su vez cualquier alternativa de recuperación futura.

Si el actual gobierno de Caldera estuviese más lejano en el tiempo, sería quizás perdonable que olvidásemos las lecciones que del mismo se desprenden. Pero Caldera sigue allí, con su enorme fracaso sobre los hombros; podemos observarle con toda frialdad, y evitar su camino de desaciertos. Con base en el populismo, las persecuciones políticas y los odios sociales, no habrá gobierno exitoso posible. Ignoro si Hugo Chávez, quien en estos momentos comanda los sondeos de opinión, será capaz de entenderlo así, viéndose en el espejo de Caldera. Pero el espejo está allí, y su contundente fracaso no debería dejar lugar a dudas.

¿Seremos capaces de admitir la verdad?

El Universal, 29 de septiembre de 1998

Las venideras elecciones, la hipotética constituyente, y la gestión de un nuevo gobierno pueden marchar mediana-mente bien o atrocamente mal. Nada de ello, sin embargo, se compara en importancia a la cuestión central que enfrenta Venezuela en este tiempo decisivo: ¿Seremos o no capaces los venezolanos de comprender y admitir la verdad de nuestra actual condición? Esa verdad no pareciera ser otra que la siguiente: Estamos culminando el siglo XX, y aprestándonos a ingresar al nuevo siglo, en medio de un severo fracaso nacional, a lo que se suma la patente realidad de que ya no es posible continuar viviendo del petróleo, y se impone un enorme esfuerzo colectivo, a largo plazo, para transformarnos, si pretendemos alcanzar un futuro mejor.

Me temo que esa verdad sigue siendo difícil de entender para muchos, y casi imposible de admitir para la mayoría. De allí que estemos luchando a brazo partido para evadirla, en esta ocasión, a través de la coartada de otra constituyente. No me cabe duda que, en términos de su significado histórico profundo, el espejismo constituyente es una forma de evasión, un intento de escapar del problema

fundamental que nos acosa y reclama nuestra respuesta. Ese problema no tiene que ver con ninguno de los asuntos generales y abstractos de naturaleza político-jurídica que han esbozado los diversos pro-motores de la constituyente. Ese problema tiene que ver con la imperiosa necesidad de dismantelar el podrido armazón del populismo, despertar a la realidad del mundo globalizado, y colocar a la sociedad y economía venezolanas, sin disfraces y engaños, ante el reto de cambiar radicalmente en la dirección de la productividad y la competencia.

Todo lo que nos aleje de ese propósito clave no será más que fuegos de artificio. **Nuestro principal desafío es de adaptación**, en primer término al hecho ineludible de que el petróleo ya no es capaz de sustentarnos; en segundo lugar a la verdad inocultable de que el resto del mundo no va a esperar por nosotros. O respondemos al reto, o continuamos avanzando por el rumbo de empobrecimiento que nos agobia. Nadie, ninguna de las personas que agita la bandera constituyente, está focalizando el problema acá esbozado. Nos hablan de fórmulas etéreas de reforma político-institucional, quizás útiles para complacer nuestro apego al formalismo jurídico y posibilitar que algunos "próceres" satisfagan sus ansias de pronunciar discursos. Son, no obstante, fórmulas totalmente insuficientes para confrontar a los venezolanos con la dura e inexorable verdad con que culminamos el siglo. Nadie, ninguno de los que procuran algún tipo de liderazgo en estos tiempos decisivos, está aclarando esa verdad, tal vez porque intuyen que millones de venezolanos no desean escucharla, y prefieren refugiarse en la sed de revancha y la seducción de los espejismos.

Seguimos huyendo, y para ello recurrimos a la constituyente, una fórmula político-institucional decimonónica. Resulta triste contemplar a Venezuela en su actual coyuntura histórica. No le faltaba razón a Picón Salas cuando sostuvo que nuestro país ingresó al siglo XX en 1936, y tampoco es insensato sostener que, por el camino que llevamos, entra-remos también al siglo XXI con décadas de atraso, tiempo que tal vez podría tomarnos admitir la verdad que nos acorrala.

Es deplorable que el país haya caído en la trampa de concentrar el debate en torno a un mecanismo que en lugar de enfrentarnos con la verdad, funciona como instrumento para alejarse de ella. La propuesta inicial del chavismo sobre la constituyente, no fue sino una manera de ocultar la ausencia de un programa de gobierno (ausencia que se hace cada día más evidente), y de evadir respuestas ante las apremiantes exigencias de la crisis nacional. Desafortunadamente, a la coartada chavista se vienen sumando voces que añaden leña a la hoguera de confusión y escapismo que consume a la nación. Estamos permitiendo que las venideras elecciones tengan lugar sumidas en un casi total vacío programático, en medio de una temeraria ausencia de propuestas concretas y prácticas frente a una contundente verdad: ya no podemos seguir viviendo del petróleo; si no cambiamos continuaremos empobreciéndonos; no hay manera de salir adelante sino a largo plazo, pero hay que empezar ya y pensar de manera prioritaria en las nuevas generaciones. Venezuela no es especial ni "Dios es venezolano". Es esencial despertar del sueño populista; lograr, por ejemplo, que los niños vayan más días a clases, tener menos asuetos, ser más productivos, admitir la competencia, cultivar la

libertad y el respeto a los demás, tomar la vida, el trabajo y las leyes más en serio. O la hacemos, o proseguiremos la caída hacia el abismo tercer-mundista.

El retorno al futuro

El Universal, 13 de octubre de 1998

De ser ciertos los estudios de opinión que a diario leemos en la prensa, una gran mayoría de venezolanos ansia ardorosamente un "cambio". Podría decirse que cada elección tiene un tema dominante. Por ejemplo, la de 1988 tuvo como motivo clave la vuelta a la prosperidad ficticia de los "años locos perecistas. Caldera, por su parte, se encargó de que la elección de 1993 tuviese lugar bajo el predominio del tema de la corrupción. Las de 1998 son las elecciones de la liquidación del pasado. Todo lo que huelga a eso pareciera estar condenado a una muerte ignominiosa. El "cambio" es el nombre del juego. La paradoja del asunto, sin embargo, es que se trata de un cambio ilusorio, de un cambio hacia la nada, de un cambio que nace y fallece en sí mismo, pues en esencia lo que deseamos es reconstruir un nuevo pacto populista bajo la conducción de un Gobierno dadivoso, protector, y, si ello es necesario, autoritario. Los venezolanos, en realidad, no queremos un cambio; queremos volver a ser los consentidos hijos del petróleo caro y los gobiernos complacientes. Los venezolanos, en realidad, estamos huyendo de la modernidad. No queremos matar el pasado; queremos retornar al pasado y a eso le llamamos "cambio".

El gran drama nacional es que no hemos aprendido nada de las dos más recientes experiencias gubernamentales. La gente votó por Pérez buscando la reedición del espejismo saudita de los años setenta. De allí que el experimento reformista haya naufragado tan rápida y decisivamente en medio del tumulto del inolvidable 27-F. ¿Neoliberalismo? ¿Modernización? ¿Competitividad? ¿Productividad? ¿Globalización? ¡Jamás! Los venezolanos nunca hemos votado por eso ni estamos dispuestos a hacerlo ahora. Caldera interpretó adecuadamente esta verdad, y de hecho hizo lo posible por ser consecuente con su mensaje y convicciones los dos primeros años de su mandato, con las catastróficas consecuencias de sobra conocidas. De los numerosos y graves errores que con justicia pueden colocarse encima de sus hombros, el más terrible ha sido su absoluta incapacidad para actuar como un "maestro" en el más elevado sentido de la palabra, es decir, como alguien dispuesto a extraer lecciones de la experiencia y transmitir las a los demás. Al contrario. Caldera desperdió miserablemente cinco años, dejándonos como único legado un mayor resentimiento popular, y el deseo ya irreprimible de restaurar a como dé lugar el pacto populista Gobierno-pueblo, así sea votando por la reencarnación de Maisanta. Los cinco años calderistas pasarán al

basurero de la historia, legándonos como epitafio estas palabras: "no sirvieron de nada".

En la aspiración de reconstruir el pacto populista se encuentra la verdad más pura del chavismo, en su actual versión electoral. No significa otra cosa que el retorno abierto, franco y sin ambigüedades al pasado ilusorio de nuestros espejismos. No importa cuáles sean las ocultas intenciones del líder del movimiento; no importa que intente o no girar al centro político para reducir temores; no importa que de pronto haya comenzado a entender las realidades de la vida de este mundo globalizado, y esté tratando de preparar el terreno para su posible gobierno, apuntalando algunos diques frente el caos que amenaza en el horizonte. Lo que realmente importa es que la gente está preparándose a votar contra el pasado por las razones equivocadas. No vamos a votar contra los desatinos de Pérez y Caldera; vamos a votar para que el nuevo Presidente nos coloque otra vez en medio del reconfortante sueño del pacto populista, nos ratifique en nuestra plácida condición tercermundista y subdesarrollada, nos garantice un chorro de petróleo a buenos precios, subsidios, bonos, aguinaldos, asuetos, y eso sí: nada de competencia, nada de meritocracia, nada de exigencias. Educación gratis, hospitales gratis, comida gratis, "derecho a la alimentación", a la vivienda, a la salud, al bienestar, al paraíso... Lo del "cambio" es puro cuento. El problema, claro esta, es éste- ¿Cómo se las arreglará el próximo Presidente, sea quién sea, para hacer estallar la pompa de jabón del sueño venezolano? Caldera escogió el camino del circo: los banqueros los chivos expiatorios, las persecuciones el cierre de abastos y la prisión para "especuladores", las denuncias contra los empresarios "mafiosos", y toda la patética parafernalia de este mandato sin brújula y sin destino. ¿Y ahora? ¿Que hacer ante el panorama que se vislumbra después de la borrachera decembrina? ¿Otro circo inútil de retórica, llamada "constituyente"? ¿Otra ronda de gestos sin concierto en pos de la nada? ¿Otro despliegue de idas y venidas, de silencios seguidos de explosiones? Lo del cambio es puro cuento: los venezolanos no queremos modernizarnos, y le haremos pagar caro al que intente despertarnos del sueño populista. ¿Y qué de malo tiene? El tercermundismo puede ser confortable. Todo depende de los precios del petróleo.

Hugo Chávez: Entre el mito y la tragedia

El Universal, 27 de octubre de 1998

El tipo de liderazgo carismático encarnado por Hugo Chávez tiene ventajas a la hora de competir electoralmente, pero sus debilidades se manifiestan cuando se trata de gobernar. Gracias a los orígenes de su popularidad (un acto de fuerza percibido por muchos como "heroico"), y a su imagen tan vinculada a un sentir muy extendido entre los venezolanos de hoy, Hugo Chávez ha adquirido una cierta aura mítica, que le proyecta con indudable vigor hacia delante. Pero ser un mito tiene sus costos. En términos políticos, durante el tiempo de las promesas y las expectativas, el carácter cuasi-mágico de los liderazgos míticos les otorga poderes especiales. Mas llegada la hora de los hechos concretos, cuando los pueblos pasan de la excitación del triunfo a la sobriedad de los resultados, se hace cuesta arriba preservar la pureza del mito, y comienzan a agudizarse las tensiones entre la realidad y la esperanza.

De allí que analizar la figura de Chávez requiera ir más allá del tema de sus presuntas "intenciones". Estas últimas pueden de hecho cambiar de un día para otro. Por mi parte (y puedo desde luego estar equivocado), creo que Chávez no es un ideólogo o un "ayatollah", comprometido con principios dogmáticos, sino -hasta cierto punto- un tradicional "hombre fuerte" latinoamericano, interesado sobre todo en la conquista y preservación del poder. Esto quiere decir que lo importante en relación a su figura política es la naturaleza de la dinámica histórica que le suscita y empuja. Se pregunta Esquilo en *Prometeo Encadenado* "¿Quién es el timonel, pues, del Destino? Con seguridad, Chávez cree que es él quien dirige las fuerzas sociales que levantan el oleaje de su factible presidencia. Que se cuide, sin embargo, del "pecado de orgullo", sobre el que tanto nos alertan los grandes autores de la tragedia griega. ¿No será más bien el Destino el timonel de Chávez? / Y hacia dónde puede llevarle?"

Una profunda y amenazante paradoja envuelve el fenómeno Chávez. Sin duda, millones de venezolanos ansían un "cambio" y ven en el militar rebelde el instrumento de su redención. Es probable que Chávez sienta que él representa el cambio. De lo que tal vez no se percata es que esa masa que le aclama no quiere un cambio hacia algo distinto a lo que se vivió durante las etapas "buenas" de la democracia, cuando hasta la corrupción era tolerada, ya que para todos alcanzaba. De ese tiempo permanece en el inconsciente colectivo una impronta positiva, a la que se aspira retornar. Por tanto la gente no desea que Chávez invente nada nuevo; la gente lo que quiere es que Chávez haga funcionar de nuevo el sistema populista de manera eficaz.

Recurro otra vez a Esquilo para expresar el punto, y lo hago porque pienso que hay algo de "trágico", en el más estricto sentido de la palabra, en el actual proceso político venezolano (y en torno a Chávez en particular). Recordemos que la esencia de la tragedia consiste en la imposición ineluctable de un Destino no querido, o en el castigo a través de la realización plena de los deseos de los seres humanos, que luego descubren que lo que tanto anhelaban no era lo mejor.

Pregunta el coro en *Prometeo*: "¿No has reparado, acaso, en la insegura, débil capacidad de los humanos, a un sueño semejante". ¿Habrás reparado Hugo Chávez en la naturaleza paradójica del sueño venezolano actual, que se centra en el ansia de prosperidad fundada en el maná petrolero, en el cuidado del Estado protector y

benefactor, en el ejercicio de la justicia arbitraria contra algún culpable, pues alguno debe haber que ha causado nuestros males?

Por ahora, la parte mítica del liderazgo chavista se mantiene a través de un discurso ambiguo y un juego de espejos, que esconden más de lo que revelan. Al respecto. Esquilo advierte que "no hay peste peor, te lo aseguro, que un discurso cargado de aderezos". Pero Chávez sigue su rumbo, con inocultable fuerza mesiánica. Si alcanza su propósito, enfrentará muy pronto ese difícil momento en que el mito se confronta con una realidad indeseable, y comienza a perder su magia. ¿Qué rumbo tomará Chávez, si sale victorioso? ¿Será acaso desbordado por las fuerzas que hoy le impulsan? ¿Intentará controlarlas, y transmutar su liderazgo carismático en uno de tipo racional, procurando construir con base en el consenso? ¿Y qué ocurrirá si, y cuando, el jefe mítico descienda desde las cúspides del sueño a la cruda verdad de una sociedad escindida, que no podrá salir de abajo sino a largo plazo y ello asumiendo enorme voluntad, focalizada en el desmantelamiento del populismo? He allí el dilema de Chá-vez: su futuro se define entre el mito y la tragedia. En esos casos, casi siempre, los dioses son ciegos e implacables, y juegan a su antojo con las pasiones de los mortales. Prometeo nos dio el fuego, y un águila devoró sus entrañas.

(Nota: Las referencias al *Prometeo Encadenado* provienen de: Esquilo, *Tragedias Completas*, Madrid, ed. Cátedra, 1996. pp.459, 460, 467).

Caldera: El tiempo del desprecio

El Universal, 8 de diciembre de 1998

Es muy hermosa e impactante la breve y severa novela de Malraux, *El Tiempo del Desprecio*, publicada en 1935^ Como siempre en el caso de su autor, el título es clave. Y recuerdo en particular una frase: "Entre los políticos, el des-precio de los hombres es frecuente, pero disimulado . Los venezolanos estamos asistiendo al fin de una época. En tales situaciones, son comunes las traiciones, y prolifera el miedo. Estas pasadas tres semanas, previas al acto comicial, el electorado fue testigo de un asombroso despliegue de pánico y deslealtad en nuestro patético escenario político, de un espectáculo que disipó los precarios restos de credibilidad en las "élites" tradicionales. No debimos sorprendernos por lo que vimos; sencillamente, el desprecio soterrado a la gente, por parte de una dirigencia acosada, brotó a la superficie.

Punto Fijo ha muerto, y pareciera un acto de esos que califican como "justicia histórica" que este sistema de componendas entre "élites" mediocres haya perecido en manos de uno de sus fundadores, Rafael Caldera, cuya funesta herencia ahora recaerá sobre su sucesor, electo en medio de la decadencia. El juicio de la historia

será muy duro con la ya triste figura de Caldera. Su legado consiste en una economía prácticamente en ruinas y más que nunca petrodependiente; una sociedad miserable; un Estado desvencijado; unas instituciones erosionadas hasta sus propias médulas; y una extrema corrupción de la justicia; a lo que se suma un inmenso desencanto nacional.

Caldera culmina un siglo venezolano metido en el ojo del huracán del personalismo político, que él mismo auspicio empujado por su enorme ambición y orgullo, por una vanidad que arrastró a su paso al partido que fundó, a sus generaciones de relevo, y a lo poco que quedaba de control civil sobre la República, ahora entregada a los inciertos designios de un poder inevitablemente militarizado. Los apologistas de Caldera, los pocos que aún andan por allí, deberían recordar aquel fatídico 4 de febrero de 1992, cuando el presunto prócer de la democracia se dedicó a legitimar el golpe de Estado con argumentos espurios, faena que completó en el transcurso de su desventurado gobierno, un tiempo de desprecio, de desatinos y fracasos que ahora culmina como tenía que terminar: sumido en el rechazo masivo de los venezolanos.

La más dolorosa herencia de Caldera, no obstante, se manifiesta en la degradación de la política, realidad esta última que pudimos observar con lujo de detalles a través de la ópera bufa escenificada estos pasados días por nuestra "dirigencia civil". Lo que contemplamos no llega al nivel del drama o la comedia, y ni hablar de una verdadera tragedia. Se trató más bien de una especie de zarzuela decadente, con cantantes afónicos, vestuarios mezquinos y actores declinantes. Pocos salvaron una pizca de dignidad en este torbellino de impudor y descaro. Leí esos días la declaración de uno de los apologistas de Caldera, el actual Ministro del Interior, afirmando que su alabado Presidente nos había legado la "paz social". Me permito recordar a nuestro premier unas frases de Burckhardt, en sus *Reflexiones sobre la Historia Universal*, referentes a la actitud de los pueblos durante épocas de pesadumbre, cansancio y deterioro: "Se toleran entonces con la mayor paciencia los gobiernos más lamentables y la gente se resigna a todo lo que poco tiempo antes habría provocado verdaderas conmociones". Eso fue lo que tuvimos a lo largo de estos cinco años de fracaso: no "paz", sino resignación.

El fin de Punto Fijo coincide con la bancarrota del calderismo y de todo lo que éste representa, de la hipocresía e impostura de estos años que todos deseáramos olvidar para siempre. Ignoro si Caldera y sus principales colaboradores serán pronto sometidos a los juicios que seguramente me- recen. Pienso al respecto que ya Venezuela ha tenido bastante de retaliaciones, y que Caldera agotó, con sus odios y pequeñeces, buena parte de la energía que cualquier sociedad puede entregar a semejantes tareas.

No estamos presenciando el principio del fin, sino el fin del principio. El tiempo del desprecio, iniciado en 1992 y alentado cinco años por el calderismo, sigue con nosotros. Es un tiempo revolucionario, que exigirá grandes esfuerzos en defensa de la libertad, del adecentamiento de la democracia, y de la vigencia de la constitucionalidad. Al nuevo gobierno hay que desearle éxito, aunque dudemos de sus intenciones y propósitos. Una oposición a ultranza y ciega carece de sentido.

Una oposición firme, equilibrada y sensata, es imperativa. Ojalá que al menos los nuevos dirigentes sean capaces de demostrar que nada puede ser peor que el quinquenio de fracasos en que naufragó Rafael Caldera, arrastrando al país consigo.

El populismo militarizado en América Latina

El Universal, 22 de diciembre de 1998

Desde que la leí por vez primera, me ha deleitado esta aseveración del obispo inglés Butler: "Todo lo que es, es así, y no alguna otra cosa; ¿por qué entonces tratamos de engañarnos?". Las actuales circunstancias venezolanas, sus raíces y perspectivas apuntan de manera clara hacia una compleja y tensa experiencia de populismo militarizado, con las indispensables variantes criollas, pero a la vez similar en aspectos fundamentales a experimentos semejantes del cercano pasado latinoamericano. Esto es así y no de otra forma. ¿Para qué engañarse entonces?

El populismo militarizado se basa en una institución que, por conocidas razones históricas, es de las pocas que poseen solidez y continuidad en medio del turbulento devenir de nuestros pueblos. El repetido fracaso de las dirigencias civiles para procurar la modernización de nuestras naciones, sostener democracias decentes, y asegurar la prosperidad de la mayoría, genera una y otra vez el quehacer político de las Fuerzas Armadas, bien sea abierta o indirectamente. En este marco, es decir, el de la erosión de la democracia en manos de los civiles, la institución militar se incorpora al manejo del poder con dos resultados: Por una parte, se crea a corto plazo la percepción de que la balanza social se reequilibra a favor de los intereses de las grandes mayorías (debe quedar claro que las percepciones no son realidades tangibles, pero funcionan como tales). Por otra parte, hay una misión de naturaleza estructural, que consiste en cambiarlo todo para que todo siga igual, en lo que corresponde a las dimensiones cruciales de la vida económica y social.

Dicho en otras palabras: lejos de acelerar nuestra incorporación a las grandes corrientes de desarrollo del capitalismo mundial, el populismo militarizado latinoamericano ha actuado en repetidas ocasiones como muro de contención y mecanismo estabilizador, pero pocas veces como instrumento modernizador. Así ocurrió, entre varios ejemplos, con el velasquismo en el Perú, y antes con el peronismo argentino. El populismo militar es, en esencia, un intento de retornar a un pasado "orgánico" y hasta precapitalista, con una sociedad "armónica", sustentada en la autoridad de un poder que "coordina" el esfuerzo colectivo. El populismo militar no se ocupa de temas tales como productividad y competitividad, sino de constituyentes, nacionalismos, gestos rituales en política exterior y símbolos de unidad patriótica. El populismo militar siempre apela a una abstracta "voluntad del pueblo", interpretada y tramitada por un jefe, que ejerce autoridad pero no, en sentido estricto, liderazgo.

Esta última es una distinción clave, analizada por Heifetz en su magnífico libro *Liderazgo sin respuestas fáciles*. La autoridad y la influencia son un "poder conferido

para desempeñar un servicio". El verdadero liderazgo, de otro lado, es un concepto normativo que implica influenciar a la comunidad para que enfrente sus verdaderos problemas, movilizar a la gente para que aprenda otras formas de hacer las cosas y mejorar sus vidas, y elevarles de modo tal que sean capaces de adaptarse con éxito a los retos del entorno interno e internacional. En tal sentido, pienso que los venezolanos de hoy **queremos autoridad, pero no liderazgo**, porque no deseamos despertar del sueño populista del "país rico", la "distribución equitativa de nuestras inmensas riquezas", el "castigo a los corruptos que se robaron todo", y otros espejismos.

De allí que el tema constituyente sea tan peligroso; no solamente por las amenazas implícitas de una hegemonía tiranizante con disfraz democrático, instaurada a través de la prolongación del período presidencial y /o la reelección inmediata, sino por lo que este proceso significa en términos de desviar la atención de los venezolanos, y alejarla de nuestros más apremiantes desafíos, que ciertamente no tienen que ver con las reformas constitucionales, sino con el gigantesco reto que significa la incapacidad reiterada de nuestra sociedad para producir y competir de manera tal que nos sea posible mejorar nuestros niveles de vida, y garantizar un futuro alentador a las nuevas generaciones.

No queremos despertar; deseamos autoridad pero no liderazgo; nos reconforta la presencia de un jefe a la vez severo y consentidor, y nos entusiasma la retórica de un proceso constituyente que de nuevo pone en escena nuestro espectáculo favorito: la creación de "repúblicas aéreas". No es atractivo el porvenir que se vislumbra.

El espejismo de la refundación nacional

El Universal, 5 de enero de 1999

En su lúcido ensayo sobre el llamado "mito del eterno retorno", Mircea Eliade analiza la concepción del tiempo de los pueblos arcaicos, y resalta la importante diferencia que distingue su visión de la correspondiente a la historia moderna de la humanidad. Según Eliade, es característico de esa etapa arcaica una imagen del curso del tiempo que de hecho se esfuerza por *abolirle*, por rechazar la historia, así como la admisión de que un evento pueda considerarse irreversible. El hombre arcaico no concede valor a la memoria histórica, y, por el contrario, intenta regenerar constantemente el tiempo, refundar su presente de modo sistemático, y de esa manera garantizar una realidad siempre acorde a sus sueños.

Estoy persuadido de que los pueblos que se encuentran recurrentemente en trance de "refundarse" persiguen un espejismo, carecen de memoria histórica (y, por supuesto, de instituciones sólidas), y en verdad buscan escapar de su presente pretendiendo que la vida siempre es reversible. Ese es, así lo pienso, el caso venezolano. Y ese es, desde la perspectiva que acá propongo, el espejismo constituyente que con conocida frecuencia se apodera de la imaginación nacional.

Se trata de un espejismo "fundacional" que pone de manifiesto tres cosas: En primer lugar, nuestra carencia de memoria histórica, realidad esta que nos conduce a suponer que el pasado puede ser abolido y un nuevo presente ser creado por la voluntad de algunos, especialmente iluminados. En segundo lugar, la recurrente fiebre fundacional revela que somos una nación con un precario, débil, y vulnerable andamiaje institucional, que a cada rato se deteriora y estremece, dejando el campo abierto para el ejercicio del poder personalizado y de la voluntad de los audaces. En tercer lugar, el espejismo fundacional consiste en un intento por *escapar de un presente ingrato y desagradable*, al cual se pretende suprimir mediante el expediente de un acto providencialista (ejemplo: una asamblea constituyente), dirigido a crear una "realidad nueva", pura y superior, que dejará atrás los males e inaugurará una época feliz. El odioso presente que hoy nos acosa, se hará espejismo en la constituyente.

El "eterno retorno" de este tipo de experiencia de la historia venezolana, se combina en esta ocasión con un caso particularmente agudo de aprendizaje político "patológico". Cabe recordar que de acuerdo a la definición de Karl Deütsch, el proceso de aprendizaje político puede ser creativo, si nos lleva a avanzar en nuestra capacidad de adaptación a los desafíos internos y externos, o patológico si por el contrario nos empuja a repetir los errores del pasado, sólo que acentuados en nuevas y más complejas circunstancias.

A mi modo de ver, el hecho indudable de que los autores de un golpe de Estado, a todas luces ilegítimo, violento y violatorio del ordenamiento constitucional, sean ahora los aclamados gobernantes del país, sin que sus acciones pasadas les hayan significado el más mínimo costo ético-político, constituye un patético ejemplo de aprendizaje patológico, que muy probablemente acarreará severas consecuencias (en su momento) para Venezuela, y seguramente tendrá un negativo impacto en otras latitudes. De hecho, ha quedado claro para los latinoamericanos, que basta con enarbolar la bandera de la anticorrupción para legitimar la fuerza como instrumento de cambio político, y que ese proceso, lejos de traer resultados negativos para sus autores, es capaz de convertirse en expedito rumbo hacia el poder a través de los mismos mecanismos que una democracia timorata y pacata establece para su renovación.

Los hombres de violencia alcanzan el poder. A su estela se adhieren los saltimbanquis y oportunistas de costumbre, también de sobra conocidos en nuestra historia, ansiosos de arrastrarse ante los poderosos y de figurar entre sus servidores, hasta el punto de saltar desde posiciones relevantes en el actual gobierno para apoltronarse con el nuevo, sin que medie el más mínimo escrúpulo, la más mínima consideración principista, el más mínimo sentido de vergüenza. También en estos episodios contemplamos un rasgo característico de nuestra historia: el de los intelectuales que sucumben con fruición ante los "hombres fuertes", que se venden por privilegios, que hacen carrera a través de la adulación y el servilismo. Es muy triste observar ese "eterno retorno" de los tradicionales males venezolanos, y constatar la precariedad de los espejismos que cada cierto tiempo, como fantasmas

dejados en un closet, brotan de su ensimismamiento para despertarnos con sus terribles pesadillas.

La cultura del despotismo.

El Universal, 19 de enero de 1999

En días recientes, un columnista hacía referencia a la "orgía verbal" que se produce cada vez que el Presidente electo se yergue ante un micrófono. Pareciera que, así como el período calderista se caracterizó por la mediocridad y el silencio, el que ahora se inaugura brillará por la incontinencia de los adjetivos y la prolongación de los discursos. Ahora bien, los fuegos artificiales del encendido verbo ocultan en ocasiones lo esencial. Lo de menos son las citas indigestas de Federico Nietzsche, Mahoma, Cristo y Simón Bolívar. Lo clave está en la visión del mundo y de la política que se pone de manifiesto cuando, por ejemplo, el Presidente electo afirma -como en efecto hizo- que con su triunfo comicial él, personalmente, posee el poder constituyente. Lo que ocurre es que, mediante una especie de graciosa concesión de su parte, nos permite a los demás discutir sobre el proceso.

Mi convicción es que Hugo Chávez, y un nutrido grupo de venezolanos, están imbuidos por una "cultura del despotismo", que tiene profundas raíces históricas, y que continúa ejerciendo un significativo influjo sobre nuestra manera de actuar en el terreno político. Al fin y al cabo, cuarenta años de democracia constituyen un período relativamente corto, a lo que hay que añadir el hecho de que hemos vivido bajo una democracia muy limitada, y contaminada hasta los tuétanos por el ejercicio arbitrario del poder, con fronteras ambiguas entre lo legal e ilegal, y con un Estado de Derecho en no poca medida ficticio, erosionado por la corrupción de la justicia.

En estos tiempos de incertidumbre y volatilidad, estamos presenciando una demostración clara y terminante de la influencia de esa "cultura del despotismo" a que he hecho referencia. Como diría Habermas, "su efecto se comunica más bien en el gesto del pensamiento que en la forma de argumentación". Cuando relevantes figuras públicas sostienen, sin pizca de vergüenza, que "lo jurídico no debe entorpecer la realidad política", y otras frases por el estilo, en realidad se están pronunciando por el ejercicio arbitrario del poder por encima de las normas y limitaciones ir 'puestas por una juridicidad, en todo caso, muy precaria e: nuestro medio, una juridicidad que de poco ha servido -ahora o en el pasado- para contener los bríos de ese "hecho político" (la cruda e inequívoca realidad del poder), ante la cine constantemente tiemblan las piernas de muchos. No por casualidad son el oportunismo y la adulancia dos de las actividades más eficazmente practicadas en Venezuela.

¿Por qué tanta premura con la constituyente, en medio de los gigantescos problemas sociales y económicos que padece la inmensa mayoría de la población? ¿Por qué si es obvio que, casi sin excepción, existe buena disposición por parte de los diversos actores de la escena pública nacional para llevar adelante una constituyente, el Presidente electo y sus seguidores se empeñan en romper con la

legalidad establecida y violentar la Constitución vigente? ¿No será acaso que buscan avasallar en un referéndum convocado lo antes posible, mientras aún están en la cresta de la ola de su popularidad? ¿Y qué consecuencias podría tener una constituyente sometida a la hegemonía exclusiva del Polo Patriótico? ¿Acaso no conocen la experiencia de la Constituyente de 1947, y sus nefastas consecuencias?

Una constituyente hegemónica, formada en el ojo del huracán en una polémica sobre su legalidad y legitimidad, no estará en ningún caso en capacidad de estabilizar el país y orientarlo hacia un mejor porvenir. Una ruptura revolucionaria traería igualmente resultados catastróficos para una sociedad en la que, sin duda, se ha producido una elección que abre paso a importantes cambios, pero que no fue más decisiva que otras que hemos experimentado en el pasado (como las de 1973, 1983 y 1988). Ninguno de los presidentes entonces electos con 50 y más, se atribuyeron a sí mismos un poder constituyente, ni pretendieron asfixiar al nutrido porcentaje del electorado que no votó por ellos o sencillamente se abstuvo. Es fácil percibir un peligroso triunfalismo de parte del nuevo primer mandatario y sus acólitos. No parecieran tener conocimiento de nuestra historia ni la elemental prudencia para administrar su indudable victoria. Están actuando con un sentido de las prioridades que pareciera indicar que lo único que realmente les interesa es consolidar y prolongar su poder político, escapando de los desafíos sociales y económicos que afectan a la gente y a los cuales millones aspiran que el nuevo gobierno halle soluciones. Se trata de un rumbo preñado de peligros, y hacemos la advertencia, a tiempo, como ciudadanos comunes y con la mejor de las intenciones. Venezuela requiere unidad y no más divisiones. La confrontación deliberada está repleta de riesgos que sería preferible evitar.

Hombre fuerte, sociedad débil

El Universal, 16 de febrero de 1999

Venezuela ha comenzado a transitar un inequívoco rumbo de personalización del poder. En tales circunstancias, las instituciones se debilitan y el mando de los individuos, en este caso de uno solo, se fortalece. Se trata de un tiempo lleno de peligros para la convivencia pacífica y el ejercicio civilizado de la democracia. No está en mi ánimo hacer acusaciones ni articular pronósticos negativos. Deseo sencillamente alertar sobre una realidad que creo observar con claridad, y que naturalmente me inquieta.

No es difícil en Venezuela implantar, de modo gradual o con celeridad, una democracia "tutelada", "militarizada" o "autoritaria". Por tradición, la nuestra es una sociedad acostumbrada a un gobierno de hombres, no de leyes. No es cierto que los venezolanos nos caractericemos por un intenso apego a la libertad. La triste verdad es que nos gusta la libertad propia, para hacer más o menos como queramos, pero

no la de los demás. De paso, nuestras instituciones son frágiles, y el respeto que hacia ellas sentimos, así como nuestra comprensión de su sentido y funciones, son mínimos.

Un ejemplo muy ilustrativo es el de nuestra Corte Suprema de Justicia. La misma ha devenido en una institución que "baila al son que le tocan". Su papel teórico de equilibrio se ha convertido de hecho en la propensión a andar a la cola de la opinión predominante en cada coyuntura, para refrendarla y jamás cuestionarla. La gente quería desprenderse de Pérez y la Corte la complació. Hoy queremos constituyente, y la Corte ratificó esa aspiración ¿Que pasará mañana? El Presidente alabó a la Corte en su discurso al tomar posesión del cargo ¿Qué habría hecho si la decisión sobre el referéndum hubiese sido otra?

Nuestras instituciones son de gelatina y la voluntad de un hombre poderoso es capaz de atravesarlas como cuchillo caliente a una panela de mantequilla. Una seria amenaza se cierne sobre una sociedad débil en su tejido institucional, sumida en emociones contradictorias, y en no poca medida atemorizada por la autoridad que sobre ella empieza a pesar. Se está utilizado un argumento muy peligroso desde los predios de la mayoría gobernante: En vista, dicen, de que toda la herencia puntofijista, incluyendo instituciones como el Congreso, están "contaminadas de pasado" **entonces todo está permitido** ¿A dónde llegaremos por ese camino?

Con la mayor tranquilidad se amedrenta al Congreso y se habla sobre su próximo cierre. Partidos presuntamente democráticos como el MAS, hacen gala de su ya legendaria capacidad camaleónica para complacer a sus nuevos amos, y tan campantes seguimos todos en medio de una "revolución" que empezó -conviene recordarlo- con un acto de violencia y bien podría hundirnos en muchos otros actos semejantes. Insisto: es imperativo alertar acerca de los peligros que comienzan a ensombrecer a Venezuela. Me refiero al despotismo democrático (tiranía de la mayoría), la militarización de la política, y el gobierno por ilusionismo, es decir, creador sistemático de falsas ilusiones y engañosos espejismos.

Como bien lo afirmó un ex miembro de la comisión presidencial para la constituyente, estamos pasando de ser una sociedad de cómplices a ser una de cobardes. La pleitesía que se está rindiendo al nuevo jefe del Estado raya en ocasiones en lo ridículo; hay miedo en el ambiente, empresarios se arrastran, políticos se arrodillan, académicos entonan loas, periodistas anuncian milagros, y la débil sociedad venezolana, con sus instituciones de gelatina, marcha sin son ni ton por una senda de enormes riesgos, borracha de sueños imposibles.

Repito un punto: considero un deber ético e intelectual alertar sobre los peligros que observo. No estoy asegurando que estemos condenados a acabar en una autocracia persona-lista, pero sí estoy diciendo que los riesgos de que terminemos allí están aumentando exponencialmente. Es un error garrafal destruir las instituciones democráticas y erosionar el equilibrio de poderes, con el argumento de que son un legado de un pasado indeseable. Es un error garrafal doblar las rodillas ante los poderosos de hoy, para halagarles y buscar sus favores. Es imperativo mantener la dignidad y luchar palmo a palmo por la preservación de la libertad.

Es larga y penosa la historia de la personalización del poder y el despotismo en Venezuela. No somos en modo alguno inmunes a la repetición de experiencias ya vividas, que resultaron muy costosas para el país y su gente. Los nuevos gobernantes deben reflexionar sobre su grave responsabilidad histórica. Los cambios deben tener lugar, pero en un marco realmente democrático. Lo que se está viendo suscita con razón oscuros presagios. La complacencia ante el autoritarismo es el peor de los antídotos. Sólo una actitud digna puede salvarnos.

El destino de la revolución chavista

El Universal, 2 de marzo de 1999

Es un error hablar de revoluciones en nuestro tiempo. Las revoluciones de verdad son cosa del pasado. En esta época de predominio del capitalismo y la democracia, las revoluciones lucen como trastos viejos olvidados en un armario. Ponerse a anunciar revoluciones constituye un ejercicio banal. Experiencias como la cubana no tienen el más mínimo chance de repetirse en América Latina, a menos que ocurra un terremoto, que resulta difícil imaginar.

Las revoluciones de verdad implican mucho más que un cambio en los actores de la trama política. Para dar un ejemplo, Venezuela ha experimentado una sola revolución verdadera: la revolución de independencia. Allí cambiaron los actores, y también se trastocaron radicalmente las estructuras y mecanismos de poder político y socioeconómico. Ni la Guerra Federal llegó a tanto, o de manera tan masiva. El otro caso de cambio sustantivo, el "trienio" adeco, representó un importante movimiento transformador, que puso de manifiesto desplazamientos telúricos ya maduros en el seno de la sociedad, en particular la democratización, el crecimiento de la clase media, y el fortalecimiento del Estado petrolero. Sin embargo, llamar al "trienio" una revolución es exagerar un poco las cosas.

¿Cuál revolución podría Venezuela tener ahora? Estamos presenciando un cambio en los actores de la trama. Están siendo desplazados los herederos del puntofijismo, y se colocan en posiciones de poder nuevos rostros, con fuerte predominio de militares y de una izquierda trasnochada. Ahora bien, una revolución de verdad, para ser tal, tendría que trastocar a fondo las estructuras y mecanismos de poder social y económico (no sólo político) en el país, y hasta el momento todo indica que, con la única excepción del debilitamiento de los partidos tradicionales (cambio de actores), esas estructuras y mecanismos, basados en la vigencia del Estado petrolero y proveedor, no harán sino robustecerse, en medio de su congénita debilidad.

Ni aun en el terreno de la publicitada "lucha contra la corrupción" pareciera que nos disponemos a observar una transformación significativa. Ya se han dado designaciones en cargos de importancia, que representan una evidente incompatibilidad de intereses en manos de quienes les detentan, tanto en el sector comunicacional como en el petrolero. Poco importa que estas personas nos

aseguren que se conducirán como monjitas de la caridad. El problema de la corrupción, así como el juicio que se realice sobre una gestión pública, no puede reducirse a las supuestas buenas intenciones de las personas, sean quienes sean, y a pesar de que las proclamen con la mayor sinceridad.

Lo más riesgoso del curso que transitamos consiste en que se habla de "revolución" en momentos de grave crisis económica, cuando los mecanismos funcionales de siempre (demagogia y gasto público) se hallan imposibilitados de responder a las expectativas creadas los pasados meses. No vamos en camino ni de hacernos más libres y democráticos (al contrario, la sociedad vive presa de incertidumbre y miedo), ni de hacernos más prósperos en lo material. Los nuevos gobernantes no parecen percatarse de que estamos al borde de un colapso económico, que el desempleo y la inflación están aumentando exponencialmente, que la macro devaluación se hace inminente, que los inversionistas están incrédulos, y que las fórmulas económicas articuladas por el novedoso equipo al mando repiten en circunstancias que las desnaturalizan, las políticas estatistas de costumbre, que nos han llevado donde estamos. Las palabras "privatización", "mercado" y "competitividad" han desaparecido del léxico del gobierno, y con la coartada constituyente han sacado la economía del debate, como si pudiesen desaparecerla con un acto de magia política.

Por este camino, la llamada "revolución" chavista tendrá un solo destino: **el fracaso como revolución**. Puede que sea otra cosa, que logre otros objetivos (como por ejemplo, entronizar a su protagonista en el poder por años), hasta es factible que culminemos en un régimen semidictatorial, fuertemente autoritario y represivo. Lo que por ninguna parte se ve es una revolución de verdad. Apenas contemplamos el cambio de actores en los baluartes normales de la burocracia pública, con el empresariado privado, como es usual, solicitando prebendas al poder político para proseguir con el proteccionismo que les permite sobrevivir. En síntesis, nada fundamental está cambiando, y esa es precisamente la tragedia de esta hora venezolana: no se trata de un comienzo, sino del principio del fin de una etapa histórica. Pues de hecho y hasta el presente, el chavismo no es más que populismo con tinte militar. ¿Puede llamarse a esto revolución? ¿Por qué entonces no abandonar, de una vez por todas, la cansona retórica revolucionaria, y en su lugar hablar en serio el lenguaje de las reformas?

Modernización, nasserismo y regresión

El Universal, 16 de marzo de 1999

En los años sesenta y setenta (Brasil 1964, Argentina 1966, Perú 1968 y Chile 1973), surgió en América Latina un nuevo tipo de autoritarismo militar, diferente a las dictaduras tradicionales encarnadas en hombres como Batista, Pérez Jiménez, Odría y Rojas Pinilla. De un modo u otro los "hombres fuertes" persistieron (como Velasco y Pinochet), pero la situación era cualitativamente diferente en dos sentidos: En primer término, los nuevos regímenes implicaban **compromiso institucional** de las Fuerzas Armadas como cuerpo, en función de llevar adelante un determinado proyecto político-económico. En segundo lugar, ese proyecto surgía de las insuperables tensiones sociales y "cuellos de botella" económicos del populismo, y se orientaba a procurar un nuevo modelo de inserción de esas sociedades en el contexto capitalista internacional. Con la relativa excepción del caso peruano, ese modelo intentaba superar las fracasadas fórmulas cepalistas del "crecimiento hacia adentro" y conquistar una nueva dimensión productiva de "crecimiento hacia fuera". Velasco Alvarado, por su parte, desarrolló en Perú un modelo corporativista y estatista, que culminó en rotundo fracaso.

Gracias al colchón suministrado por la renta petrolera, Venezuela fue capaz, hasta mediados de los años ochenta, de sostener un populismo 'exitoso' en términos de su capacidad para promover la movilidad social ascendente de las mayorías. Pretendíamos modernizarnos a pesar de que, en el camino, se asfixiaban nuestras posibilidades de construir una industria y una agricultura capaces de autorreproducirse, en caso de crisis de los precios petroleros. Cuando esa crisis comenzó a hacerse sentir con fuerza, también empezó el rumbo de desmantelamiento progresivo del sistema político puntofijista, construido sobre la premisa de un ascenso continuo en el nivel de vida de la gente con base en el petróleo. El proceso de modernización, con sus indudables limitaciones, se detuvo, y abrió las puertas a un deslizamiento hacia el abismo del empobrecimiento y la perenne inestabilidad política, que aún están con nosotros.

Para los venezolanos, ha sido y sigue siendo muy duro comprender y admitir las verdaderas raíces de nuestra decadencia. **De allí que hayamos desatado una verdadera guerra contra la modernización**, entendiendo por tal la creación de una sociedad más abierta y de una economía de mercado competitiva, y prefiriendo la opción de refugiarnos a toda costa en las seguridades tradicionales del paternalismo estatal, el corporativismo, y la búsqueda de figuras mesiánicas, que representan la ilusión de redistribución de una riqueza que en realidad no existe. Ello explica que hayamos votado por Pérez en 1988, por Caldera en 1993, y por Chávez en 1998. **Lo hicimos para intentar volver atrás, y no para buscar algo nuevo.** Lo que queríamos con Pérez era retornar a la bonanza petrolera de aquellos años locos, cuando el barril llegó a alcanzar los cuarenta dólares. En Caldera vimos la figura paternal, sentimental, y redistributiva, que sería capaz de dar a cada cual lo suyo. En Chávez, millones ven al salvador y justiciero, que restaurará las cosas a su lugar y proveerá la "solución" mágica a que tantos aspiran.

Al colapsar el puntofijismo, se abrió un vacío que está siendo llenado por una versión propia de "nasserismo", que es un compuesto de cinco factores:

personalismo (culto al jefe), nacionalismo (estatismo económico), antiimperialismo (sobre todo retórico), populismo (demagógico) y militarismo. Es un nasserismo tropicalizado con sus peculiares características, que bien podría desembocar en un compromiso institucionalizado en las fuerzas armadas para llevar adelante un proyecto de tipo velasquista, en el marco de una democracia autoritaria o "tutelada". En todo caso, lo que sí es evidente es que se trata de un proceso de **regresión**, a varios niveles y en diversas dimensiones.

Para empezar, hay una regresión política, pues el esfuerzo de institucionalización de cuatro décadas está paulatinamente sucumbiendo, ante las realidades de la personalización del poder. Se trata también de una regresión en cuanto a la cultura política, ya que el apego a la legalidad se ha rendido ante los detractores del "leguleyismo" y sus sueños constituyentistas. Hay igualmente una regresión económica, pues vuelve por sus fueros un cierto izquierdismo socializante, sospechoso del capitalismo, comprometido con el capitalismo de Estado, y profundamente ajeno a las pulsiones que vigorizan el espíritu liberal. También tenemos una regresión social, ya que el sendero de empobrecimiento no hará sino acentuarse, en medio de un cada día más menguado aclamacionismo, y un soterrado odio de clases entre los que algo tienen y los que nada tienen. Por último, vivimos este tiempo una regresión generalizada de nuestro republicanismo cívico, en vista del derrumbe de la dirigencia política tradicional, y la novedosa asertividad del estamento militar en nuestra vida pública. En síntesis, pareciera que el país se apresta a ganar su batalla contra la modernización, y de ese modo condenarse a un poco estimulante destino.

¿Idealista sin brújula o dictador potencial?

El Universal, 25 de mayo de 1999

El ex primer ministro inglés Harold Wilson dijo una vez que: "Una semana es largo tiempo en política". Parfraseándole, podríamos añadir que "100 días son una eternidad". Transcurridos más de tres meses del nuevo gobierno, se hace necesario afinar los análisis, de acuerdo a la marcha dinámica de una realidad cambiante. En tal sentido, apologistas del Presidente de la República han estado vanagloriándose de que, luego de este tiempo, no ha tenido lugar el apocalipsis y no se han materializado los pronósticos más extremos: "¿Lo ven?, nos dicen: Chávez no es Fidel Castro".

Caben cuatro comentarios: En primer lugar, el Presidente se ha moderado un tanto debido a la creciente resistencia que ha encontrado. Tanto en el plano doméstico como internacional, cualquier proyecto extra-constitucional va a hallar serios obstáculos, de difícil superación. En segundo término, puede haber ocurrido un proceso de aprendizaje por parte del Presidente, que le sugiera que no es posible "tomar el cielo por asalto", y que el marco democrático exige, al menos por un tiempo, cierta disposición para el compromiso. En tercer lugar, cabe recordar que

existían y siguen existiendo razones de sobra para preocuparse por las intenciones y planes del Presidente. Basta referirse a los inequívocos conceptos autoritarios expuestos en la oscura y a ratos ininteligible carta dirigida a la Corte Suprema de Justicia. Por último, todos hemos juzgado por intenciones, haciendo conjeturas acerca de lo que puede o no proponernos Hugo Chávez. No queda alternativa, a estas tempranas alturas del juego. No solamente erraron quienes pensaban que ya hoy nos encontraríamos sumidos en el caos y la dictadura, sino también los que han estado anunciando una "revolución" que por ninguna parte se ve.

Como casi siempre ocurre, la vida se ha mostrado más compleja que las teorías acerca de su curso factible, y continúa planteada la pregunta: ¿quién es Hugo Chávez, realmente? ¿Un idealista confuso o un embrión de dictador latinoamericano? Mi respuesta es ésta: en política, a diferencia de la lógica, dos afirmaciones aparentemente antagónicas pueden ser ciertas a la vez. El Presidente es un idealista confuso, quizás un romántico lleno de ideas contradictorias, y a la vez, un conductor de masas en vías de convertirse en jefe autocrático de una "democracia" militarmente tutelada. No hace falta poner en duda la posible buena voluntad de Hugo Chávez hacia los millones de pobres y marginales del país, y su aparente deseo de hacer cambios que muchos ansían. Mi tesis es que, precisamente porque Chávez es un idealista radicalizado, acosado por un amasijo de ideas confusas y atrasadas, y cercado por amplias "zonas grises" en su comprensión de las realidades del mundo actual, precisamente por ello, repito, es que el Presidente de la República ha sido y sigue siendo una amenaza potencial para las libertades democráticas en Venezuela.

Hugo Chávez posee una fuerte tendencia autoritaria en su personalidad política; su temperamento impulsivo y su don de mando, unidos a la carencia de un proyecto concreto, realista y sensato de transformación nacional, conforman un contexto lleno de riegos para la democracia. Cuando afirmo que el Presidente "no tiene brújula", me refiero a la ausencia de un proyecto viable y eficaz de cambio. No obstante, Hugo Chávez sí tiene un claro sentido de dirección en cuanto al fortalecimiento y consolidación de su poder personal. Existe un marcado contraste, por tanto, entre su ambición política y sus herramientas para llevar a cabo las transformaciones que dice desear. Esta es una fórmula para la frustración tanto del Presidente como del país, que deparará seguramente ingratas consecuencias.

El mayor logro de Hugo Chávez, hasta ahora, no ha sido la ficticia "estabilización macroeconómica", sino la creación de una nueva estructura de mitos políticos que, paradójicamente, han servido para apaciguar a las desencantadas masas populares, que han hallado una nueva esperanza, y en consecuencia están dispuestas a postergar sus aspiraciones hacia el futuro. ¿Por cuánto tiempo más? Depende del desarrollo del choque entre, por un lado, la agenda de la mayoría, que es de naturaleza socioeconómica, y por otro lado la agenda del Presidente, que tiene que ver con la lucha por el poder y la definición de la hegemonía. Esta es una contradicción clave en la Venezuela actual, y es por ello que el proceso constituyente podría convertirse en una trampa para el Gobierno, pues las expectativas en torno al mismo pertenecen a la primera agenda (socioeconómica), en tanto que la realidad de

las cosas señala que la constituyente forma parte de un proceso exclusivamente político, enmarcado en la lucha por el poder. Es posible que el Presidente haya caído en cuenta que la constituyente es un "hueco negro" en su horizonte, una jugada azarosa, un mensaje sin destino fijo, un lance aventurado, un albur que se corre en medio de insolubles paradojas, cuyo desenlace somos incapaces de vislumbrar. Por todo ello, en Venezuela el nombre del juego sigue siendo la incertidumbre.

La responsabilidad colectiva de los venezolanos

El Universal, 8 de junio de 1999

Algunos ex parlamentarios del sector oficial han anunciado que la venidera Asamblea Constituyente promoverá "juicios populares" contra los presuntos culpables de nuestras desgracias nacionales. Interesa constatar, otra vez, la escasa comprensión que nuestros novedosos gobernantes parecieran tener sobre lo que significa un Estado de Derecho. Cabe también observar que aquellos que piden semejantes juicios, se autoproclaman "defensores de los derechos humanos". Sin duda, la Venezuela de hoy vive bajo el signo de Orweil: aquí la verdad es mentira y la mentira verdad; lo blanco es negro y lo negro es blanco; la demagogia es gobierno y el gobierno es demagogia.

Ahora bien: ¿quién juzgará a quién? Sería poco equilibrado negar que recae sobre las mal llamadas "élites" del puntofijismo, una responsabilidad fundamental por lo ocurrido, bueno y malo, estas pasadas décadas. Pero: ¿y el pueblo, la colectividad en general, carece de toda culpa, de responsabilidad alguna? Preguntémonos, por ejemplo: ¿es que acaso alguien les obligó a votar por Pérez en 1988, y por Caldera en 1993? Si bien recuerdo, en ambas ocasiones numerosas voces se alzaron para alertar a los venezolanos acerca de lo que seguramente iba a significar la renovada elección de estos personajes como presidentes del país. Muchas advertencias se hicieron, y no es que faltaron alternativas. Sin embargo, la gente les respaldó mayoritariamente. ¿No implica esto un grado de responsabilidad del pueblo en general por el destino nacional? ¿Es que ya no recordamos lo que hicimos? ¿O se trata acaso de que no deseamos recordarlo?

La idea según la cual existe una **responsabilidad colectiva** por el destino de una comunidad o país no es original. Ya en nuestro siglo, esa realidad de responsabilidad común ha sido puesta a prueba en casos concretos, y la razón es sencilla, muy en particular si estamos hablando de una democracia: Ningún ciudadano tiene el derecho de lavarse las manos ante los procesos sociopolíticos que mueven la historia. Como mínimo, la vida nos obliga a rendir cuentas a consecuencia de los gobiernos que escogemos.

Es en especial absurdo no atribuir parte de responsabilidad a una colectividad como la nuestra, que por más de cuarenta años ha vivido con una moneda masivamente sobrevaluada, subsidiada por todas partes, siendo objeto de inversiones masivas en salud y educación (que no supimos cuidar y acrecentar en

calidad y eficiencia). Una comunidad que, cuando llegó la hora de enfrentar la dura realidad del fin del modelo rentista-populista, optó por tirarse a las calles (27-F de 1989), decapitar a un Presidente al que había electo democrática-mente, apoyar dos violentos golpes de Estado, y llevar al mando en 1993 a quien les remitió la patética "Carta de intención con el pueblo". Redondeando la faena, esa colectividad terminó por exaltar a la conducción de nuestros destinos, al principal protagonista de uno de aquellos golpes militares, negación crucial de todo valor democrático. ¿Qué esperamos entonces?

No entender esa responsabilidad colectiva equivale a concebir al "pueblo" como un ente compuesto por minusválidos mentales, jurídicos y morales. En razón de que esa no es mi idea de pueblo venezolano, de que creo que está integrado por seres humanos normales, es que considero que no podemos eludir la parte que nos corresponde en el drama del país. La actitud acaramelada y complaciente hacia el "pueblo" que adoptan algunos, una actitud que le imagina impoluto y fuente de toda virtud y sabiduría, no es más que una máscara tras la cual se oculta un profundo desprecio hacia la gente, que es vista como manipulable y hasta estúpida, como gente a la que deben repartírsele "chuletas" para votar, a la que se aspiraba entregar tarjetones electorales adornados con boinas, sombreros, gorras y otros juguetones símbolos, para que "no se equivoquen", ya que son demasiado bobos, y podrían no sufragar por sus salvadores de turno.

Insisto: ¿quién obligó a los que votaron por Pérez y Caldera a hacerlo? ¿Quién obligó a los que votaron por Hugo Chávez? También en el 98 se levantaron muchas voces de alerta, y sin embargo, volvimos a escoger el camino fácil, el de los chivos expiatorios, las soluciones mesiánicas, las ilusiones constituyentistas, y otros artificios de nuestro incorregible y sistemático autoengaño colectivo. Ahora afirmamos querer cambiarlo todo, pero en realidad no deseamos cambiar nada. Lo que aspiramos es volver atrás, que el populismo funcione, que algún "hombre fuerte" tome las decisiones y nos lleve de la nariz. ¿Productividad? ¿Competitividad? ¿Visión a largo plazo? No son esos los temas que nos agobian. Aquí estamos emulando a Dantón y Robespierre, retrocediendo al siglo XVIII, ocupándonos de si la constituyente será "originaria" o "derivada", contentos de descargar nuestra responsabilidad sobre algún espejismo que venga a cuento. Pero no se podrá ocultar para siempre la verdad: el pueblo venezolano se ha dado los gobiernos que ha creído merecer. No otra cosa nos queda que correr con las consecuencias. ¿Juicios populares? ¿Y quién juzgará al pueblo?

El paroxismo del populismo

Ponencia presentada ante el Seminario organizado por la Fundación Pensamiento y Acción: *¿Sigue vigente el populismo en América latina?*. Caracas, febrero 1999.

El diccionario nos dice que "paroxismo" es "la extrema intensidad de una enfermedad". En lo que sigue, argumentaré que Venezuela está entrando en un período histórico que es posible calificar como de "paroxismo populista", pues lo que está perfilándose es un rumbo dirigido a hacer extrema, y llevar a su máxima intensidad, la enfermedad que venimos padeciendo desde hace alrededor de cuatro décadas (con las variantes de cada caso). En otras palabras, quiero argumentar que la etapa político constitucional que se inicia con la presidencia de Hugo Chávez, en 1999, no representa ni representará el inicio fundamental de algo nuevo (en lo socioeconómico), sino el principio del fin de un largo y complejo período en nuestra evolución histórica: el período del predominio populista. Lo que sí se transformará será la expresión política del populismo, que en las nuevas circunstancias de aguda crisis económica, desarticulación social, y decadencia institucional, se expresará a través de un régimen híbrido de nasserismo militar y democracia tutelada.

Cabe aclarar, antes de desarrollar la tesis esbozada, que pueden distinguirse, por razones metodológicas, tres sentidos del término "populismo": un sentido histórico, uno económico (referido a cierto tipo de políticas económicas y sociales), y un tercer sentido que se refiere a un *estilo o modo de hacer política*. Desde un punto de vista histórico, el populismo tiene que ver principalmente con las experiencias vividas por varios países latinoamericanos, en especial Brasil y Argentina, bajo las presidencias de Vargas y Perón. La caracterización de esos regímenes, tanto en el plano político como el económico, ha sido realizada muchas veces, y no es el caso detenerse acá en ello. Desde luego, en su complejo desarrollo tales experiencias son irrepetibles en sus diversos detalles y determinaciones. Sin embargo, *las políticas económicas y sociales populistas*, caracterizadas por el estatismo y la acelerada masificación, sí han seguido formando parte de posteriores experiencias latinoamericanas, que en mayor o menor medida se inspiran o conectan con el "populismo histórico".

El populismo como estilo o forma de hacer política, esencialmente caracterizado por la demagogia, no es desde luego un patrimonio latinoamericano. Ahora bien, se trata de un no desdeñable aspecto, a ser resaltado en el análisis de la experiencia democrática venezolana hasta el presente. En lo que sigue, denominaré "populismo" tanto un conjunto de políticas económicas y sociales (estatistas y masificadoras), así como un cierto modo de ejercer el liderazgo político, aclarando desde ahora que el tipo de régimen político en que se concretan esas políticas y ese estilo político puede variar. En ese orden de ideas, tenemos que durante cuatro décadas el populismo formó parte integral de un régimen de democracia corporativista o "de partidos", que a partir de la presidencia de Hugo Chávez está pasando a convertirse en un régimen de *nasserismo militar y democracia tutelada* o "delegativa" (en el cual el caudillo que jefatura, y buena parte del sector militar, ejercen una "tutela" sobre la sociedad en su conjunto, y el poder es predominantemente "delegado" en términos personalistas en manos del jefe o caudillo supremo).

2

En su lúcido libro de 1972, *Modernización y Autoritarismo*, el politólogo argentino Guillermo A. O'Donnell cuestionó con una avalancha de argumentos la denominada "ecuación optimista", que había sido por años el paradigma dominante de las teorías que intentaban explicar el proceso de modernización de los países latinoamericanos. De acuerdo a esa ecuación, a más desarrollo socioeconómico debía corresponder una mayor probabilidad del surgimiento y estabilización de la democracia política. Según O'Donnell, lo que esa ecuación primigenia no tomó en cuenta es que el desarrollo socioeconómico trae aparejado un proceso de mayor populismo político, que en un contexto de crecientes dificultades económicas en países periféricos, no insertados adecuadamente en el marco del capitalismo global, genera a su vez más intensas "constelaciones de problemas", muchos de los cuales devienen en "problemas insolubles".

De acuerdo a esas ideas, O'Donnell reformuló la ecuación original, y sostuvo que si bien un mayor desarrollo socio-económico significa mayor "pluralización política", todo ello no necesariamente se traduce en mayor probabilidad de democracia política. Por el contrario, su sombría conclusión fue que "el autoritarismo político y no la democracia es el concomitante más probable de los niveles más altos de modernización en el contexto sudamericano contemporáneo". De hecho, las tesis de O'Donnell constituyeron un instrumento muy útil para explicar las dictaduras militares que surgieron en Brasil y Argentina (regímenes "burocrático-autoritarios") en los años sesenta, y que sobrevivieron hasta la década de los setenta y ochenta (a las que podría añadirse, con sus peculiaridades, el caso chileno bajo Pinochet).

Menciono el planteamiento de O'Donnell, precisamente para contrastarlo con la realidad venezolana bajo la democracia "puntofijista" (1959-1998). En ese tiempo, hasta mediados de los años ochenta, la sociedad venezolana experimentó un intenso proceso de movilización y ascenso social para amplios grupos, que se vieron beneficiados por las políticas populistas de un Estado opulento, financiado por la renta petrolera. En nuestro caso, y a diferencia de Argentina y Brasil en los años sesenta, no hubo "problemas insolubles", y el petróleo hizo posible, a pesar de todos los tropiezos, no solamente procurar niveles medianamente sostenibles de paz social y estabilidad política hasta fines de los ochenta, sino también *aislarnos, relativamente, de las demandas de la globalización*, en lo que esta última significa en términos de inserción competitiva del país dentro de un esquema internacional mucho más exigente.

La disolución del complejo y vulnerable entramado del populismo venezolano en los años noventa (luego del "cara-cazo" de 1989 y los golpes de Estado de 1992), ha arrojado como resultado la ascensión a la presidencia de un líder nasserista, Hugo Chávez Frías, que en esencia representa *el profundo rechazo de una gran masa de venezolanos al proceso de modernización* que, mal que bien, venía teniendo lugar bajo la democracia puntofijista, a pesar de sus enormes fallas y

limitaciones. A diferencia de lo ocurrido en Brasil y Argentina en los años sesenta, cuando los regímenes militares optaron por forzar dictatorialmente sobre sus países una nueva modalidad de inserción en la globalidad capitalista, en Venezuela lo que ahora está planteado es el *intento de preservar el populismo socioeconómico, contrario a la modernización, mediante el autoritarismo militarizado*.

Dicho en otras palabras, el nasserismo militar chavista representa un proceso de regresión, tanto político (a formas aún más degeneradas de democracia, o a un abierto autoritarismo), como socioeconómico (hacia la adopción de un pro-grama populista máximo, que incluya el esfuerzo por aislarnos de las corrientes internacionales favorables a la economía de mercado, la exigencia de competitividad, y las privatizaciones).

3

El "nasserismo militar", desde el punto de vista ideológico-político (y de la cultura política) está integrado por cuatro ingredientes claves: nacionalismo, anti-imperialismo, populismo, y personalismo. Todos estos elementos están presentes, de diversa forma, en el proceso político chavista, así como en el contexto mental del caudillo. Los paralelismos con otras realidades son claros, aunque se trata de eso: de similitud y no de identidad. En el reciente pasado latinoamericano, destaca una figura como la del general Velasco Alvarado en el Perú de los años setenta, y con respecto a otras latitudes pueden mencionarse personajes como Kaddafy y Saddam Hussein en el mundo árabe. Castro, cuya imagen parece ejercer una particular atracción para Hugo Chávez, es también un caso digno de ser tomado en cuenta a la hora de buscar referencias para el análisis.

Lo interesante del caso de Chávez consiste en el hecho de que su concepción de sí mismo es la del portador de un "cambio", más en realidad representa una regresión. Por un lado, el personalismo político conducirá a deteriorar aún más el ya muy lesionado esquema de la institucionalidad democrática; por otro lado, su nacionalismo y anti-imperialismo, así como su visión populista de la sociedad y la economía, nos arrastrarán por el ya trillado y fracasado sendero del estatismo y la demagogia. La relación caudillo-masa sustituirá, paulatina o rápidamente, los correajes institucionales, y las prácticas populistas en lo económico acelerarán el ya pronunciado empobrecimiento de una sociedad confundida, vio-lenta, y negada a admitir las verdaderas causas de su penosa situación.

Las posibilidades de enfrentar con éxito este proceso en busca de una dirección diferente de los eventos, que al menos sea capaz de sostener una democracia en la que se pueda vivir en paz, y en ejercicio de libertades fundamentales, no son muchas. Ello se debe principalmente al radical desprestigio de las organizaciones y hombres que hasta un pasado reciente tuvieron en sus manos los destinos del país, así como al predominio de una cultura política "mágica", cuyas coordenadas son, por un lado, la búsqueda de chivos expiatorios como

mecanismo de explicación fantasiosa de los problemas, y por otro lado la creencia de que Venezuela es un país inmensamente rico, cuya población sólo requiere la presencia de un caudillo justiciero al frente para muy pronto, y sin costo alguno, nadar en abundancia.

Ciertamente, el nuevo contexto internacional no favorece ni las políticas populistas ni la instauración de regímenes autoritarios. Sin embargo, es mucho lo que seguramente vamos a avanzar en la dirección de sustituir la democracia punto-fijista, con sus conocidas fallas, por una "democracia autoritaria", en la cual los espacios de libertad serán progresivamente asfixiados. De igual forma, con la regresión populista cabe esperar un más acentuado empobrecimiento del conjunto de la sociedad. ¿Qué ocurrirá finalmente?. El porvenir se presenta oscuro y triste para una nación que viene fracasando, que así lo siente, pero no desea enfrentar con la necesaria crudeza las verdaderas raíces de su patético fracaso.